
P R E M I O
• Nacional •
de Dramaturgia

2 0 1 5

Carlos Enrique Lozano Guerrero
Teatro escogido 2006 - 2015

 MINCULTURA

 **TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN



Ministra de Cultura
Viceministra de Cultura
Secretario General
Directora de Artes

Mariana Garcés Córdoba
Zulia Mena García
Enzo Rafael Ariza Ayala
Guiomar Acevedo Gómez

Asesora Área de Teatro y Circo

Linna Paola Duque Fonseca

Equipo Área de Teatro y Circo

Clemencia Noreña Montoya
Diana Marcela Castellanos Pérez
Luz Marina Muñoz Zuluaga
Marcela Isabel Trujillo Quintero

Coordinación Editorial

Luz Marina Muñoz Zuluaga

Primera edición, 2015
Bogotá D.C, Colombia

ISBN: 978-958-753-230-2

© Ministerio de Cultura de Colombia
Dirección de Artes
Área de Teatro y Circo
Programa Nacional de Estímulos

Fotografía solapa:
Ilustraciones carátula e interiores:

Catalina Holguín Holguín
Powerpaola

Edición, Diseño y Editorial:
Corrección de estilo:
Impresión y acabados:

Alejandro Grisales Valencia
Eliza Amézquita
Imprenta Nacional de Colombia

Derechos reservados. Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA * PRINTED AND MADE IN COLOMBIA

P R E M I O
• Nacional •
de Dramaturgia

2 0 1 5

Carlos Enrique Lozano Guerrero
Teatro escogido 2006 - 2015



Contenido

Presentación	9
Dramaturgia de la disolución	11
Los difusos finales de las cosas	29
Desaparecido	87
La Sierra Nevada de Eliseo Reclus	133
La ira de Kinski	175
Noche oscura Lugar tranquilo	233

Presentación

Por Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

Con este nuevo libro el Ministerio de Cultura continúa con su labor de divulgar el teatro colombiano a través de sus autores más representativos. De manera específica, esta antología, que incluye cinco títulos del autor Carlos Enrique Lozano Guerrero, nos brinda la oportunidad de compartir con los amantes de las artes escénicas un conjunto de relevantes obras que incrementan de manera significativa nuestro acervo teatral, pues dan a conocer el mundo ficcional de un artista del teatro que se ha caracterizado por la experimentación formal en cada una de sus piezas y en cada una de sus puestas en escena. Vigente desde hace más de quince años en el panorama nacional e internacional, su obra ha cosechado reconocimientos en nuestro país y en el extranjero.

Al mismo tiempo, a través de sus obras, Lozano Guerrero formula preguntas vitales, no retóricas ni superficiales, sino que apuntan directamente a las inquietudes de los seres humanos de hoy, de nosotros a quienes nos ha correspondido compartir esta época que estamos viviendo. Como bien lo expresa más adelante el maestro Víctor Viviescas en su prólogo: «Esta escritura actual que nos ocupa parece poner un espejo a los entresijos de la existencia contemporánea. Allí, los materiales de la existencia son precarios, frágiles, transitorios. Es quizás eso, sin exceso de grandilocuencia, con reticencia incluso, lo que intuye Lozano y de lo que da testimonio su escritura».

Dramaturgia de la disolución

Prólogo

Víctor Viviescas
Universidad Nacional de Colombia

Este libro, al que este prólogo sirve de preámbulo, recoge cinco obras escritas por Carlos Enrique Lozano a lo largo de los últimos diez años. Empieza con *Los difusos finales de las cosas*, en el momento de su escritura Premio Nacional de Dramaturgia de las Alianzas Francesas de Colombia en 2006, y termina con *Noche oscura Lugar tranquilo*, Premio Nacional de Dramaturgia del Ministerio de Cultura de Colombia en 2015, que crea la ocasión para la publicación de esta antología. Entre una y otra se ubican también *Desaparecido* (2007), *La Sierra Nevada de Eliseo Reclus* (2008), escrita con una beca de Iberescena y *La ira de Kinski (nosotros los blancos)* (2010). Este grupo significativo de obras no constituye la obra completa del autor. Antes de este volumen, hubo ya otro que recogía su obra primera, *Teatro escogido 2001-2005*, compuesto también por cinco piezas y editado por la Universidad del Valle en 2008, para el cual tuve el placer de escribir el prólogo *Tensión corrosiva del material y del fragmento en la escritura dramática de Enrique Lozano*. Hay también otras piezas de su creación en otras publicaciones tanto colectivas como individuales. Menciono todo esto para mejor dar cuenta a quien lea este libro que estamos frente a la obra ya madura de un autor dramático con una producción consagrada. Desde mi lectura, esta consagración no es tanto una celebración o un triunfo, sino meramente la constatación de que Enrique Lozano es un escritor que consolida una poética de la escritura teatral, que consolida su propia poética.

La dramaturgia de Lozano experimenta con las configuraciones clásicas de la obra de teatro, haciendo de los componentes de la forma dramática momentos o motivos de esta misma experimentación que constituye su escritura.

Experimenta también con –aunque aquí cabría más la idea de que se aproxima mediante sucesivos abordajes a– la constitución de un mundo muy singular, lo que podríamos llamar su *mundo poético*, sin que el posesivo aquí restrinja la pluralidad de mundos o la diversidad de universos que se configuran en su escritura. Para reconocer y enumerar los aspectos más relevantes de esta experimentación formal y de esta constitución de un mundo poético propio, yo quiero proponer la metáfora de la disolución, y esto en un doble sentido: la disolución –y reconfiguración– de formas de la obra dramática de la tradición occidental, en el aspecto del hacer de la escritura, y la disolución como clave interpretativa del (de los) mundo (mundos) que crean sus obras dramáticas, en el aspecto del sentido inducido por los mundos inventados.

12

Sabemos los riesgos de un intento de identificar y establecer la poética de un autor. Los estudios poéticos que fijan características y condiciones de la escritura de un autor son puestos en crisis en la práctica misma de la escritura y de la recepción pública de esta. No es posible –aunque tampoco es deseable– fijar de una vez y para siempre la poética de un autor porque esta es móvil en un doble sentido: en su condición relacional, que promueve siempre el intercambio y la interacción entre la escritura de un autor dado y la comunidad o el entorno de escritores que lo rodean, y móvil una vez más gracias al tránsito del tiempo, que hace que cada vez que volvemos sobre ella una obra se nos haga distinta, se nos revele como otra. En el proceso de la actividad escritural dramatúrgica de Lozano, las obras están siempre en diálogo con los contextos –diversos– por donde evolucionan el autor y su obra; estas, tomadas como un compendio, van cambiando de interpretación con el paso del tiempo. Sin embargo, y a pesar de todo, este sí es un intento de aproximación a la poética de Lozano. Por tanto, cuando propongo la parábola de la disolución como clave interpretativa, soy consciente de esta *inasibilidad* de la poética del autor como un dato fijo, por lo que esta lectura propuesta a lo mejor solo sirve de fotografía instantánea en este momento del día de hoy, en el momento de la edición del presente volumen. Quizás, tal

vez, toda poética de autor es, de alguna manera, una fotografía instantánea del presente del autor –y del crítico–.

He propuesto la metáfora de la disolución en lo que tiene que ver con la relación del autor que es Carlos Enrique Lozano con los componentes –y la comprensión– tradicionales de la obra dramática. La disolución como acción y efecto de disolver tiene aquí el sentido de describir la operación, de separar lo que está unido o mezclar de forma homogénea los elementos, algunos elementos de la obra dramática, hasta su disolución, ahora como desvanecimiento de las moléculas de una sustancia en el seno de un líquido, como efecto de desaparición.

La disolución en este hacer que es la escritura es sobre todo una operación. La obra dramática de ficción es una construcción discursiva que mediante la escritura establece un conjunto de sucesos imaginarios que acaecen a un ensamble de sujetos, también imaginarios, en un espacio y tiempo figurados. Esta dimensión ficcional y representacional, compartida por la obra dramática con cualquier –con toda– figuración narrativa, se completa con la especificidad de la condición dramática de la acción: concreción espacio-temporal y condensación de los sucesos en torno al conflicto y gracias a su presencia que actúa como catalizador del desarrollo de la acción. En su versión más clásica, la acción dramática funda una interacción primaria entre sujetos inmersos en la sucesión de hechos desatados por el conflicto. Esta interacción intersubjetiva se realiza aquí y ahora a los ojos del lector-espectador gracias al diálogo y poniendo en este toda su apuesta dramática, de interacción agonal. Enfatizo la condición presente –actual al momento de la representación– del diálogo y su condición agonal; es decir, relativa al combate, a la interacción conflictual de lo dramático que implica lucha, para mejor poner de relieve los aspectos sobre los que opera la disolución que maneja Lozano en su escritura.

Como podrá verificar a continuación el lector, en el grupo de las cinco obras

compiladas en este volumen, aparecen distintos grados o declinaciones de la disolución. Ya se trate de la eliminación de la distinción y jerarquía entre el lenguaje propiamente dramático y el lenguaje épico, que a veces se yuxtaponen, que compiten entre sí o que llegan incluso a invertir su relevancia tradicional dándole el privilegio a la narración sobre la acción dramática, que es una operación que aparece de diversas formas en las obras compiladas. Ya sea mediante la superposición de tiempos, con lo que, en esta coexistencia de presente con pasado, se disuelve la condición primaria de lo dramático. Ya sea por la dispersión de la acción dramática, su casi inexistencia o su construcción anómala, con lo que la escritura se incorpora a las escrituras que ponen en crisis el régimen de la fábula y, de nuevo, de la acción dramática. Ya tendremos ocasión de iluminar estos momentos en las obras que presentamos.

14

Pero antes, esta operación de disolución de algunos de los elementos de la estructura dramática y de la forma dramática misma no tienen consecuencias solo en el aspecto formal de la escritura. También, y esto hace parte al mismo tiempo de mi hipótesis de lectura, dan cuenta del sentido del mundo que el autor construye –o postula– en su escritura. Aquí, la interpretación que propongo de la disolución como metáfora es la del *desleimiento*, la aniquilación de los lazos de estabilidad y sujeción de lo real y de las relaciones intersubjetivas en ese real. De alguna forma, mejor aún, de una manera u otra, las obras de este volumen no dejan de anunciarnos o de constatar el desbaratamiento ontológico que se opera sobre el mundo –precario– en el que vivimos. Es este un sentido, una apuesta semántica de la escritura de Lozano, que es al mismo tiempo una invitación y un desafío a habitar –o persistir– en el tiempo presente. De alguna manera, el conjunto de la obra de Lozano se anuncia como una conciencia de crisis de la cultura. Mejor aún, de desleimiento de los factores que fundaban ontológicamente el mundo y el tiempo del presente.

Un aspecto inquietante de *Los difusos finales de las cosas* es el de la dimensión épica de la acción teatral que el texto agencia. Dije *acción teatral* en relación

con lo narrativo y esto nos va a llevar luego a interrogar la acción dramática misma. En la obra, los personajes –*Él, Ella, El otro, La madre de ella* y el *Hombre mayor*– se alternan en un juego de mimesis dramática –cuando intervienen en la acción y en la situación dramática– y de narración de la acción, en la que funcionan como testigos o comentaristas de lo que los demás hacen. Hay solamente dos infracciones a esta norma. Dije que el personaje de *Él* participaba de este juego, pero no es cierto: *Él* siempre está en *modo dramático*; incluso cuando narra, narra al interior de la acción dramática, aun si se trata de un soliloquio sin destinatario. *Él* nunca ve a los demás personajes ni se ve a sí mismo, distanciado de unos y de otros, para dar cuenta de la acción y de sus antecedentes. *Ella* también participa de una infracción a esta ley: *Ella* comenta las acciones de los otros, pero también las suyas propias, lo que los demás no hacen: *Ella* se distancia de sí misma en la acción dramática y comenta su acción –da cuenta de las motivaciones, completa lo dicho o exhibe lo no dicho, rectifica o contradice los comentarios de los demás–. *Ella* y *Él*, por lo demás, comparten o se relevan el protagonismo de la pieza.

15

Decía que la reflexión sobre el mecanismo de la narración nos llevaría al problema de la acción. En la obra, la acción dramática da cuenta de unos cuantos momentos de encuentro de los personajes entre sí –*Ella* visita a su madre, *Ella* se encuentra con *Él* en un puente, *Ella* y *El otro*, que es su amante, reposan en una habitación de hotel después de haber hecho el amor, etc.–. Si el punto común es *Ella*, los acontecimientos, el accidente, que le acontecen a *Él*, hacen que este compita en protagonismo. Pero, más allá de estos encuentros, ¿existe una verdadera acción? Aunque sea posible identificar una trama de acción, esta adolece de la ausencia de un centro conflictivo que estructure y dé sentido. Fábula, en el sentido de sucesión de acontecimientos articulados lógicamente y temporalmente, no hay. Hay una sucesión de encuentros, de momentos de existencia de *Ella*, de *Él* y de su entorno, pero no hay propiamente fábula. O mejor aún, la fábula se encuentra distendida, anómala en el sentido dramático: sin centro, sin tensión, sin progresión. En esta condición, la acción dramática

es un puro suceder, un acontecer de algo como la vida, de algo como una existencia. Pero esta distensión existencial es sin duda un testimonio de la pérdida del sentido del existir. Volveremos sobre esto.

En *Desaparecido*, asistimos a una nueva anomalía del funcionamiento de lo dramático y de imposición de lo épico, pero ahora en la superposición que se da de los tiempos pasado y presente. Como bien sabemos, en el drama el tiempo es primario. Ya lo decía Peter Szondi, *el tiempo del drama es el tiempo actual del presente*. La presencia del pasado solamente es posible por la irrupción –que altera lo dramático– de alguna suerte de sujeto épico, así este sujeto épico sea el mismo autor que, por este mismo gesto, se hace presente en el texto –lo que también es una infracción al régimen dramático–. En esta obra, *Desaparecido*, Pedro, el personaje central, vuelve de afuera de su país-ciudad, que denomina *La isla*, pero también del tiempo presente que es el futuro de su pasado, a este presente del parque donde transcurre la acción. ¿Para qué? Previsiblemente para arreglar cuentas con su pasado, para restablecer las verdades de los relatos de dicho pasado. Este juego y desplazamiento en el tiempo, que es motivo central, diríamos, temática central de la obra, es redoblado por el juego de superponer dos tiempos o dos escenas en simultáneo en el mismo espacio, las cuales acontecen en el nivel de la trama en tiempos diferentes. El juego de coexistencia de tiempos diversos en el mismo espacio es una decisión formal de la sintaxis de la pieza que le da resonancia al conflicto de Pedro, que no logra reconciliarse con su pasado, componer o transformar su pasado, desde este presente del ahora, donde todo y todos prefieren huir y olvidar ese mismo pasado.

En los críticos que analizan la crisis del drama, esta invasión de procedimientos épicos en la matriz de la obra dramática está inventariada. Autores como Peter Szondi la llamaron *epicización* del drama. En la escritura de Enrique Lozano, esta epicización del drama, esta recurrencia a procedimientos narrativos o épicos, se da de diversas formas en cada una de las cinco piezas que analizamos, aunque

en todas ellas está presente. Si bien se da de manera más radical y definitiva en *La Sierra Nevada de Eliseo Reclus*, la obra de la que nos ocuparemos ahora. Eliseo Reclus fue un geógrafo y utopista social y político francés que emprendió un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, entre 1855 y 1857, que nunca completó, con el propósito de implementar un proyecto agrícola y de fundar allí una nueva sociedad utópica de un socialismo avanzado, en la que pudiera iniciarse un nuevo modo de convivencia, gracias a la pureza innata de los nativos pobladores del continente. Solo que este geógrafo y utopista fracasa en su intento. Del fracaso de esta aventura no queda más que el libro de viajes que consigna las memorias de este Jacques Élisée Reclus, figura histórica, llamado *Viaje a La Sierra Nevada de Santa Marta*, publicado por primera vez en francés en 1861, en el que el geógrafo narra el recorrido por las ciudades y la Costa Norte colombiana, de Panamá a Santa Marta, pasando por Cartagena, Barranquilla e incluso Riohacha, desvío o avanzada necesaria para poder atacar la Sierra por su lado más benigno. Intento en el que, como ya dijimos, fracasa.

17

La obra de Lozano es la versión de esta memoria de viaje hecha viaje interior. La narrativización del drama es radical en esta pieza. Ninguna marca o asignación de locutor para toda la –abundante– sustancia verbal del relato. Puesto que este es un relato. Relato de viaje que conserva incluso la organización de un diario de viaje, como se puede verificar en los intertítulos de los distintos fragmentos en los que se divide el texto y que, lo podemos comprobar, corresponden a las diferentes etapas del viaje: *A bordo de “El narciso”, Cartagena de Indias, Zamba Simonguama, etc.*, hasta completar los diez fragmentos en que se divide el texto, que son sendas estaciones de este viaje que resume así el personaje histórico en el prólogo de su libro y que retoma luego el dramaturgo en este relato del viaje:

En 1855, un proyecto de explotación agrícola y el amor a los viajes me llevaron a la Nueva Granada. Después de una permanencia de dos años, volví sin haber realizado mis planes de colonización y de

exploración geográfica; sin embargo, y a pesar del mal resultado, nunca me felicité lo bastante por haber recorrido este admirable país, uno de los menos conocidos de la América del Sur, ese continente así mismo poco conocido.

18

Esta malaventura, mal resultado del viaje, es el fracaso del colonizador. Pero es también la ocasión para el *viaje interior*. En el texto de Lozano, este viaje interior se da como especie de monólogo interior permanente. Allí, la voz narradora interpela en segunda persona a Eliseo Reclus. Sin embargo, no sabemos quién emite esa voz, ni cuál es la disposición en el espacio dramático de las figuras del drama. De hecho, no sabemos tampoco cuáles y quiénes serían estas figuras, si se quisiera representar este recuento íntimo, por lo privado y coloquial de la interpelación textual. Única marca tipográfica reconocible para hablar de una diferencia que muestre un intento de pluralidad de voces, unos cuantos textos, como el último que citamos de Reclus, a veces solo frases muy cortas. Estos textos, que sin duda provienen como cita textual del libro de viajes del francés que ya hemos citado, diferenciados por estar escritos en mayúscula sostenida, abandonan la segunda persona y asumen el testimonio de la primera persona. En este cambio de régimen, los textos en mayúsculas provocan un pliegue en la textualidad y suscitan la posibilidad de un desdoblamiento, de la aparición de una segunda instancia, de una posible interacción –¿dramática?– entre dos figuras. Solo que también esta segunda voz –figura– es Eliseo Reclus en su fracaso –leído ahora como delirio–.

Si bien abandonando el extremo rigor de esta narratividad exaltada que acabamos de ver, pero conservando otros no pocos procedimientos épicos, *La ira de Kinski (nosotros los blancos)*, la cuarta obra de la antología, se instala de manera más determinada en el terreno del mito, más que de la reconstrucción histórica. No obstante, este mito es un mito moderno y la obra, toda, un ejercicio de mitificación construido exprofeso: mito sin sacralización, si lo podemos decir de esa manera, simulacro. La circunstancia real de que

Werner Herzog haya filmado en 1982 su película *Fitzcarraldo* en las selvas amazónicas peruanas con Klaus Kinski, y que haya vinculado centenas de aborígenes de ese territorio al trabajo de extras del film –dicen las crónicas que, en ocasiones, sin pagarles un salario por su participación, sino dándoles por dádiva una camiseta y una gaseosa–, sirve de ocasión, casi podríamos decir de *coartada*, para la obra actual. En esta, ubicada en los “albores del siglo XXI o del XX, mediados del XIX, (porque) en lo espeso de la selva da igual”, como reza la primera didascalía de la obra, asistimos a una disparatada y anacrónica trama en la que –de nuevo– un grupo de indígenas es esclavizado por un grupo de colonos blancos para explotar la selva mediante la tala indiscriminada de troncos de árboles que serán despachados por el río hasta el puerto más cercano donde serán comercializados. Un muerto y redivivo fantasma de Kinski, vuelto ahora mito de sí mismo, volverá a proteger a los indios –siempre de manera fracasada– del abuso de los colonos blancos. Al mismo tiempo, también de forma anacrónica y desacralizada, el grupo de indígenas querrá volver a activar las ancestrales fuerzas míticas que –también estas– fracasan sistemáticamente. El resultado es una escritura que le apuesta de manera consciente al anacronismo, a la superposición y a la simultaneidad de tramas, de tiempos, de interpretaciones, como para mejor dar cuenta de la imposibilidad de frenar la –milenaria– explotación del indígena y de su territorio, para dar cuenta de la ambición y la inveterada estulticia de los colonos para explotar selva e indígenas, pero también del fracaso de las buenas conciencias posmodernas en la consideración de la otredad que representa el indígena. El resultado es esta especie de homenaje a lo disparatado, a lo fracasante, a lo estruendoso. De nuevo, simulacro.

19

Finalmente arribamos a la pieza de más reciente escritura en este volumen, la que, como ya está dicho, es la que provoca la antología presente, *Noche oscura Lugar tranquilo*, Premio Nacional de Dramaturgia del Ministerio de Cultura de Colombia 2015. En la obra, cuyas tres partes y doce fragmentos suceden siempre, de manera perenne, en “Una cocina. / Un ventanal hacia la noche

paramuna. Una mesa, una botella de aguardiente (a veces también otra de vino, siempre un número variable de una a tres copas). / Una puerta al exterior. / Una puerta a otra habitación. Dos hombres (a veces además una mujer o bien la mujer con solo uno de los dos hombres)", según dice la acotación que se repite también de manera sistemática al inicio de cada fragmento, tres personajes – *Encargado (Manuel)*, *Inquilino (Ignacio)* y *Magda*– comparten un corto período de convivencia en este lugar alejado de la ciudad, que le pondrá, de alguna manera, fin a sus relaciones de antaño. A las relaciones de Ignacio, el Inquilino, y de Magda, su amante, sobre todo.

20

Hablé antes de reiteración sistemática de la descripción de este espacio de una cocina o comedor auxiliar de una casa de campo lejos de la ciudad, "perdida en el campo", cerca de unas montañas donde los habitantes se exponen a ser atrapados por los extraterrestres que, según Manuel, el Encargado, a menudo vienen y retienen en sus platos voladores a algún habitante perdido allí en la cima de la montaña. Debo decir que, como si se quisiera buscar un contraste con la pieza antes presentada, *La Ira de Kinski*, aquí la escritura y la composición parecen haber contraído un compromiso con el minimalismo, la sistematicidad y la simetría. Tres únicos personajes, como ya está dicho, alternan su presencia en los doce cuadros de la acción. Tres partes mayores de la acción con título (*Noche primera: el Inquilino*, *Noche segunda: Magda* y *Noche tercera: Manuel*), cada una compuesta de cuatro fragmentos numerados de uno a doce de forma continua. Pero si bien aquí no acaban las simetrías y los desdoblamientos, a favor de marcar la singularidad de la pieza respecto de las anteriores, habría que destacar la continuidad argumental, la estabilidad espacio-temporal, la aparente sujeción a la estabilidad figurativa, a la consistencia de los sucesos, a la continuidad temporal. Único elemento de disturbio: la puesta en abismo, el espejamiento de la historia principal en la historia de la novela que escribe Ignacio, quien ha tomado esta casa justamente para acabar con las distracciones del pasado y concentrarse en su trabajo de escritor.

Es solo que en esta aparente concreción y simplicidad, *minimalismo* dije hace un momento, en esta superficie de lo real tan bien pulimentada y brillante, poco a poco empezará a surgir de alguna forma el pasado que se quería dejar atrás, las historias del pasado que crean disturbio en el momento presente o que cambian el sentido de la identidad y de la acción actual de los personajes, que poco a poco empiezan a horadar la superficie y el edificio mismo de lo real, hasta terminar, seguramente, por hacer fracasar todo el andamiaje de la construcción racional y equilibrada de la vida real en convivencia. No hay anacronismo aquí, tampoco desmesura, ni muy seguramente tampoco mitificación. Pero, en cambio, el juego del pasado con el presente se resuelve en la construcción y en el advenimiento azaroso del fantasma: lo escabroso del resurgimiento de lo escondido, ahora como fantasma que ataca y quiebra las resistencias y los disfraces: las máscaras reales y las máscaras supuestas.

Antes había dicho que mi lectura la hacía al amparo de la metáfora de la disolución. Disolución notable en el análisis de los aspectos formales de la escritura de las obras, respecto de los elementos estables heredados por el autor de la tradición de la escritura dramática convencional. Disolución como posicionamiento metasemiótico de la axiología de la obra que da cuenta de un mundo *ad portas* de la catástrofe y de la pérdida –aún más profunda– del sentido y del asimiento existencial, probablemente más difícil de ilustrar sin ir más lejos en el análisis de la trama de cada una de las obras, lo que no es posible en un prólogo introductorio sin afectar la autonomía de la lectura del lector.

Con respecto a lo primero, señalaba al inicio de este comentario cómo las alteraciones en el plano de lo formal se ubicaban en la ofuscación de lo dramático por lo épico, en la superposición épica de diferentes tiempos que coexisten, finalmente, en la dispersión o anomalía de la forma dramática, en su dilatación, en la ausencia de un conflicto y una lógica de la acción y de la progresión que centralice y, en cierta medida, ordene y ponga en su justa medida, en su justa proporción, a la acción dramática. Lo primero, esta

que nombramos como ofuscación de lo dramático por lo épico, lo podemos reconocer en mayor o menor medida en todas y cada una de las obras. En *Los difusos finales de las cosas*, lo reconocemos en la competencia que la narración, el comentario y el relato –siempre diferidos respecto al tiempo actual del acontecimiento– le hacen a la mimesis de la acción dramática, acción que deja de ser primera –y autónoma– para devenir en secundaria y heterónoma del comentario que completa y aclara. Esta competencia de lo dramático por lo épico reaparece en *Desaparecido* en la superposición de tiempos y en la necesidad imperiosa de que los relatos –en este caso, incorporados a la acción dramática, sin duda, pero siendo siempre relatos– aclaren el pasado, transformen el pasado, den soporte a las acciones del pasado que de manera desesperanzada no podemos cambiar –no pueden cambiar los personajes– ahora desde el presente. Aparece también en ese “desarreglo” de la lógica y la temporalidad al que corresponde la coexistencia anómala de acciones que ocurren en distintos tiempos, aunque en el mismo espacio. Reconocemos, en fin, esta competencia de lo dramático por lo épico, en el paroxismo narrativo de *La Sierra Nevada de Eliseo Reclus*, como ya está dicho; en la disparatada vocinglería de las instancias míticas –e inanes y fracasantes– de *La ira de Kinski (nosotros los blancos)*, esa especie de astracanada irrisoria sobre el fracaso de todos los mitos, antiguos y nuevos, íntimos y colectivos, por la imperiosa invasión del simulacro; la reconocemos de manera más restringida en la amenaza que para la acción dramática actual significa el espejamiento, *mise en abime*, de la novela que escribe el protagonista, y que anticipa y anuncia –prescribe– las reacciones y los comportamientos de los personajes actuales de la obra dramática.

Similar análisis podríamos mostrar del funcionamiento anómalo –épico en lo que nos concierne– de la temporalidad en cada una de las obras. Ya hemos anticipado que el efecto del relato es que catapulte hacia el pasado la acción dramática que, por principio, es siempre actual. En *Los difusos finales de las cosas*, esta traba a la actualidad del acontecimiento dramático se realiza

mediante el recurso de la narración de la acción, como ya está dicho. La presencia de esta instancia narrativa –distribuida, como ya también dijimos, en todos los personajes de la obra, excepto en el personaje de *Él*– tiene el efecto de desarticular la sucesión de los acontecimientos y de restringir la virulencia del presente, mediante la remisión al pasado de eso que vemos ahora actualmente. En efecto, en esta obra, toda acción presente está doblada por su pasado. El pasado, tiempo que no existe en el drama, súbitamente –pero de manera recurrente– se cristaliza y se superpone al presente opacándolo. De una forma quizás más contundente por su extremismo, toda la factible acción de *La Sierra Nevada de Eliseo Reclus* está malograda por la pátina del pasado. Aquí hay un elemento sumamente interesante que emerge de esa inversión o transformación del relato de viaje en viaje interior. He dicho que la ausencia de distribución de las réplicas en voces y la falta de marcas tipográficas que acerquen el texto a la distribución convencional de una obra de teatro obstaculizan la identificación de presencias y de locutores. Pero este efecto de ensimismamiento de la palabra en segunda persona, que refuerzan los fragmentos destacados en mayúscula sostenida, casi tiene por efecto la multiplicación del factible emisor: es posible que tanta unicidad y constancia del fluido verbal tengan por efecto final el desdoblamiento del mismo Reclus en sí mismo y su otro. A este efecto contribuye de manera notable el dispositivo de viaje al interior de sí mismo que se inscribe en la apropiación y reescritura que hace Lozano del diario de viaje y la experiencia vital del utopista geógrafo francés del siglo XIX. Aparece también, como es fácil deducir de lo dicho anteriormente, este desdoblamiento del tiempo en la amalgama de tiempos superpuestos que aparece en la fantasmal y mítica *Ira de Kinski (nosotros los blancos)*. ¿Cómo aparece este desdoblamiento en la pieza *Noche oscura Lugar tranquilo*? El tiempo presente en la obra incuba su propia destrucción por el pasado que retiene como trauma. Este incubamiento y las operaciones de destrabe se dan en todos los planos y niveles del universo ficcional: en el mundo íntimo de cada personaje consigo mismo, en el plano de las interacciones, de manera notable entre los dos miembros de la pareja,

en el atavismo que significa la sabiduría rústica y desafiante que exhibe el Encargado para con la pareja citadina y, por ello, alejada de cualquier fuente de sabiduría o comprensión. En fin, en la amenaza para el tiempo presente sin espesor en que se convierte el arribo del pasado ancestral o del pasado íntimo y negado, cualquiera de los cuales arribará con la fuerza de la destrucción. Por último, por el desafío que lanza al tiempo de la acción el tiempo de la novela que la espeja.

24

En parte, podríamos decir, como consecuencia de la presencia de los factores anómalos ya mencionados en los dos párrafos anteriores, que el resultado global –que puede verificarse en cada una de las piezas– es el funcionamiento también anómalo de la acción dramática. Inexistente prácticamente en el diario interior y de viaje que es la obra sobre Eliseo Reclus, pasando por la aparente coherencia de la acción en *Desaparecido* –aparente apenas, como el lector comprobará–, pasando también por la desestructuración por el relato y el comentario en la obra de Kinski, la inoperancia de la acción dramática se verifica de manera ejemplar en *Los difusos finales de las cosas*, donde más que una acción dramática la obra exhibe el recorrido aleatorio por momentos existenciales de unos personajes cuyas relaciones no trascienden el plano de lo azaroso y de lo contingente. En *Noche oscura Lugar tranquilo*, este desfallecimiento de la acción dramática se aminora un tanto, ya que la obra, desde mi lectura, no hay que olvidarlo, le apuesta más a la concreción de la acción para mejor dejar arribar la fuerza demoledora del pasado negado o desapercibido. Y, sin embargo, también aquí la acción es competida por la superposición de planos y el espejamiento de la escritura; la acción también está amenazada de fragmentación.

Querría destacar, poner en relieve, esta que llamo *amenaza de fragmentación de la acción* en la última de las obras de Carlos Enrique Lozano aquí compiladas. Es mi hipótesis que esta amenaza de fragmentación es la expresión en el plano formal de un gran desasimiento del sentido de la existencia en el tiempo

presente, al menos en el tiempo presente de los mundos de ficción que construye la escritura de Lozano. *Desasimiento* significa también desapego, desinterés. Creo que la dramaturgia moderna, sobre todo o justamente desde el momento del romanticismo al inicio del siglo XIX, verificó la pérdida de sentido del mundo, la mudez y hostilidad con la que se ofrecía –o se oponía– al héroe de ficción. La acción dramática una y otra vez ha contado –contó– el enfrentamiento del héroe con ese mundo tan sin sentido que lo ponía en el extremo heroico de vencerlo mediante la asignación de sentido, mediante la conformación y sujeción a su voluntad de poder. Si queremos pensar, como lo hago yo ahora, que las obras resultado de la escritura de Carlos Enrique Lozano dan cuenta de la actitud del artista respecto del mundo contemporáneo, comprenderíamos que tal vez este mundo sigue siendo –o, como yo lo prefiero, ha vuelto a ser– sin sentido. La diferencia, es allí donde estaría el desasimiento, es que el héroe contemporáneo abdica de su condición de héroe: renuncia a la acción. A veces como decisión, con lo que el desasimiento es aquí la acción y el efecto mismo del deshacerse, del desapegarse, de despojarse. A veces también porque el mundo está obturado para el personaje: sin claves, sin espacios de recepción, sin sentido que se brinde, el mundo se cierra para el personaje y el sujeto es –una vez más– arrojado.

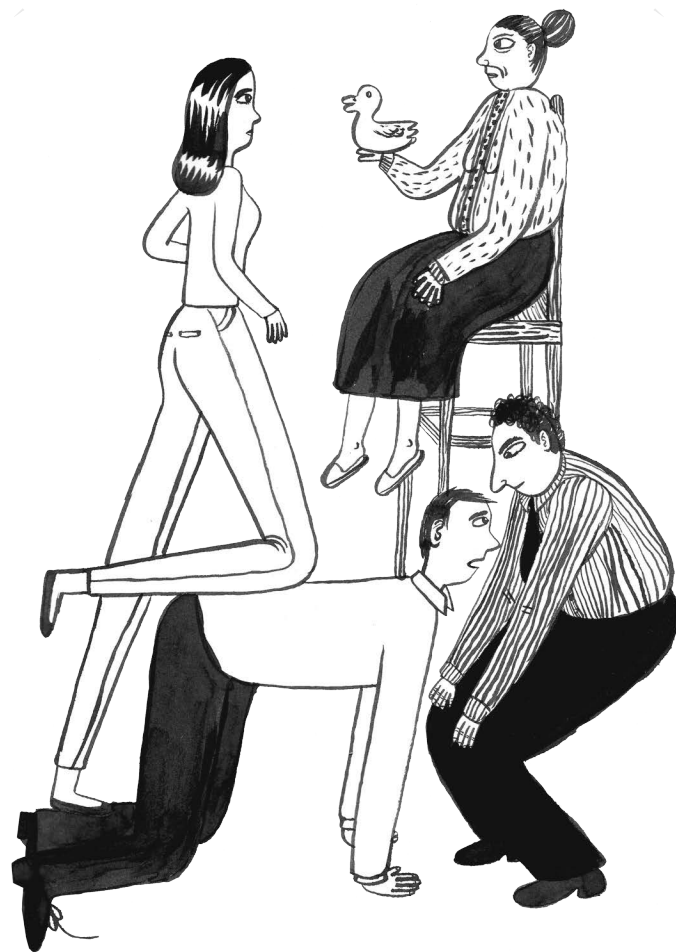
25

Es este, otra vez, ser arrojado del sujeto, lo que expresa eso que llamaba antes la conciencia de una crisis de la cultura. Esta crisis, creo yo, es fundamentalmente existencial. No hay en este universo signado por la disolución –del sentido, de la acción, del lazo social, del imperativo ético– dónde anclar la voluntad de la acción. Bien porque esta deviene en irrisión, como acontece con las figuras míticas de Kinski y del primero de los indígenas muerto, ellos mismos más fantasma que fuerza mítica, bien porque esta está ofuscada por la herida y el trauma que no la dejan aflorar, como querría, tal vez, la pareja de la última de las obras analizada, bien porque el personaje esté afectado de una suerte de abulia, como la que sus compañeros intuyen o descubren en *Ella*, la joven mujer que convoca a los demás personajes de *Los difusos finales de las cosas*.

Irrisión, abulia, incluso ofuscación, como la que sufre Pedro, figura central de *Desaparecido*, cuya razón se oscurece al no poder convocar a sus compañeros y camaradas de antaño para que le ayuden desde el ahora presente a desentrañar, desenredar, corregir el pasado. Afectación de la voluntad que se expresa en imposibilidad de la utopía, como verifica Eliseo Reclus con desfallecimiento cuando es presa de la fiebre que le quema el cuerpo.

Cada poética de autor construye el mundo que quiere poner en escena. Construye también las dimensiones con las que se configura este mundo. Cuando el lector –y en el futuro, los espectadores– quiera confrontar esta escritura dramática de Carlos Enrique Lozano con las de la tradición reciente del teatro colombiano, echará de ver, creo yo, una diferencia notable: la historia, la dimensión histórica, lo socioantropológico, no son los materiales privilegiados en la confección de este mundo que es objeto de representación en Lozano. También aquí, la disolución se remite a terrenos más ignotos de lo existencial. Esta escritura actual que nos ocupa parece poner un espejo a los entresijos de la existencia contemporánea. Allí, los materiales de la existencia son precarios, frágiles, transitorios. Es quizás eso, sin exceso de grandilocuencia, con reticencia incluso, lo que intuye Lozano y de lo que da testimonio su escritura. Quizás.

Víctor Viviescas
Profesor asociado
Universidad Nacional de Colombia





Los difusos finales de las cosas

Los difusos finales de las cosas

Obra ganadora del Premio Nacional de Dramaturgia Alianzas Colombo-Francesas 2006

Para Ariel, Eliza y John esta muestra de agradecimiento por cinco años de trabajo y amistad.

Estrenada por La Casa de la Abuela, el 19 de noviembre de 2015, en la Sala Experimental del Teatro de la Ciudad, Monterrey, bajo la dirección de Jandro Chapa.

Elenco

Emma Mirthala Cantú
Liliana Cruz
Jesús Villaseñor Brenner
Gilberto Loredó
Santiago Martínez
Daael Álvarez

31

Personajes

Ella
Él
La madre de Ella
El otro
Hombre mayor
La voz de un predicador

En la cocina de la madre de ella

Hombre mayor: La madre de ella sabe que ya ha vivido suficiente. No quiere acabar con su vida, pero entiende que, si la muerte llegara súbitamente, la sorpresa no sería desagradable.

Ella: Del todo.

Hombre mayor: No sería *del todo* desagradable. La madre de ella cree que su labor en la tierra está terminada. Cree que todos vienen a la tierra con una tarea, que todos tienen un propósito para estar aquí. Su propósito fue parirla a ella, su hija. Lo segundo fue criarla. Su marido quiso tener más hijos, pero, para su fortuna, supo cómo evitarlo.

Ella: Eso solo hubiera alargado su tarea. Eso solo hubiera prolongado su responsabilidad.

Hombre mayor: Ya su marido ha muerto, ya su cuerpo es tierra yerma.

Ella: La madre de ella se siente en el mejor momento de su vida. Cada día, al despertar, sonrío sabiendo que no tiene la obligación de hacer nada.

Hombre mayor: Es decir, claro que sale, claro que hace las compras necesarias, claro que habla con sus amigas, claro

que va a cine una que otra vez, pero sabe que esencialmente sus actividades son prescindibles, son aquello que hace mientras el contador de su vida llega al final.

- Ella: Esto la tranquiliza.
- Hombre mayor: Esto le permite caminar sin prisa, comer con hambre, tejer sin objetivo, hablar con ella con total franqueza.
- El otro: A eso se dedica en este momento. En la cocina de su casa.
- Hombre mayor: La madre de ella y ella hablan mientras el café se cuele en la cafetera.
- El otro: Ella come galletas. Una tras otra. Ella come galletas mientras escucha hablar a su madre.
- La madre de ella: Es como el otro día. No sabía qué hacer. No sabía si ir a cine o darme una ducha. Fue ese día en que el récord de temperatura se rompió. El miércoles hace quince días, creo. El calor era inmenso. Grande. Intenso. Grande como algo que lo aplasta a uno. Grande como un peso sobre los pulmones. Como algo que obstaculiza la respiración. Me había despertado tarde ese día porque... Bueno, porque sí. Porque siempre me levanto tarde. En todo caso, cuando me desperté, supe que ese día sería distinto, que ese día me sucedería algo importante. A lo mejor no algo radical –a estas alturas de la vida

ya no hay cosas radicales– pero sí algo importante.
Algo que me pondría a pensar.

El otro: El agua de la cafetera hierve.

La madre de ella: No pienso mucho, ¿sabes? Ya no, por lo menos. Eso es lo que más me gusta de mi vida, no tengo ninguna necesidad de pensar. Puedo simplemente sentarme a leer revistas, ver televisión, tejer, mirar mis manos, sentarme en el balcón, cocinar cualquier cosa, y en ningún momento siento ni el deseo ni la obligación de pensar. Puedo pasar horas enteras inmóvil hasta que me doy cuenta que no he pensado en nada. Que el espacio intermedio ha sido como un silencio oscuro en el que he desaparecido por un rato. Sé que desapruebas esto. Sé que desapruebas mi vida en general. Sé que quisieras tener una madre activa, una madre trabajadora, pero realmente me importa poco lo que quieras. Yo ya hice mi trabajo. Yo ya cumplí con mi deber y ahora estoy en vacaciones permanentes. Ahora estoy dejando que todo siga su curso sin ser obstáculo para nada.

El otro: Ella se para y sirve el café en dos tazas.

La madre de ella: Cuando me desperté, supe que ese día sería distinto. Por el calor, dirás tú. Pero no, era algo más. Había algo en mi cuerpo, como una especie de alarma, de advertencia, que me informaba que ese día sucedería algo especial. La mañana fue intrascendente. No salí, no prendí el televisor,

no tejí, no me asomé al balcón. Me senté en la mecedora del cuarto de estar y me miré las manos. Un rato largo, creo. Nunca he sido muy buena para medir el tiempo. Siempre me equivoco sobre qué tan largo ha sido algo. Ese día, sin embargo, estoy casi segura que había pasado mucho tiempo porque la luz del sol ya estaba alumbrando las patas de la mecedora. Sabes que a ese cuarto solo le llega la luz de la tarde. Tal vez por eso volví en mí, al ver mis pies resplandecientes. No sé. En todo caso, pensé que nada fuera de lo común había sucedido y que a lo mejor mi intuición me había engañado. Aunque, claro, en el fondo sabía que no era así, que solo era una cuestión de paciencia, que tendría que esperar un poco más. Decidí levantarme de la mecedora. No sé por qué. Lo hice sin un propósito concreto. Decidí levantarme de la mecedora y justo en ese momento resplandeció lo que se iba a dar ese día. Justo en ese momento, al ponerme de pie, fue como si la sangre hubiera llegado a la cabeza en el ángulo correcto para revelarme el evento que separaría a ese día del resto. Lo vi con claridad: ese día y en ese instante supe que tú vas a morir antes que yo. Fue algo así, que me llegó de repente, como una certeza flagrante: tú vas a morir antes que yo.

35

Hombre mayor:

Ella no sabe qué hacer. Ella mira el reloj, quiere marcharse, pero todavía tiene tiempo. A ella le incomoda lo que ha dicho su madre, pero su incomodidad es difícil de situar, es difícil de entender.

- Ella: Ella no cree en lo que acaba de oír.
- Hombre mayor: O si lo cree, no lo sabe, pero tampoco le importa.
- Ella: Ella se siente incómoda por el papel de su madre en este momento.
- Hombre mayor: Considera que la situación está rozando un nivel de extravagancia que le parece molesto, inoportuno. Quisiera tomar café y escucharla hablar sobre el clima o sobre su última compra, pero le fastidia un poco oírla en el papel de vidente: las madres son madres y punto, no madres y adivinas. No vino, ciertamente, a conocer su futuro.
- Ella: Y menos de boca de su madre.
- El otro: Ella tose y recoge las tazas. Va al fregadero. Su madre decide continuar.
- La madre de ella: La cosa no fue a más. Me quedé estática un momento. Detenida entre estar sentada y estar de pie. Me quedé como congelada por un instante y luego me paré. Vine a la cocina y puse a hervir el agua para hacerme un café. Luego prendí el televisor del cuarto y le subí el volumen para poder oírlo desde el balcón. Puse una de esas emisoras de música clásica. Volví a la cocina, colé el café, etcétera. Me dio pereza a último momento salir al balcón y decidí quedarme parada bajo el umbral de esta puerta. Decidí no llegar a ningún lugar, quise estar justo en la frontera entre la cocina y la sala. Porque sí.

Me recosté en el marco y me puse a tararear la melodía que emitía el televisor. Era una de las Estaciones de Vivaldi, no recuerdo cuál, la que aparece en el comercial de los paticos. ¿La Primavera tal vez? No sé. La cosa es que estaba ahí parada, siguiendo la melodía a medias y entonces se me ocurrió que a lo mejor no era la canción lo que estaba escuchando. Se me ocurrió que a lo mejor era el comercial. ¿Ves la diferencia? En la publicidad de ese jabón utilizan el tema de Vivaldi; pero, cuando uno oye el comercial, no está oyendo la canción, está oyendo el comercial. Es muy diferente lo uno de lo otro. Así sean las mismas notas, así sea la misma frase musical, así sea la misma interpretación, es muy distinto lo uno de lo otro. Me angustié, ¿sabes? No sé por qué, pero me sentí engañada. Pero también sentí que el engaño era un autoengaño, era yo quien me había jugado una mala pasada y eso me pareció aún peor. Pensé que había puesto la emisora de música clásica cuando en realidad había puesto alguna de las cadenas nacionales. Sé que no es nada grave, a todos nos pasan ese tipo de pequeñas confusiones. Intenté tranquilizarme. Fui hasta la habitación y al revisar, me di cuenta de que lo que sonaba era la canción, no el comercial. Entonces me sentí no solo ridícula, sino doblemente engañada: primero me engañé pensando que era la canción y luego me engañé creyendo que era el comercial. Terrible. No te imaginas cuánto. Fue un momento mortificante, realmente pavoroso. Estaba entre la realidad y su seudónimo, parada en ningún lugar, en un terreno fronterizo, movedizo. Entonces recordé mi decisión de no ir a la sala pero de salir de la

cocina; era lo mismo. En ese momento había decidido estar en ningún lugar, no entrar a un espacio pero salir del otro. ¿Me sigues? Es difícil pero importante, nena, ¿me sigues en lo que digo?

El otro: Muy a su pesar ella asiente.

La madre de ella: Pues claro que tenía que ser lo mismo, no podía ser de otra manera. Lo que sucedió ese día, todo lo que ocurrió, toda la cadena de sucesos que me acontecieron, ocurrieron para ubicarme en un lugar ignoto, anónimo, en el cual pudiera aceptar el evento de anticipar tu muerte. Después de eso, tuve muchos problemas para volver, para llegar de nuevo al hecho irrefutable de estar aquí, de tener calor y de estar sudando. Fue así. Quería contártelo. Quería que lo supieras.

38

El otro: Ella se para.

Hombre mayor: Siente un cariño inmenso por su madre mientras se pone de pie.

Ella: ¿Sí?

Hombre mayor: Realmente la ama por un instante. La mira a los ojos y aunque quiere decir algo, no dice nada.

Ella: Ella sonríe y sabe que es la hora de marcharse.

En el puente

- Hombre mayor: Ella nunca camina sin saber adónde se dirige. Ella nunca cruza la calle si cruzar la calle no es un requisito para llegar a su destino. Ella encuentra el destino siempre. Ella cree en el destino.
- Ella: Cree en todos los destinos, cree que es posible llegar a cualquier lugar con un mapa, con un plan de ruta. No entiende cómo puede alguien perderse, no entiende qué es el azar.
- Hombre mayor: Ella sabe que su vida es la planificación ordenada de una serie de objetivos que se fijó desde niña. Le gusta saberlo. Se siente orgullosa de entender los mecanismos, los rudimentos, del engranaje vital. Es su vida, sí, pero así debe ser la vida de todos. Los que no entienden cómo funcionan las cosas no son personas, no viven vidas sino algo parecido pero malformado. Son... ¿Humanoides?
- Ella: Humanoides.
- Hombre mayor: Son humanoides que rondan por doquier. Son un episodio más en la vida de los humanos, son la distracción de todas las mentes conscientes.
- Ella: Ella cree en la distracción. Cree en los espacios de diversión.

- Hombre mayor: No entiende por qué, pero sabe que no es posible vivir sin tener ciertos huecos en el mapa.
- Ella: Sus huecos, sin embargo, no son huecos amorfos. Ella diseña la geometría del hoyo, abre la fisura y conoce el propósito de la grieta: la diversión. Esos espacios de esparcimiento están determinados por las figuras que forman las demás actividades, las actividades rutinarias, las obligaciones. Estas actividades están organizadas de manera jerárquica de acuerdo con la importancia que tienen en la consecución de sus objetivos.
- Hombre mayor: Ella sabe que a veces la única manera de pasar de una actividad a otra es permitiendo que en el medio se cuele un hueco.
- La madre de ella: Ella se encuentra ahora en uno de esos huecos. Ella fuma sobre el puente mientras lee algo que nada tiene que ver con su vida.
- El otro: Ella lee cigarrillo y fuma literatura mientras él decide aparecer.
- Hombre mayor: Él dice que el paraíso siempre está en otra parte. Que está en algún lugar que se desplaza, que lo evade. Como la ficha de un juego que muda de coordenadas, que no reposa, como la contraseña de una fiesta clandestina.
- Ella: Nunca coinciden.

- Hombre mayor: Él dice que el paraíso nunca está donde él está. El paraíso y él no nacieron para conocerse, rezonga. Pero sabe que es su paraíso. Es consciente de la singularidad de la idea, no generaliza. Él converge en lugares y momentos con el paraíso de otros, pero sabe que esos no son sus paraísos. Su historia es la historia de la búsqueda del paraíso, aunque él no lo sepa.
- Ella: O no lo acepte.
- La madre de ella: Abajo, el agua del río pasa vez tras vez. Abajo, el agua del río pasa.
- El otro: Él llega y comienza hablar.
- Él: Vine para saber en qué estás vine para saber en qué va todo vine para entenderte. No estás bien o no estás bien conmigo no sé me gustaría que me lo explicaras como lo has hecho lo sé. Sé que me lo has explicado una y mil veces sé que estás cansada de explicármelo sé que no estás cansada de explicármelo sé que te divierte explicármelo sé que creés que nunca podré entenderte o que no querré entenderte o que no estoy capacitado para entenderte. Sé que mi amor por vos no es tu amor por mí.
- La madre de ella: Ella apaga el cigarrillo sobre la baranda del puente. Él la mira. Se sienta a su lado.
- Él: Sé que estás cansada de mí sé que te aburre lo que digo sé que te aburre la manera como vivo sé que

estás conmigo por el sexo sé que estoy cansado. Irreparablemente cansado. No es por vos aunque sé que no te preocuparía que mi cansancio fuera por tu causa porque mi cansancio no es algo que considerés una cuestión de inquietud o de culpa o de cosa semejante pero sé que en algún lugar de tu atribulada cabeza hay algo que me escucha algo que cala en tu conciencia que me exhorta a insistir en este esfuerzo inútil que es estar con vos en esta estupidez que es nuestra relación en esta desfachatada travesura que es pensar que nuestras vidas pueden unirse que podemos llegar a una plataforma común que podríamos compartir pero sé que lo que digo no sirve no llega porque tu idioma es un idioma extranjero único que solo vos entendés y que te hace estar más sola en el mundo que nadie y por eso insisto también como en una obra de caridad porque no soporto tu soledad porque no soporto que exista alguien en el mundo tan solo. Tan irreparablemente solo. Tan desterrado. Tu patria es como mi paraíso: siempre está en otra parte. Siempre está eludiéndote y yo me siento mal por vos yo quiero hacer de vos mi buena obra mi obra de caridad. Y por eso insisto. Y por eso insisto en vos. Y es por eso...

Ella: A él se le extingue la palabra porque sí.

Hombre mayor: Él sabe que es normal que su palabra se apague antes de acabar un argumento.

- Ella: Él lo considera un talento, algo con lo que se nace.
- Hombre mayor: Le enorgullece saber que su palabra es parcialmente autónoma, que escapa en parte a su voluntad. Le enseña una lección de humildad.
- Ella: Él cree que le enseña que no es posible controlarlo todo, que la vida es mucho más amplia y profunda que el entendimiento humano.
- Hombre mayor: Él considera este pensamiento como una convicción casi religiosa que determina una porción abundante de sus actos. Él cree ciegamente en su ignorancia sobre el propósito último de las cosas. No cuestiona las causas pues sabe que son algo diseñado para escapar a su comprensión. Él vive tranquilo en la comprensión de su ignorancia, de su mortalidad, de su finitud.
- Ella: Siempre que su palabra se escapa es al final de un argumento, nunca en la mitad de una idea. Él tardó mucho en acostumbrarse a esto. Anteriormente fingía que su silencio era una estrategia discursiva, pero luego dejó de importarle, luego entendió que eso lo hacía especial, lo hacía diferente. Él supone que esta diferencia es importante en su vida, que, de hecho, la fuerza de su impulso vital radica en ver difusos los finales de las cosas.
- El otro: Él agacha la cabeza mientras el agua sigue fluyendo bajo el puente.

Hombre mayor: Ella sabe que la figura de su reposo tiene bordes definidos.

Ella: Ella sabe que el momento de partir ha llegado.

La madre de ella: Ella lo mira con ternura, casi con compasión.

El otro: Ella se para, le acaricia la cabeza y comienza a andar.

Ella: Ella no mira atrás.

Hombre mayor: A ella nunca se le ocurriría mirar atrás. Ella sabe lo que queda a sus espaldas, ella ha armado el diseño de aquello que deja, no necesita constatar su forma. Ella sigue su marcha revisando el plano de lo que viene: las calles que debe atravesar, la velocidad de sus pasos, la mirada que otea los posibles peligros. Ella se echa a andar sabiendo dónde va y a qué hora debe llegar. Ella va armada de un propósito, siempre va armada de un propósito, sino nada tendría sentido.

Ella: Ella lo sabe bien, sino nada tendría sentido.

La madre de ella: Él está en el puente, él decide seguir hablando, aunque ella no esté; a él, ya en este punto, no le interesa que ella esté o no, la palabra vuelve a surgir.

El otro: Él le habla al agua que llega, pasa y se pierde en la distancia.

Ella:

Tal vez.

Él:

Pero todo tiene su revés. Todo puede ser visto como su contrario. Todo puede ser descubierto antónimo. Sos la mujer de mi vida la mujer que nació para estar conmigo y yo el hombre que andás buscando desde siempre. ¿Ves? Nada cambia. Parece absurdo, pero debo decirte que no lo es que nada lo es o por lo menos que nada de lo que vos considerás absurdo lo es. Tu sentido del absurdo está realmente torcido vuelto hacia otro lado. Lo absurdo es que no podás ver lo vacía que es tu jaula lo inmenso que es el mundo y lo diminuta que sos en un diseño tan grande. Solo hay lugar en tu mundo para tu mundo solo hay lugar en tu vida para tu vida solo hay lugar en tu jaula para tu jaula porque vos no podés entender nada más allá de tus fauces más allá de tu hocico más allá de tu estúpida miopía y mi afán no es insultarte no es hacerte sentir mal no es ni siquiera pretender que hablo con vos pues sé que no estás sé que te fuiste como siempre lo hacés sé que tu agenda te lleva a cambiar de espacio para buscar un terreno sólido algo que se parezca al lugar donde debés estar donde querés estar donde tu idioma sea hablado por todos y no seás un islote perdido en la vasta estela del río. Algún lugar donde no seás como una letra perdida en el embrujo incesante del agua que fluye. Lo que pretendo al hablar ahora así de la manera en que lo hago con estas metáforas irreflexivas es hacerle entender al orden de las cosas que tu aislamiento debe acabar que es posible que el amor

y la conmiseración humana reviertan la dirección de la maquinaria la insoportable presión de los piñones y que es posible redimirte que es posible que la vida perdone tu estupidez y tu soberbia y que no todo está perdido para vos. Que si yo insisto que si hablo que si logro decir las cosas que se deben decir serán como las palabras mágicas como la llave que abre la puerta del templo como el soplo que logra detener la caída como el pie que logra caminar sin romper la tensión superficial del agua. Lo que intento con esta catarata de sonidos es un milagro. Lo que espero es la cura lo único que podría salvarte un milagro. Con eme mayúscula hache intermedia ge gutural y o protuberante. Solo un milagro así podría salvarte. Solo un milagro ortográficamente monstruoso. Solo eso solo esa dislocación de los signos en la cadena lograría hacer saltar la maquinaria.

La madre de ella: Él enciende un cigarrillo. Mira al río.

Hombre mayor: Él sabe que el agua fluye porque está embrujada. Él sabe que el agua fluye a causa de la gravedad, pero también sabe que lo uno no anula lo otro. Él sabe que nada va a cambiar, pero se siente bien. Mira al río. Sigue ahí en su extraña paradoja: siempre cambiante y siempre igual.

La madre de ella: Él se para, se estira, se marcha.

Una cama en un hotel

Ella: El otro considera que el mundo es un menú de oportunidades desplegado para quien lo quiera tomar. El otro posee un apetito variado: toma un poco de esto, toma un poco de aquello.

Hombre mayor: Sin embargo, no es descuidado en su selección. Para él es claro que hay sabores que le gustan y otros que le disgustan. No pretende probarlo todo como tampoco le interesa catar un solo alimento.

Ella: Él sabe que la importancia de la acumulación radica en la correcta organización y clasificación de lo acumulado. Su vida es un recorrido a través de pozos de infinita riqueza en los que se detiene por momentos para beber y llenar su saco. Lo principal es saber que su saco no tiene fin, pero que las cosas pueden salirle mal si no ordena las ganancias de acuerdo con su valor y naturaleza. Su concepción de la felicidad es saber que sus ingresos, independientemente de cuáles sean, son como libros de múltiples tamaños, temas y formas que descansan correctamente catalogados en su biblioteca interior. El orden es un requisito para su felicidad.

Hombre mayor: El otro está acostumbrado a que sean más las cosas que llegan a él que las cosas que salen de él.

Ella: Por este motivo, siempre tiene harina en su costal, siempre tiene algo qué comer.

Hombre mayor: El otro entiende que es una persona privilegiada. Se siente cómodo en su privilegio. Toda su vida ha sido un constante tránsito entre diferentes formas de abundancia. Sus padres lo amaron profundamente. En su casa siempre tuvo amor. En el colegio, sus profesores fomentaron el desarrollo de su personalidad independiente y emprendedora. Sus amigos lo admiraron y no pocos lo envidiaron, siempre de manera cordial y respetuosa. En la universidad, sus novias lo amaron.

Ella: O lo quisieron de tal manera que él pensó que lo amaban.

48

Hombre mayor: Y sus profesores lo aconsejaron para que su energía desbordante estuviera correctamente encauzada. Al graduarse de la universidad, entró a trabajar en una gran empresa como directivo de mediano nivel. Ha ido ascendiendo, por supuesto. Sus subalternos sienten por él una mezcla de respeto y cariño bastante equilibrada. Hace cinco años se casó con una compañera de estudios y hace tres es padre de una pareja de mellizos. Desde hace 6 meses ella y el otro se encuentran una vez por semana para copular con relativa pasión.

La madre de ella: El otro comienza a hablar mientras los dos desnudos sobre la cama deshecha.

El otro:

Lenta y olorosa. Como una morsa o una ballena grande. Un cachalote. A veces sos como un ser marino y reposado. Hoy, por ejemplo. Me pregunto qué opera en vos en días como hoy. Qué comés, en qué pensás para que tu cuerpo se convierta en esta especie de tortuga húmeda. Pero me gusta. No lo digo como algo negativo, lo digo como un fenómeno curioso, como una particularidad de tu ser que me sorprende. Me cuestiona. Me hace sentir que sos más de lo que puedo entender. Que hay algo tuyo que no comprendo y que es insondable. Que podés ser un misterio. Me gusta. Me siento bien cuando descubro en vos ese ser atávico, acuático. Me divierte. Me siento haciendo el amor con una foca prehistórica. Sos justo el nivel de emoción que requiere mi semana. Sos mi dosis personal de aventuras. No podría con más pero no podría vivir sin ella tampoco. A veces me siento tentado, lo confieso, de mandar todo a la mierda y decirte que nos vayamos al mar. Los dos. Que compremos una casa en la playa y que vivamos allá juntos, cerca de tu elemento, cerca del agua a la que en últimas pertenecés. Tu cuerpo es un recipiente de agua salada. A veces quisiera dejarlo todo y dedicarme a vos. Dedicarme a estudiarte. Como un biólogo. Como un biólogo marino. A diseccionar cada una de tus reacciones ante cada una de mis caricias. A separar y clasificar esa amalgama de gemidos que emitís. A lograr una taxonomía completa de tus movimientos. A veces siento que sería más feliz si solo estuviéramos los dos en el mundo, pero

entonces despierto. Entonces sé que me aburriría de vos en una semana, en menos de una semana, en un par de días, en unas horas a lo mejor. A lo mejor en menos tiempo. No sé, pero estoy seguro de que nada funcionaría. Ni siquiera el sexo, todo se desbarataría, todo se vendría abajo como un castillo de naipes en el viento, como un libro de arena en el agua, todo moriría inmediatamente. Lo nuestro funciona así, hemos encontrado la forma perfecta de vivirlo. Un encuentro por semana. Cada semana en un día distinto, cada día en un lugar diferente. Lo que tenemos es lo mejor que podemos tener, lo sé. Lo que tenemos es lo único que podríamos tener vos y yo. Nada más. El resto son ilusiones. Nostalgia de telenovela, de melodrama. Nuestros encuentros deben tener una duración limitada y un propósito definido. El día que nos encontremos y no follemos se habrá acabado todo. No habrá por qué seguir. No habrá razones para continuar después de ese día.

La madre de ella: Ella se para, busca un cigarrillo, lo prende y regresa a la cama.

El otro: Te incomoda lo que digo. No. No te incomoda lo que digo. Lo sé. Eso es lo que me gusta de vos, no te incomoda nada de lo que digo. No te importa nada de lo que diga. Lo que diga es irrelevante mientras mantenga la cadera aceitada y la verga erecta. Sos el sueño de todo hombre. Todo hombre quisiera tener una amante como vos. Siempre dispuesta, siempre lista. Siempre a la orden. Y no me refiero a que seás

sumisa, no. A mí no me place la sumisión en la cama, no tengo ansias de gobernarte. A mí me gustan las mujeres fuertes, las mujeres que toman la iniciativa cuando la deben tomar. Cuando se trata de llevar las riendas. A mí me gustan las mujeres que saben lo que quieren y saben cómo procurárselo. Si quisiera recato, pues me follo a una beata. Vos sos otra cosa. Vos sos la amante perfecta. En mi vida sos la otra, pero yo también soy el otro en tu vida, lo sé. Hay uno: tu novio. Y hay otro: yo. Somos espejos. El uno del otro. Cuando digo que sos la amante perfecta me refiero a que somos perfectos. Los dos. Como amantes. Como colegas de infidelidad. Como compañeros de crimen. Somos lo que queremos ser. Somos...

- La madre de ella: Suena el teléfono. La conversación cesa. Ninguno de los dos hace el intento de contestar. El timbre persiste.
- Hombre mayor: En algún lugar cercano el agua del río fluye. Constantemente. Avanza en su inquebrantable persistencia.
- La madre de ella: El timbre cesa. Silencio. El otro se para. Comienza a vestirse. Sin afán.
- Ella: Ella no ha escuchado el discurso del otro. O sí lo ha hecho.
- Hombre mayor: Es inevitable, está acostada a su lado.

- Ella: Sin embargo, las palabras llegan a sus oídos como un sonido cualquiera desprovisto de significado, como el rumor constante del río. Ella no lo escucha porque no le interesa lo que él tenga para decirle. No le interesa lo que él piense ni de ella ni de la relación que mantienen. A ella lo que le interesa de él es que cumpla con su cita semanal y nada más. Ella necesita de esa cita semanal como necesita de cada una de las cosas que realiza en su vida. Su vida no tiene excedentes, en su vida no sobra nada. Cada una de las cosas que constituyen su existencia está allí para algo, cada uno de esos elementos sirve una función, cumple un propósito.
- Hombre mayor: El otro es una más de las tantas piezas que componen su regulada existencia.
- La madre de ella: Ella lo mira vestirse. Le sonrío. El otro sonrío de vuelta. Ella cierra los ojos y sabe que tiene tiempo de hacer una siesta.
- El otro: No llegués tarde.

Accidente de él

Hombre mayor: Él se habla a sí mismo cuando camina. Él practica las cosas que le dirá a ella.

Ella: Él practica las cosas que se dice.

Hombre mayor: Él sabe que el ensayo de sus palabras le sirve para organizar las ideas, pero también sabe que los ensayos son mucho mejores que las funciones. A él, ya en el momento de comunicarse, se le olvidan las cosas. Para eso son importantes los ensayos: cuando se le olvida lo que quería decir, recuerda las prácticas y puede retornar a su argumento.

53

Ella: O por lo menos al recuerdo de su argumento.

Hombre mayor: Esto hace que él siempre suene lejano, como si su centro estuviera en otro lado y él estuviera hablando desde la distancia. A ella le seduce esta peculiaridad de su carácter. No le produce intriga, le produce ternura. La hace pensar que puede sentir por él algo parecido al amor.

Ella: Ella nunca ha estado enamorada, no conoce el amor. Ella ha tenido muchas relaciones en su vida, unas más profundas que otras, de todas ha salido indemne.

- Hombre mayor: Ella sabe que no ha amado nunca pero no considera esto algo ni problemático ni extraño.
- Ella: El amor es una ficción que funciona para otros, que les alivia vacíos... El amor es solo una idea, como tantas otras, como la felicidad, como el destino o el azar.
- Hombre mayor: Ella no se adhiere a ninguna de las anteriores. Vive su vida sin esperanza ni desesperanza.
- Ella: Su ecuanimidad es devastadora para él.
- Hombre mayor: Su ecuanimidad es un síntoma de la más profunda desilusión. Ellos parecen habitar universos distintos, incompatibles, incommunicables.
- Ella: Él no puede con esto. Lo doblega, lo consume.
- Hombre mayor: Su relación con ella es un esfuerzo descomunal por hablar el mismo idioma, por lograr que ella vea el mundo como una persona normal.
- Ella: Para él, ella no es una persona normal.
- Hombre mayor: Peor aún, es la persona más triste del mundo, la persona más sola. Está tan sola, que no es capaz de entender su propia soledad. Él sufre cada vez que piensa en ella y se lo repite constantemente.
- La madre de ella: Él se habla a sí mismo cuando camina. Él camina para poder hablarse.

El otro: Él camina sin rumbo para poder pensar en voz alta.

Hombre mayor: Los caminantes lo observan, pero a él no le importa, él no se percata de sus miradas.

Él: Yo busco lo que busco porque lo busco así todos los días así cada vez. Yo busco lo que busco porque no hay nada nunca que sea lo suficientemente grande como para pensar que debo cesar mi búsqueda que debo parar. Te encuentro a vos como he encontrado a tanta gente te encuentro a vos como siempre me encuentro a la persona que debo encontrar y te reconozco distinta desde el principio. Te reconozco problemática desde que te veo por primera vez. Fue así. Contundente. Cortante. Sos un corte en mi vida una ruptura. Puedo decir que mis días se dividen en dos. Antes de tu llegada después de tu llegada. El encuentro con vos ha sido una cachetada de la vida un golpe en la jeta que me tiene tambaleando que me tiene a punto de caer que me tiene pensando en la caída. Y no quiero caer no quiero dejarme noquear por tu vida no quiero que tu insoportable visión del mundo tu alienada noción de la realidad me manche me impregne me subyugue. Porque el propósito de nuestro encuentro es otro porque el objetivo de nuestra relación es que despertés que entendás que estás mal que comprendás por fin que tu aislamiento es insufrible que vivir como lo hacés no tiene sentido. Es necesario que entendás que el mundo es un punto de encuentro de convergencia que todos venimos aquí para

encontrarnos para hacer de nuestras pobres vidas individuales y únicas una maravillosa experiencia colectiva una fiesta exquisita y multitudinaria. ¿Por qué no podés entenderlo? ¿Por qué es tan difícil para vos comprender que todo puede ser distinto que cada persona es el centro de todo y que los otros no somos extras en tu película?

La madre de Ella: Él se agita. Él se detiene. Él mira el río.

Hombre mayor: Él no quiere sonar tan ingenuo, así es como él cree que suena, pero no se le ocurre cómo más decirle a ella lo que quiere decirle.

El otro: Él se sienta en una banca. Él enciende un cigarrillo.

56

Él: Podría encontrar mi destino en las manchas de este escabel. Podría jugar a dibujar una retícula sobre la banca y luego escribiría las coordenadas específicas de cada mancha. Podría trazar un plano de mi vida a partir de lo que encuentro o podría tirarme al río y nadar hasta que me cansara. Luego saldría a la orilla y construiría un pequeño refugio y blablablá. Sufro de un crónico complejo de veleta. El viento me empuja siempre en la dirección que debo ir. Lo que busco es el lugar en donde el viento deja de soplar y las cosas permanecen en su sitio por más de una hora por más de un día por más de una semana. Busco el país de las cosas fijas pero no sé si existe no me angustia su existencia ni su inexistencia lo busco porque no tengo nada mejor para hacer porque

pienso que en la vida hay que buscar algo y que da lo mismo que sea lo que se busca siempre y cuando lo mantenga a uno en movimiento lo mantenga a uno andando lo mantenga a uno corriendo tras sí mismo persiguiéndose la cola. Quiero llegar porque estoy cansado pero no quiero llegar porque no quiero detenerme porque no quiero dormir porque no quiero saber que mañana puede ser igual que hoy porque blablablá porque me canso.

El otro: Él se para. Él decide continuar con su paseo y su monólogo exterior.

Hombre mayor: Él habla de sí mismo.

Ella: Siempre.

57

Hombre mayor: Inclusive cuando habla de ella. Solo puede hablar de él porque es lo único que conoce.

Ella: Porque es lo único que ha querido conocer.

Hombre mayor: Lo hace sin saberlo, sin ser consciente. Habla sin saber que su único tema posible es él.

Él: Me gusta cuando estás ausente porque callas. Me gusta cuando no estás porque mis conversaciones con vos se parecen más a lo que quiero que sean porque cuando no estás hablo con la persona que está bajo tu piel con la persona que yace oculta para vos y para todos. Te digo todo lo que te digo porque

te repito que mi vida es importante si tiendo puentes si siento que mi presencia es vehículo es canal es posibilidad de diálogo. Te hablo constantemente porque solo eso quiero hacer solo quiero hablarte solo quiero lograr que tu obstinada exclusión se acabe porque nadie puede ser feliz en ese lugar sin tierra en ese espacio sin lugar en esa tierra sin espacio en que habitás nadie puede soportar que...

El otro: Las palabras de él quedan inconclusas porque en ese momento...

La madre de ella: En esa esquina...

Hombre mayor: Una esquina curva...

58

Ella: Un camión de marca Chevrolet y de modelo 1960 cruza sin disminuir su velocidad ni advertir su presencia.

Hombre mayor: La de él.

Ella: Él solo siente un empujón rabioso y luego el suelo, la curva, la llanta que pasa por encima de su pierna y, al intentar ponerse de pie, el dolor.

Hombre mayor: Entonces ocurre el dolor.

Ella: Para él, en ese momento, ocurre el dolor.

La madre de ella: Y el cigarrillo, encendido todavía, rueda hacia el otro lado de la calle.

Celebración en la oficina de ella (y del otro)

Hombre mayor: Ella trabaja mejor que nadie en esa oficina y lo sabe. Ella entiende que está sobrecalificada para el trabajo que realiza, pero no le importa, sabe que la paciencia es clave en este momento de su vida. Sabe que saltar escalones es contraproducente pues en el largo plazo siempre se descubren los vacíos, las carencias, los atajos.

Ella: Ella no tiene prisa. Ella prefiere caminar despacio y estar segura de cada paso que da.

Hombre mayor: Ya se ha convertido en alguien imprescindible para el otro, su jefe. Ya el otro no sabría cómo mantener los niveles de eficiencia que ha logrado si ella no estuviera allí para ayudarlo. Ya el otro ha comenzado a temer que su relación extralaboral acabe por salpicar su dinámica en la empresa.

Ella: Cada vez que piensa en esto, recuerda las palabras que su padre le dirigió el primer día de su trabajo como profesional:

Hombre mayor: Mijo, haga lo que le dé la gana, pero nunca meta el pipí en la nómina.

Ella: El otro nunca ha sido una persona que siga los consejos de otros.

Hombre mayor: No por soberbia sino por convicción, sabe que la única manera de entender el mundo es afrontando sus propios errores y convirtiéndolos en oportunidades.

Ella: El otro espera entender cómo puede transformar su relación amorosa con ella en una ventaja laboral.

Hombre mayor: Por ahora anda con cautela.

Ella: La trata como a una más de sus subalternos, pero de vez en cuando la premia con algún incentivo económico por su magnífico rendimiento. Frente a sus colegas, la elogia lo suficiente para que quede claro que sus palabras de encomio son aliciente, pero cuida que tampoco vayan tan allá como para generar dudas con respecto a su relación.

60

La madre de ella: El otro se dirige verbalmente al departamento de mercadeo que dirige. Son veinte personas que escuchan a su jefe y que esperan que sus palabras terminen para que la celebración comience.

Hombre mayor: Ella es, por supuesto, una de los concurrentes a aquel acto.

El otro: Vamos bien, muchachos y muchachas, por supuesto, vamos bien y por eso es la hora de estar más alertas que nunca. El momento en el cual se encuentra nuestro departamento es el momento más peligroso de todos. Es muy fácil desacelerar, es muy fácil echarse a dormir en los laureles que tanto trabajo

nos han costado conseguir. Porque ha sido duro. Perdonen la expresión, pero ha sido berracamente duro llegar al punto al que hemos llegado. Ha sido berracamente duro lograr que el engranaje funcione como lo hace hoy en día. ¿O no? Y ustedes lo saben. Ustedes lo saben mejor que yo porque están ahí todos los días al frente. Dando lo mejor de cada uno y plantándole la cara más amable a cada situación. Hace poco vino por acá el presidente de la compañía, algunos a lo mejor se enteraron. Fue la semana pasada, si no estoy mal. En todo caso, el tipo entró a mi oficina y lo primero que me dijo fue: hombre, cómo hacés vos, me gustaría saber cómo carajos hacés para que tu gente ande siempre trabajando tanto y con tan buena cara. ¿Y saben qué le contesté? ¿Se pueden imaginar qué le contesté? Pues le dije: no, doctor, si el mérito no es mío, el mérito es de ellos que están allí dándole el pecho a cada día; esa pregunta habría que hacérsela a ellos. Porque, no es por nada, pero realmente somos un equipo excepcional, maravilloso. Por eso es que hoy estamos aquí juntos celebrando, porque otro año se termina y podemos mirar al año que viene con la cabeza en alto y sonrientes sabiendo que no importa qué se nos viene encima. No importa qué retos nos traiga el año venidero porque nosotros estamos aquí para eso, para domarlos y someterlos a nuestra voluntad. ¿Y saben cuál es el secreto? Ustedes lo saben mejor que yo, pero lo voy a decir para que a ninguno se le olvide. ¿Saben cuál es el secreto de nuestro éxito? Que somos equipo. Allí radica

nuestro éxito. No por nada los filósofos han dicho que dos cabezas piensan mejor que una. Bueno, pues nosotros somos veinte cabezas que pensamos como equipo. Que estamos allí para el otro. Que somos solidarios. Que sabemos hasta dónde somos capaces de llegar para que el otro pueda rendir más. Que no tememos a la envidia porque entre nosotros todos somos iguales. Y si yo estoy aquí donde estoy hoy es por suerte y porque la he sudado durante más tiempo que la mayoría de ustedes. Pero todos aquí sabemos que entre nosotros las jerarquías no existen, que entre nosotros las diferencias...

62

Hombre mayor: Ella no lo escucha.

Él: Óyeme...

Hombre mayor: Ella conoce de memoria ese discurso como también lo conocen de memoria todos los que están allí reunidos. Todos mantienen la misma sonrisa uniforme y asienten con la cabeza cada tanto para simular cierto entusiasmo. Suficiente como para que el otro siga hablando, pero no tanto como para que se extienda indefinidamente, porque lo divertido viene después.

Él: Óyeme...

Hombre mayor: Porque lo divertido es la música, el licor y la comida. Porque lo divertido es poder beber en la empresa sin tener que ocultar la botella. Porque lo divertido

es saber que cuando ella y el jefe desaparecen al mismo tiempo, la fiesta se pone buena, la fiesta empieza de verdad y aquella reunión deja de ser un evento profesional para ser lo que ellos quieren que sea: una excusa para dejar que la borrachera hable por ellos, que la bebida se encargue de construir nuevas relaciones, distintas a las dinámicas del día a día. Porque solo cuando sienten cerca la posibilidad de convertir su vínculo de oficina en vínculo de dormitorio, es que la fiesta ya ha despegado.

- Él: Te estoy llamando.
- La madre de ella: A ella le suena el celular. Se percibe claramente su cara de incomodidad.
- El otro: Todos la observan.
- Hombre mayor: Ella se castiga mentalmente por no haber apagado el aparato y se apresura a salir de la sala a contestar.
- La madre de ella: El otro hace una pausa mientras ella se retira y continúa con su discurso.
- Hombre mayor: Para ella, los llamados urgentes presentan un inconveniente: la desvían de su curso, la obligan a improvisar. La improvisación es lo único que parece hacerle perder la calma. Ella contesta el celular en el pasillo y una voz al otro lado de la línea le informa que él está herido en la clínica y que es a ella a quien pidió que llamaran.

- La madre de ella: Ella no duda, a ella no le tiembla la voz, da las gracias e informa que se dirige hacia allá.
- Ella: Algo sucede en ella en ese momento, algo aparentemente nimio: ella siente un ligero frescor al saber que él la necesita.
- Hombre mayor: Ella, por supuesto, no es consciente de esta sensación, pero se sorprende al sonreír mientras abre la puerta del salón.
- Ella: Lo atribuye a verse liberada de tener que seguir pretendiendo escuchar al otro.
- Hombre mayor: Lo atribuye a saber que cambiará de espacio, a saber que el otro se preguntará por qué se va sin decir nada.
- Ella: Le divierte saber que el otro tendrá que cambiar sus planes, que ella no es la única que tendrá que modificar su mapa.
- El otro: Ella entra, recoge su cartera y sale sin decir nada. Todos la observan mientras el otro pretende no enterarse de nada, mientras el otro continúa su discurso sin titubear.

La madre de ella contesta el teléfono

Hombre mayor: La madre de ella no contesta el teléfono cuando no quiere hacerlo.

Ella: La madre de ella no contesta el teléfono nunca.

Hombre mayor: La madre de ella está recostada en su mecedora mientras teje y tararea una de las canciones de moda. A ella le sorprende que su madre siempre esté al tanto de las melodías del momento.

Ella: Su madre nunca ha estado anclada a un solo tipo de música.

Hombre mayor: Tiene dos preferencias: la música italiana de los años sesentas y la música clásica; sin embargo, siempre está actualizada, siempre sabe qué está sonando en las emisoras. Ella no sabe cómo lo hace. Nunca la ha visto sintonizar las estaciones de moda. Cuando la escucha cantar alguna canción popular, se da cuenta de lo poco que conoce a su madre.

Ella: La madre de ella decide tomar un café.

El otro: Interrumpe su tejido y se levanta de la mecedora para dirigirse a la cocina. Camina sin prisa.

Ella: Camina sabiendo que nadie en el mundo es tan dueño de su tiempo.

- Hombre mayor: Esto la hace feliz, esto es la piedra angular de su felicidad. Piensa en su hija.
- El otro: Suena el teléfono.
- Hombre mayor: Las dos cosas se le confunden y cree que es ella quien está llamando.
- El otro: Contesta con alegría.
- Hombre mayor: No es su hija, es una amiga. Cercana.
- Ella: De hecho, es su mejor amiga.
- La madre de ella: Pensé que era mi hija. No sé por qué ¿sabés? Fue una intuición, de esas que de vez en cuando me atacan. De esas que de vez en cuando me hacen creer cosas. Que de vez en cuando me causan miedo. O alegría. O los dos a la vez. Pensé que era ella porque estaba recordándola. Pasé por el gabinete del comedor, ese que está al lado del sofá, y vi la foto de su primera comunión, la que tengo en ese marquito dorado. Entonces recordé lo distante que era cuando estaba chiquita ¿te acordás? Bueno, no es que ahora haya mejorado mucho tampoco, pero la frialdad es algo soportable en un adulto. Pero cuando era niña, su insensibilidad era verdaderamente aterradora. Creo que en su vida no la he visto llorar más de cinco veces. A veces me da miedo. A veces me produce pánico, un pánico terrible. Es como si hubiera parido un ser monstruoso, lejano, inalcanzable. Supongo que tiene

que ver con que sea hija única. Mi marido siempre quiso tener otro hijo pero, yo no lo hubiera soportado. Hay mujeres que nacen para ser madres y otras que no, yo estoy en el segundo grupo. Con una criatura fue más que suficiente para mí. A veces creo que la culpa de su personalidad enajenada soy yo. A lo mejor no le di todo el afecto que una madre debe dar. No sé, pero no me arrepiento, yo hice lo que tenía que hacer de la manera que mejor pude. A lo mejor la culpa es de mi marido que siempre fue un poco extraño, que siempre tenía el calor en la portada, que siempre era un recipiente ambulante de pasión, de nervios. Que no dejaba a esa niña sola. Creo que tanta actividad emocional por parte de su padre pudo haberla bloqueado. No sé cómo estuvimos juntos tanto tiempo, no sé cómo hicimos para soportarnos. Ella lo amaba a él. Más que nadie en el mundo. Bastante más que yo sin lugar a dudas. Lo amaba como no es posible concebirlo y durante su funeral no derramó ni una lágrima. Después tampoco. O si lo hizo yo no me enteré. Yo creo que ella no ha aceptado su muerte todavía, yo creo que ella todavía lo ve. Yo sí lloré. Vos lo sabés, estabas ahí. Yo lloré mucho pero ya no recuerdo porqué. Algo tenía que ver con la muerte, pero más que todo lloraba por otra cosa, o por otras cosas. No sé. No me importa tampoco, te cuento esto porque lo uno llevó a lo otro y no porque sea mi intención aburrirte con este catálogo de incomprensiones familiares que conocés de memoria.

67

El otro:

La madre de ella recoge algo del piso. Algo que

llama su atención y que no debería estar en ese lugar.

La madre de ella: Bueno, en todo caso, ya sé por qué llamás. No te preocupés que no lo he olvidado. Esta tarde a las tres vamos a visitar a tu sobrina. Te espero abajo a esa hora. Chao.

El otro: La madre de ella cuelga y observa el pétalo seco que ha encontrado en el piso. Es un pétalo seco de rosa. No hay una sola rosa en su casa. El viento lo debe haber traído hasta allí.

Ella: La madre de ella deja que su cabeza se le escape.

Hombre mayor: A veces la madre de ella permite que ciertas señales del mundo exterior se cuelen en su acontecer y le abran la ruta de un camino alterno.

Ella: No se puede decir exactamente qué es aquello que abre esas puertas.

Hombre mayor: Puede ser el papel de un caramelo con un nombre –que la remite a algún otro momento de su vida– pero también puede ser la superposición de un pensamiento con un hecho externo.

Ella: Por ejemplo, que ella piense en su hija y que justo en ese momento suene el teléfono.

Hombre mayor: Hay ciertas alteraciones de la cotidianidad, ciertas pistas, que a la madre de ella la hacen entrar en un

universo de significaciones ocultas, advertencias, amenazas y oráculos. La madre de ella se pregunta qué podrá significar ese pétalo que ha entrado a su apartamento. La madre de ella se pregunta si aquello a lo que remite esa flor muerta tendrá alguna relación con ella, su hija.

El otro: Suena el teléfono y la madre de ella no permite ni siquiera que termine el primer repique antes de contestar.

La madre de ella: Hola, nena, sabía que eras tú. Sabía que me ibas a llamar justo en este momento, justo ahora. Bueno, lo cierto es que pensé que ibas a llamar antes, pensé que eras tú la primera vez que sonó el teléfono. Lo que pasó fue muy divertido te lo aseguro, es que iba pensando en ti y en ese momento timbró el aparato. Se me cruzó el pensamiento con ese sonido y contesté convencida creyendo que escucharía tu voz al otro lado de la línea. No eras tú. La cosa es que cuando colgué, bueno en realidad fue antes de colgar, me encontré una hoja seca de rosa, un pétalo, quiero decir, y me puse a pensar de nuevo en ti. No sé por qué. De hecho, no sé por qué estaba aquí esa hoja, tú sabes que yo solo tengo matas que no florecen. No me gusta que las plantas cambien, que de repente les salga un apéndice de colores vivos, que se transformen en otra cosa. A mí me gusta que las matas sean verdes y se mantengan verdes. Eso es lo que me gusta de ellas, su obstinación en el color verde. Sí sabes eso, ¿no?

- Ella: Ella sabe que su madre es una persona normal. Ella sabe que su madre es una persona que no tiene problema alguno.
- Hombre mayor: Ella está segura de que su madre es como la madre de cualquier otro ser humano, pero le angustia descubrir que su madre parece comenzar a flaquear, que su cordura empieza a debilitarse. Su madre, piensa ella, parece haber descubierto un camino paralelo a la realidad, una vía que está por fuera del mundo, pero en la cual encuentra las explicaciones de lo que sucede aquí en la esfera que el resto habitamos.
- Ella: A ella le incomoda severamente que su madre esté cada día más propensa a descubrir señales en cualquier evento, en cualquier momento.
- Hombre mayor: Ahora, le sucede con frecuencia, teme llamarla o visitarla porque sabe que en cualquier instante podrá dispararse aquel interruptor que transporta a su madre al mundo de las señales.
- La madre de ella: ¿Nena? ¿Estás ahí?
- El otro: Ella cuelga el teléfono sin responder.
- Hombre mayor: Ella llamaba a informarle que él había tenido un accidente y que estaría en la clínica por si la necesitaba. Ella piensa en el pétalo de rosa y prefiere no decirle nada a su madre.

Él sale de rayos equis y entra a cirugía

- Ella: Ella solloza en este momento. Ahora.
- Hombre mayor: Ella solloza sin saber por qué mientras narra cómo él es sacado de la sala de rayos equis, por el operador de la cámara, en una camilla.
- Ella: El empleado del hospital le explica a él que ha tenido una fractura de cadera. Él piensa que eso es difícil de entender.
- Hombre mayor: No el concepto en sí, él sabe qué es la cadera y sabe qué es una fractura, lo que no entiende es cómo le pudo suceder aquello.
- Ella: Él no entiende porque hasta ese momento las fracturas de cadera y la perspectiva de ser intervenido quirúrgicamente para recibir un implante son algo que les sucede a los otros, no a él. A él le cuesta trabajo saber qué es lo que se oculta debajo del accidente.
- Hombre mayor: Porque está claro que hay algo oculto, que lo importante no es la lesión de su hueso. Lo importante es aquello que se produjo en el hecho concreto de haber sido arrollado en ese momento, en ese lugar y con las consecuencias que de ese encuentro se desprendan; lo importante es la existencia material

y tangible de ese imposible; y, por supuesto, la exégesis de todo aquello, de esa maraña de signos entreverados.

El otro: Él es llevado de regreso a la sala de urgencias mientras los pensamientos logran emerger a trompicones entre el lago de dolor en el que se ha convertido.

Hombre mayor: Él intenta concentrarse en algo distinto al sufrimiento de su cuerpo, en algo que no tenga ninguna relación con él ni con su entorno. Él intenta figurarse cómo es la vida de un asesino a sueldo. Él se ve a sí mismo disparando, desde la azotea de un edificio, contra el presidente, pero la imagen del estallido craneal del mandatario lo devuelve al tormento de su cadera.

72

La madre de ella: Él tiembla.

El otro: Tiembla en ondas cortas y de manera incontrolable.

Hombre mayor: Él tiembla y su cabeza parece asumir la forma de un espiral vertiginoso que se enrosca sobre su padecimiento.

La madre de ella: Él se pregunta si irá a perder el sentido.

Él: Es posible en este momento. Es posible que me desmaye. Creo que ahora la cabeza debe desconectarse señorita. No sé si pueda seguir prendido conectado a este dolor exagerado a esta

maldita tortura que es estar aquí acostado con la camilla como una extensión de mi daño. Me voy a desmayar señorita se lo aseguro no le estoy mintiendo cuando le digo que no lo puedo soportar que esto es más grande que yo.

La madre de ella: La enfermera ya le ha llenado la bolsa de suero con un poderoso analgésico y lo invita a que se calme con una sonrisa. Se aleja.

Hombre mayor: A él le gustaría que se quedara ahí con él. A él le encantaría que alguien estuviera ahí con él.

Ella: Él piensa en ella y justo en ese momento la ve entrar a la sala de urgencias.

Hombre mayor: Él no se sorprende, él en este momento está más allá de cualquier emoción; él, de alguna manera, cree que el hecho de verla aparecer en ese instante es algo lógico, es producto del llamado de su pensamiento.

Ella: Para él, ahora, eso tiene todo el sentido del mundo.

Él: Te llamé te he estado llamando desde que esto ocurrió he estado repitiendo tu nombre de manera incesante como un mantra. Como un mantra como un amuleto como si en las sílabas de tu nombre se encontrara el remedio se hallara la cura. Como si el sonido de tu nombre fuera el reposo que busco. Dónde estabas por qué no estabas conmigo te

lo reprocho te lo reprocharé eternamente que no estuvieras conmigo que no me hubieras halado hacia atrás en el momento del impacto que no hubieras logrado evitar el hecho de que yo me encuentre aquí insalvablemente tirado en este remedo metálico de cama.

El otro: Ella ya no solloza. Ella le toma la mano y le besa la frente sudorosa.

Él: Ahora todo está bien. Mientras estés al lado mío todo va a estar bien ya todo comienza a calmarse ya el dolor cesa ya dentro de poco podré ponerme en pie ya dentro de poco podré salir caminando de este hospital de mierda. Todo hospital es un hospital de mierda es una redundancia nada de esto debería existir nada de esto debería estar sucediendo no es posible que ahora las cosas se tornen contra mí. No he hecho nada soy inocente no he matado a nadie no soy un criminal no deseo este sufrimiento no lo merezco no quiero que me introduzcan ningún objeto extraño en mi cuerpo no quiero quedar remendado no quiero una cicatriz espantosa no quiero tener que esperar a que alguien me lleve al baño a cagar no quiero que venga nadie a bañarme no quiero estar inmóvil atado a esta cama no quiero usar muletas no quiero usar bastón no quiero tener que aprender a caminar de nuevo eso ya lo aprendí ya me costó mi buena cantidad de esfuerzo y caídas la primera vez no quiero sentirme agradecido por poder estar de pie no quiero sentirme agradecido

por poder recuperar el paso no quiero sentirme agradecido por hacer algo que llevo años haciendo. Sueno como un niño lo sé sueno como un niño y me importa un culo sueno como un niño y seguiré sonando como un niño todo el tiempo que me dé la gana porque me lo he ganado porque un maldito camión obsoleto me ha obsequiado esa facultad porque un anacrónico vehículo me ha dejado tendido en el pavimento con la cadera chueca con mi carne magullada con mis huesos astillados. Voy a sonar como un niño porque me da la gana sonar así porque no es posible reaccionar como un adulto ante un evento de esta magnitud porque así lo quisiera no puedo evitarlo porque las quejas se me caen de la boca en esta catarata interminable porque este accidente abrió el grifo y ahora no hay quién lo cierre porque...

75

- La madre de ella: Él calla súbitamente. Él cae en la cuenta de que ya no siente dolor. Él piensa que está mejorando. Él se siente extrañamente plácido. Él no sabe qué le puede estar aconteciendo. Él cierra los ojos y se derrumba en un sueño denso.
- El otro: Ella lo observa con detenimiento.
- Hombre mayor: Ella lo observa, pero no es posible identificar emoción en su rostro.
- El otro: Ella se para y decide ir a hablar con el médico.

Varios

Hombre mayor: El otro conduce sin rumbo su automóvil. Ha salido de la oficina y en lugar de dirigirse hacia el norte, dirección en la que se encuentra su hogar, ha tomado hacia el oriente. Escucha una emisora cristiana. Un pastor dirige un discurso apocalíptico a su asamblea.

Ella: El otro conduce y deja que la voz del religioso sea la marea que guía su timón.

Voz de un predicador: Grandes y misteriosos son los eventos que vendrán. Grandes y misteriosos son los designios del Señor, hermanos. Los vientos que se levantan de Sur a Norte dejarán de soplar por 24 horas, tras las cuales se invertirán y con ellos la sal de los océanos será barrida hacia la tierra. Cataclismos incomprensibles, hermanos, retrocesos evolutivos. Las compuertas de la monstruosidad, cerradas durante millones de años, se abrirán de nuevo y los veintisiete arcángeles de la corte intermedia gritarán con voces de trombones coléricos el nombre del Primero y con Él caerán los que aún queden en pie. Y lo digo frente a esta asamblea sin temor, pues la verdad de Aquel que siempre ha sido me acompaña, no quedará en pie ninguno de los aquí presentes. Todos habremos sucumbido ante la llovizna de fuego que acompañará al primero de los azotes. Una nube dorada sacudirá los cimientos de las construcciones

humanas. Ninguna edificación quedará en pie y no habrá tiempo para las lamentaciones porque caerán proyectiles de fuego, hermanos. Tizones encendidos chispearán sobre la tierra, sobre las ruinas de la tierra, sobre los malditos que insistan en continuar aferrados a este valle de miserias, a este lodo putrefacto. La bestia que habita las grietas de los abismos del infinito, la abominación que ha dormido, que ha estado apaciguada por eras enteras, será desenterrada, hermanos, por nuestros pecados. Será resucitada por la codicia, hermanos, por la ambición desenfrenada del ser humano que ha olvidado ser humano. Aleluya, hermanos.

Hombre mayor: El otro se aburre de escuchar la perorata interminable del ministro y apaga la radio.

Ella: El mundo no se va acabar, el mundo seguirá allí después de que las historias de sus habitantes estén terminadas. El mundo seguirá allí deshabitado y sereno.

Hombre mayor: El otro piensa en ella y decide llamarla.

El otro: Hola, soy yo. No hablés. No quiero saber dónde andás, no llamo a reclamarte por tu partida repentina. No es para eso. Llamo porque acabo de escuchar a un predicador anunciando el fin del mundo. Es que... Confieso que algunas veces sintonizo una emisora de música cristiana. Me gustan esas melodías simples, pegajosas, tranquilas. Son melodías sin

pretensión, son producto de una fórmula probada. Por eso me gustan, no pretenden innovar, no pretenden sino transmitir un mensaje sencillo: ama al Señor. Yo no soy cristiano. No soy religioso. No sé siquiera si creo en Dios, pero lo que me producen esas melodías no es tranquilidad espiritual. Lo que me gusta de esas canciones es que me confirman que la media existe, que el ser humano promedio existe y consume cierto tipo de patrones musicales. ¿Ves lo que quiero decir? No contestés, no hablés.

78

Hombre mayor: Al otro lado de la línea, ella escucha la señal de otra llamada que quiere entrar. Alguien más está tratando de contactarla. Ella decide dejar que el buzón de mensajes conteste.

La madre de ella: ¿Hola? ¿Nena? Soy yo. Tu madre. ¿Estos aparatos tienen contestador de mensajes? No sabía que los celulares tenían buzón. ¿Me escucharás si te dejo un mensaje? Voy a intentar llamarte otra vez.

El otro: En todo caso, puse la estación cristiana y había un predicador hablando sobre el fin de los tiempos. Un tema apasionante. No me burlo, lo digo en serio. El tipo solo quería asustar a sus oyentes, eso está claro, pero el tema como tal me parece apasionante. Sobre todo, porque no me lo puedo imaginar. ¿Qué es el fin de los tiempos? Además, ¿porque se utiliza siempre el plural? ¿Por qué no se dice el fin del tiempo?

- Hombre mayor: Ella aprovecha la pausa dramática del otro para insertar un ligero ataque de tos.
- El otro: Disculpá, te aburro. Me desvíó. Bueno, no, no me desvíó porque te hablo del predicador que fue lo que me llevó a llamarte. Dejame terminar. Esta cuestión del fin de los tiempos me hizo pensar en vos. Porque... No sé, la verdad. Me imagino que quedé un poco aburrido después de tu partida súbita. Teníamos planeado salir juntos de la fiesta en la oficina. Como siempre en estas ocasiones. No te estoy haciendo un reproche. Solo que el predicador hablaba con tanta pasión de la bestia y de nubes doradas que destruirían todo y no sé qué más tonterías que me hizo pensar en vos. Porque el tipo este no paraba y no paraba –bueno, como yo ahora– pero su voz era realmente potente y se me atravesó la idea de que el tipo estaba enamorado. Se me ocurrió que el tipo hablaba así porque era el amor el que hablaba a través de él.
- Hombre mayor: Ella decide que el otro está borracho. Ha estado tomando en la fiesta de la oficina y llama a reprocharle su partida.
- Ella: Ella cuelga, sin despedirse, al tiempo que entra una segunda llamada de su madre.
- La madre de ella: ¿Aló, nena? Siquiera contestaste: llamo a decirte algo importante. Llamo a decirte que he descubierto tu secreto. La semana pasada descubrí que no te gusta la sopa de verduras. Descubrí no solo que

no es tu plato preferido –y que me has engañado toda tu vida– sino que además no te gusta, que no la comes.

Hombre mayor: Un ataque de ira le surca el estómago y ella cuelga el teléfono. Decide apagarlo para no ser molestada por ese par de –lo piensa en aquel momento y lo piensa ahora en el momento de esta narración– lunáticos.

Ella: Él despierta de la anestesia, por segunda vez, y no sabe dónde está.

Hombre mayor: Ella va hasta una máquina dispensadora de café y sirve uno. Se sienta de nuevo a esperar que alguien le traiga noticias de él. Piensa en su madre y en su jefe.

El otro: Tenés el celular apagado, lo entiendo. Entiendo también que me hayás colgado, no hay problema. Pensás que estoy borracho, seguro. No importa. En todo caso, te dejo el mensaje porque si no lo digo ahora, no lo diré nunca. El predicador hablaba y hablaba de la codicia, de la avaricia, del ser humano que ya no lo es y no sé qué más tonterías. Pero te digo que el tipo hablaba con PASIÓN. En mayúsculas. El tipo hablaba como si estuviera en un trance amoroso. El amor lo había poseído. Pero era un amor distinto, profundo... Una pasión sin sexo. Y entonces me acordé de vos. De vos y yo y pensé que lo nuestro es justo lo contrario: sexo sin pasión. Acrobático, higiénico, elástico, eficiente y demás, pero nunca apasionado.

Y creo que el problema es tuyo. Creo que sos vos la que no permite... Mejor dicho, los sentimientos no te dan para la pasión. Sos desapasionada. Irremediablemente desapasionada. Así sos y... Y no es más lo que tenía para decirte... De verdad, no es más...

La madre de ella: No importa, nena, pues te dejo el mensaje entonces. Es mejor así. No creo que sea capaz de decirte las cosas a la cara. No es lo de la sopa de verduras, aunque sí lo es también. Durante toda la vida te tomaste la sopa con tanta obediencia que yo pensé que te gustaba, que era tu comida preferida. Yo la preparaba cada día de por medio, porque es lo más fácil de preparar, y como tú te la comías siempre... En todo caso, quiero decirte que la semana pasada te preparé la sopa y la empaqué en un molde, para que te la llevaras. Y así fue, viniste, me hiciste visita un rato y luego te fuiste para tu casa con la sopa. Yo me quedé esperando una llamada que nunca llegó y así me enteré de que no te la tomaste. A lo mejor inconscientemente ya sabía que me habías engañado todos estos años y lo único que quería era confirmarlo. No sé. No soy psicóloga. Le puse medio frasco de un laxante potentísimo para que te enfermaras, para que te tocara ir a la clínica de urgencia. Pero no sé qué hiciste con la sopa, seguro la botaste en el camino. Espero que no se la hayas regalado a nadie porque le habrías hecho mucho mal. Yo le puse medio frasco de laxante solamente porque no te quería matar. Le puse solamente lo

suficiente para enviarte a la clínica, nada más. Quería poder demostrarte mi amor por ti estando allí día y noche, sin alejarme de la cabecera de tu cama. Hablando con el médico, llorando sobre tu almohada. Quería poder demostrarte que soy tu madre y que te amo, que me preocupo por ti, que tu padre ya murió y que ahora solo me tienes a mí, pero que yo basto y sobro. Todo esto quería decirte, nena, ¿lo ves? Espero que me entiendas, nena, espero que todo esté bien. Espero que puedas entenderme y que lo comprendas porque soy tu madre. Llámame. Te amo.

82

El otro:

El otro se aburre de manejar sin rumbo. Se hace tarde y su esposa lo debe estar esperando. El otro piensa en su mujer y decide regresar. Pone las direccionales del carro, gira a la izquierda y enfila hacia su casa.

La madre de ella:

La madre de ella cuelga el teléfono y se para de la mecedora. Se estira y bosteza. Camina sin prisa hasta su habitación y se deja caer sobre la cama. Toma el control remoto de la televisión y la enciende. Es la hora de las noticias.

Ella:

Ella está sentada en la sala de espera. Escruta con fijeza la pintura de la pared. El altoparlante lanza su nombre: él ya ha salido de la sala de recuperación y la espera en la habitación 1528. Ella toma el ascensor hasta el piso quince y al llegar a la pieza abre la puerta con cautela. Imagina que él duerme y no quiere despertarlo.

Él: Hola. No te imaginás lo que fue la cirugía qué maravilla. Increíble vi mi piel estirada vi el armatoste de metal que me insertaron no te imaginás lo que fue eso. Me desperté antes de que la operación acabara y por el reflejo de la lámpara... ¿Alguna vez te han operado? Las lámparas sobre la mesa de cirugía son impresionantes redondas enormes parecen platillos voladores. El vidrio de la que estaba sobre mi cabeza reflejaba mi cadera y la piel se veía abierta estirada en un boquete enorme. Quince centímetros de herida dijo el médico. No podés creer lo que fue eso y no me dolió nada todo el tiempo con la anestesia aunque al final estaba despierto. Despierto de los ojos porque el cuerpo seguía dormido y los médicos serruchando clavando golpeando y yo me zarandeaba pero no me importaba nada no entendía al principio apenas me desperté no entendía qué me hacían. De hecho no entendía que era a mí al que estaban operando y que los sonidos que parecían como de carpintería era porque me estaban armando otra vez la cadera. A punta de golpes y martillazos me estaban recomponiendo y yo estaba tranquilo sin preocuparme por nada más allá del bien y del mal pero no como muerto sino todo lo contrario muy pero muy vivo pero muy dormido también.

83

Ella: Ella lo besa.

Él: Deberías haber estado allí. Fue impresionante pero ahora no importa porque estás aquí conmigo y te vas

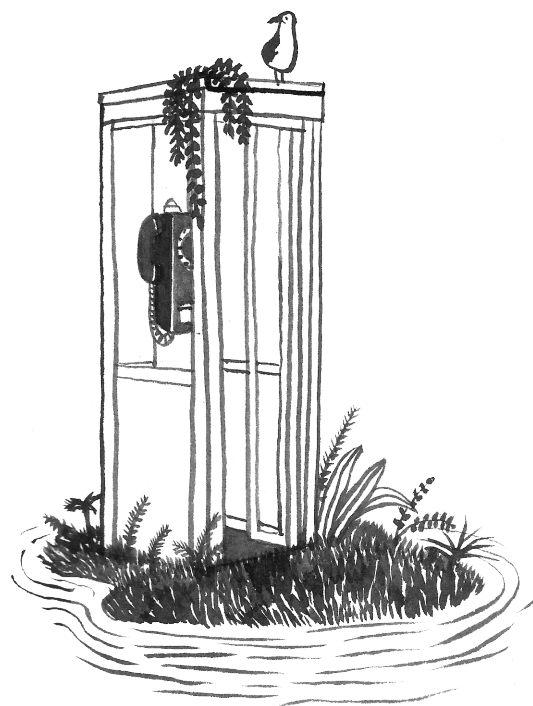
a quedar aquí conmigo esta noche. Me gusta saber que estarás a mi lado mientras duermo me gusta saber que dormirás aquí mientras yo duermo que coincidiremos en esa acción y a lo mejor mañana despertás enamorada de mí. Puede ser así. Puede ser que mañana amanezcás enamorada de mí ¿por qué no? Si a mí me atropelló un camión... Así será estoy seguro. Mañana amanecerá el amor en vos y todo va a ser distinto y vas a estar allí conmigo en la recuperación. Vas a salir de esa maldita isla tuya de una vez por todas y vamos a seguir juntos un rato otro rato hasta que se acabe el rato muchos ratos juntos.

84

Hombre mayor:

Él está sedado y no tarda en dormirse. Es de noche. Ella organiza la cama en la que dormirá. Busca el control remoto del televisor, pero a último momento se arrepiente de encenderlo. Se sienta en la cama y se quita los zapatos. Busca su celular en la cartera. Lo enciende y escucha los mensajes. Primero, el del otro; luego, el de su madre. Los borra. Se recuesta en la cama y cierra los ojos. Ella piensa en esta narración. Sonríe, recuerda a su padre y decide que ya se ha dicho lo que había que decir. Esta noche dormirá bien.

Sídney, 2006





Desaparecido

Desaparecido

Estrenada por el grupo Cualquiera Producciones el 23 de septiembre de 2008 en el Centro Cultural Comfandi, Cali, bajo la dirección de John Alex Castillo y Luis Ariel Martínez.

Elenco

Luis Ariel Martínez
María Elizabeth Sánchez
Paola Tascón
Luz Ángela Osorno
Andrés Reina
John Álex Castillo

Estrenada por la Corporación Cultural y Artística Tacita'e Plata el 23 de noviembre de 2011 en el Ateneo Porfirio Barba Jacob, Medellín, bajo la dirección de Adela Donadío.

89

Elenco

Carlos Arango
Luis Fernando Zapata
Ana María Vallejo
Berta Nelly Arboleda
Valeria Wills
Cristian Zapata

En la banca de un parque al atardecer. En la lejanía, oculto a la vista, un samán. Lili, dieciséis años; Pedro, cincuenta.

Lili: (Señalando vagamente a la distancia). ¿Conoce al señor de allá?

Pedro: ¿Cuál?

Lili: Allá, a la sombra del samán.

Pedro: No veo a nadie. ¿Estás segura que hay alguien allí?

Lili: Sí.

Pedro: Yo no veo a nadie.

Lili: Yo sí. O no. No sé. Puede ser que sí o puede ser que me lo esté inventando para hablarle, lo que pasa es que... no sé, pero... ¡es que tengo ganas de contarle tantas cosas!

Pedro: ¿De veras?

Lili: Sí. ¿Cómo se llama?

Pedro: ¿Yo? Pedro.

Lili: Es que... Pedro, tengo ganas de... tengo ganas de dejarme ir. Tengo ganas de dejar que mi boca escupa palabras sin parar, ¿sabe? No sé por qué le tengo tanta confianza si acabamos de conocernos, no sé por qué confío tanto en usted si... ¿Será su acento? ¡Tengo ganas de mostrarle cómo soy de verdad! Tengo ganas de dejarle ver cómo soy en realidad y no cómo me muestro ante todos. Es que me gustaría... Me gustaría... No sé, contarle cosas. Todo tipo de cosas, Pedro. ¿Sabe de qué sufre un geliófobo?

Pedro: No.

Lili: De temor a la risa.

Pedro: No lo sabía.

Lili: ¿Y un iatrófobo?

Pedro: ¿De iatrofobia?

Lili: De miedo a ir al doctor.

- Pedro: Tampoco lo sabía.
- Lili: Un hipnóforo le teme al sueño, un hadéfobo al infierno, un gerontóforo a los viejos, un dendróforo a los árboles, un cromóforo a los colores, un biblióforo a los libros, un ablutóforo a bañarse, un diplóforo a la visión doble, un socióforo a la gente en general... Como yo... Bueno, más o menos, soy una semisociófoba en realidad.
- Pedro: ¿Lo crees?
- Lili: Sí. No me gusta nadie. Es decir, casi nadie. Me gusta usted. Aunque acabamos de conocernos –lo sé, lo sé– pero es que me gusta mucho: no hay muchas personas como usted en esta isla, Pedro, esta isla es *tan* aburridora. Quiero contarle cosas, muchas cosas, quiero contarle todas las cosas que sé, todas las cosas que he aprendido de memoria... Colecciono fobias. No en mí. No sufro de fobias, soy muy sanita, se lo aseguro. Quiero decir que aprendo los nombres y definiciones de las fobias. Tengo más de cincuenta y tres en mi colección: tengo cincuenta y cuatro.
- Pedro: ¿Por qué?
- Lili: Me parecen interesantes las fobias y la gente que sufre de ellas. ¿Qué les pasa a estas personas? ¿Qué tienen en la cabeza? ¿Son en realidad muy distintos de nosotros? ¿Debemos confiar en ellos? ¿No? ¿Debemos encerrarlos? Y si sí, ¿por qué? ¿Pueden hacernos daño? Yo pienso que no importa cuán lejos esté del agua, un pulpo siempre tendrá ocho tentáculos, ¿entiende?
- Pedro: No, creo que no.
- Lili: Es un dicho puertorriqueño o argentino, no estoy segura. Quiere decir que no importa cuánto piense uno en algo, todo saldrá al final como tiene que salir.
- Pedro: ¿Y ha salido bien?

- Lili: ¿Qué?
- Pedro: La vida... tu vida... Quiero decir... tu vida, ¿ha salido bien?
- Lili: Sí, bien, claro, bien, muy bien, ¡qué pregunta! Tengo la mejor vida de todas, no hay una vida mejor.
- Pedro: Me alegra.
- Lili: Soy libre. Como la canción, ¿sabe? (*Sin cantar*). "Libre, como el sol cuando amanece yo soy libre, como el mar, como el...". (*Pausa. Sonríe como disculpándose por desconocer la letra*). "...Y puede al fin volar". Como yo, vuelo, viajo mucho. ¡Por Dios, no se imagina cómo viajo! Ahora estoy aquí, más tarde estaré al otro lado de la isla, luego me iré a fiestear a otra parte, mañana desayunaré quién sabe en dónde... Mi vida es un motín contra la tiranía de la mayoría, ¿está impresionado?
- Pedro: Pues...
- Lili: (*Interrumpiendo*). Por la expresión, quiero decir, "tiranía de la mayoría", es algo político, ¿sabe? Sé muchas cosas, como le digo, sé cosas que la gente de esta isla no sabe. Casi siempre me las guardo, pero... usted me gusta. Con su pelo blanco ondeando en el viento y su... ¿Sabe qué?
- Pedro: No.
- Lili: Creo que usted está orgulloso de su edad. Es maravilloso no avergonzarse de su edad, me parece genial, yo voy a ser como usted cuando sea mayor. Siempre he tenido carácter, siempre he tenido una personalidad fuerte.
- Pedro: Es cierto.
- Lili: ¿Cómo dice?
- Pedro: Digo que sí, que es cierto lo que dices.
- Lili: Pero, ¿qué quiere decir?
- Pedro: Eso, que siempre has tenido mucho carácter.
- Lili: ¿Cómo lo sabe?

Pedro: Lili...

Lili: *(Interrumpiendo)*. ¿Cómo sabe mi nombre?

Pedro: Pues...

Lili: *(Interrumpiendo)*. Un momento, ¿nos conocemos?

Pedro: No personalmente, pero necesito hablar contigo.

Lili: Lo siento, tengo que irme.

Pedro: Espera.

Lili: No puedo.

Pedro: Lili, tengo algo que decirte...

Lili: No puedo, mamá estará preocupada. Tengo que llegar pronto.

Pedro: Espérate, por favor, aunque sea cuéntame otra cosa... explícame otra fobia.

Lili: No sé más fobias, no conozco más fobias, todo fue una mentira, tengo que irme, adiós.

Pedro: Espera, Lili... ¡Vine a hablar contigo!

93

(Lili sale corriendo. Pedro se queda en la banca. La noche ha caído y los faroles del parque iluminan todo con una luz blancuzca. Cerca de la banca hay una cabina telefónica. Pedro va hacia ella, entra y busca en uno de sus bolsillos, extrae un trozo de periódico, lo mira, mete dos monedas al teléfono y marca un número escrito en el papel).

Pedro: ¿Aló? / Aló sí, busco a alguien que... / A alguien que me ayude, sí. / Sí podría decirse eso, Loren. Qué bonito nombre, yo me llamo Pedro. / No, el gusto es mío. / No, desesperado no estoy, pero... / No, no es una emergencia. / *(Pedro ríe sonoramente)*. Sí, eso más bien. / Bueno, no sé, supongo que alguien que me escuche y que sepa hablar. / Exacto, eso es. / Sí, es difícil, hoy en día la gente no escucha. Bueno y tampoco sabe hablar. / No, eso no importa, al fin y al cabo,

no puedo ver al otro lado de la línea. / Sí pero mi imaginación es más bien corta. / No, yo no tengo problema. De veras. / ¿Rubia platinada? Perfecto, no me importa, dime lo que quieras y yo no dudaré. / Eso depende del juego. / Sí pero no quiero extenderme en el prólogo. / En el prólo... ah, ya, caí. / Sí, es divertido. / No... / Mira, por favor, te lo digo, no me importa si eres rubia o... / Eso, exacto, ya está. / ¿Que qué quiero? Bueno, muchas cosas, ¿y tú? / Cómo no voy a ser bueno contigo, claro, y tú, ¿serás buenita conmigo? / Claro que sabré recompensarte, cómo no. / Mira, nada raro, que me hables. / No sé, cuéntame cosas, ¿qué haces cuando no estás trabajando? / ¿Ah, sí? / ¿En tu tiempo libre también? / Es que te gusta mucho, claro. / Sí, lo entiendo, pero creo que tú no me has entendido, te estoy pidiendo que me digas con sinceridad qué haces en tu tiempo libre. / No, mira, yo te estoy pidiendo que seas honesta conmigo, quiero que me digas: cuando no estás diciendo tonterías por teléfono, ¿qué haces? / No, no quiero insultarte. / Que no, que no es eso lo que me gusta, lo que quisiera es que me dijeras la verdad, que me dijeras qué haces... / ¡Por favor, Loren! ¿Es tan difícil de entender? Solamente dime una cosa que no tenga que ver con sexo. / No, no, ni te quiero pegar ni tendría cómo hacerlo a través del teléfono. / ¡Te digo que no me excita maltratarte! / Pues entonces deja de gemir y ponte a hablar. / No sé, no conozco tu vida, eso es precisamente lo que quiero que me cuentes. / Bueno, porque me gustaría saber un poco más de ti, porque hace mucho no venía a esta isla y... no sé... quiero oírte hablar. / ¿Sí? / Claro, ¿y no estás un poquito mayor para estar en el colegio? / No, lo digo por tu voz, ciertamente no es la voz de una niña. / Adolescente, ¿bueno, pero no te parece

que estás insultando mi inteligencia pretendiendo ser una colegiala? / Sí porque la voz revela siempre la edad. / No, si es muy sencillo, Loren, la verdad, no sé por qué no me entiendes, solo contesta a mi pregunta: ¿Qué haces en tu tiempo libre? / Lees. Bueno eso es algo, ¿y qué lees? / Sí, pero ¿qué clase de libros? / De sexo para excitarte... Loren, ¿podrás decirme la verdad? / ¡Solo quiero que me digas qué diablos haces cuando no estás...! ¿Aló? ¿Aló?

(Pedro cuelga el teléfono y observa el piso de la cabina en silencio un rato. Pasado un tiempo, sale y se sienta en la misma banca. Luis, quince, como si lo estuviera esperando, aparece cuando Pedro se sienta).

Luis: Quiero acompañarlo.
 Pedro: ¿Dónde?
 Luis: Aquí, quiero hacerle compañía aquí; o donde usted quiera.
 Pedro: ¿Por qué?
 Luis: Porque está solo.
 Pedro: ¿Cómo lo sabes?
 Luis: Porque no hay nadie a su lado. A menos que el señor de allá esté con usted. *(Hace un vago gesto a la distancia).*
 Pedro: ¿Cuál?
 Luis: El de allá. *(Señala hacia el samán).*
 Pedro: No.
 Luis: Entonces está solo.
 Pedro: Pues sí.
 Luis: ¿Puedo sentarme?
 Pedro: Por favor.
 Luis: ¿Me da un cigarrillo?
 Pedro: No fumo; y tú, ¿hace mucho que fumas?
 Luis: No.

Pedro: Ya.
Luis: Me gusta su acento, ¿de dónde es?
Pedro: Es un acento de hace mucho.
Luis: ¿No quiere decir de dónde es?
Pedro: No.
Luis: Yo lo sé, no se preocupe.
Pedro: Bueno entonces no me preocupo.
Luis: Es francés.
Pedro: ¿Cómo lo sabes?
Luis: Por su pelo blanco largo.
Pedro: ¿Así son los franceses?
Luis: Sí.
Pedro: ¿Y tú cómo lo sabes?
Luis: Porque tengo muchos amigos extranjeros. Franceses, italianos, holandeses, alemanes, gringos...
Pedro: Qué bien, ¿de tu edad?
Luis: ¿Qué?
Pedro: ¿Amigos de tu edad?
Luis: No, de la suya.
Pedro: Muy bien, ¿y todos te dan cigarrillos?
Luis: Solo los que fuman.
Pedro: Claro, ¿y los otros qué te dan?
Luis: Lo que les pido.
Pedro: ¿Y tú qué les das a ellos?
Luis: Lo que me piden.
Pedro: Por supuesto. Puedes tutearme si quieres.
Luis: ¿Te gusto?
Pedro: Por supuesto, eres un niño muy...
Luis: *(Interrumpiendo)*. Niño no.
Pedro: ¿Cuántos años tienes?
Luis: Más de los que crees, dieciocho.

Pedro: Ah, ya eres un hombre entonces.
Luis: Sí.
Pedro: ¿Y vives solo?
Luis: Sí.
Pedro: ¿Solo con tu madre?
Luis: No, solo.
Pedro: ¿Debajo de un puente?
Luis: En una habitación en el centro, ¿no me crees?
Pedro: No.

(Silencio. Luis recoge un pedrusco del suelo y lo lanza hacia cualquier parte).

Luis: No eres francés.
Pedro: No.
Luis: Ni eres italiano.
Pedro: No.
Luis: Ni eres alemán.
Pedro: No.
Luis: Eres español.
Pedro: No; soy isleño.
Luis: Mentiras, no eres de aquí.
Pedro: Sí lo soy... Hace mucho vivo afuera.
Luis: ¿De verdad?
Pedro: Sí.
Luis: ¿Y por qué volviste?
Pedro: Vine a arreglar unas cuentas pendientes.
Luis: ¿Vas a matar a alguien?
Pedro: No. *(Pausa)*. Dime, ¿de verdad tú ves a alguien allá? *(Vago gesto a la distancia)*.
Luis: Sí, hay un hombre debajo del árbol grande.

Pedro: Pues creo que me estoy quedando ciego, yo no veo a nadie.
Luis: ¿Y te vas a quedar acá?
Pedro: ¿En el parque?
Luis: No, acá en la isla, ¿regresaste para quedarte?
Pedro: No, mañana me voy.
Luis: ¿Y qué vas a hacer esta noche?
Pedro: Un par de llamadas; no es más lo que tengo que hacer.
Luis: Hagamos una fiesta de despedida, tú y yo, ¿qué quieres hacer?
Pedro: Quiero que me hables.
Luis: ¿Por qué?
Pedro: Porque me gusta oírte, porque hace mucho no venía, porque oírte me ayuda a entender cosas que necesito comprender.
Luis: ¿Qué quieres que te diga?
Pedro: Dime qué es lo que más te gusta en el mundo.
Luis: La plata.
Pedro: No dudaste.
Luis: No.
Pedro: ¿Y qué es aquello tan maravilloso que tiene la plata?
Luis: Todo. La plata es lo único en el mundo que no tiene nada de malo.
Pedro: No estés tan seguro de eso.
Luis: La plata permite comprar todo lo que uno quiera.
Pedro: No todo.
Luis: Dime algo que no se pueda comprar con plata.
Pedro: El amor, la felicidad, la salud, la tranquilidad...
Luis: *(Interrumpiendo)*. A tu edad. A la mía, todo eso lo compro con billetes.
Pedro: ¿Y qué comprarías si tuvieras todo el dinero del mundo?
Luis: Lo primero, un banco.
Pedro: ¿Por qué?
Luis: Para seguir haciendo plata y que nunca se me acabe. Primero

compraría un banco y luego compraría una casa con muchos cuartos, sirvientes, cocinas, jardines, piscinas, televisores, animales...

- Pedro: ¿Para qué animales?
Luis: Para tener un zoológico.
Pedro: Pero, ¿para qué quieres un zoológico?
Luis: Porque la gente rica tiene zoológicos en las casas.
Pedro: Pero, ¿tú por qué lo quieres?
Luis: Porque quiero ser como la gente rica.
Pedro: Claro, ¿y qué más comprarías?
Luis: Carros, motos...
Pedro: Dime qué más, ¿qué más comprarías?
Luis: Ropa, mucha ropa, zapatillas, pantalones, gafas de sol...
Pedro: Qué más.
Luis: Cigarrillos, coca, marihuana, licores, comida, aviones, canchas de fútbol, montañas, ríos, playas...
Pedro: Quieres el mundo.
Luis: Sí, compraría el mundo.
Pedro: ¿Para qué?
Luis: Para tenerlo.
Pedro: Pero, ¿para qué?
Luis: Para que sea mío y de nadie más. Para ser el patrón de todos y que nadie me desobedezca y si alguien me llega a traicionar, mandarí a mis guardaespaldas...
Pedro: *(Interrumpiendo)*. ¿Tendrías guardaespaldas?
Luis: Sí, los mandarí a matar.
Pedro: ¿A tus guardaespaldas?
Luis: No, a los que me traicionen; mandarí a mis guardaespaldas para que maten a todo el que me traicione.
Pedro: ¿Y por qué te traicionaría alguien?
Luis: Porque aquí nadie acepta que otro sea el patrón.

Pedro: ¿Cómo te llamas?
Luis: Luis.
Pedro: Tengo que hacer una llamada, Luis. ¿Te importa dejarme solo?
Luis: ¿Dije algo malo?
Pedro: No.
Luis: Solo contesté a lo que preguntabas.
Pedro: Sí, tranquilo.
Luis: ¿Te gusto?
Pedro: Ya te dije que sí.
Luis: Bésame.
Pedro: No.
Luis: ¿Puedo besarte?

(Luis besa a Pedro antes de que este pueda responder. Pasado un momento, Pedro lo aparta y saca algunos billetes de su bolsillo).

100

Pedro: Toma. Ándate. Compra la felicidad que te alcance con esto.
Luis: *(Contando los billetes).* ¿Con esta miseria?
Pedro: ¿Quieres más?
Luis: Sí.
Pedro: Pues lo siento, no tengo.
Luis: Dame más.
Pedro: Lárgate.
Luis: Te vas a arrepentir.
Pedro: Mira, tú no sabes a quién le estás hablando, niño, te lo recomiendo: ándate.

(Luis lo mira fijo, duda, se pone de pie y lo señala amenazante).

Luis: Por ahí nos veremos, gringo de mierda.

Pedro: Sí, sí, cuídate tú también.

(Luis amaga que le va a pegar y se marcha. Pedro se para, observa a la distancia como tratando de descubrir al hombre bajo el samán. Pasado algún tiempo, aparece Lucía, veintinueve).

Lucía: ¿Qué buscas?

Pedro: ¿Ves a alguien allá en la sombra?

Lucía: No. No veo a nadie.

Pedro: ¿Estás segura?

Lucía: Completamente. *(Pausa)*. No busques más, puedo ayudarte.

Pedro: ¿En qué?

Lucía: Sé lo que necesitas.

Pedro: Qué bien.

Lucía: De veras, lo sé.

Pedro: Ya.

Lucía: ¿Sabes qué necesitas?

Pedro: No.

Lucía: Necesitas revivir. Estás muerto, lo puedo ver. ¿Sabes qué eres?

Pedro: ¿Un zombi?

Lucía: Exacto, un muerto viviente. Necesitas algo que te inyecte vida de nuevo. Sucumbiste a la pesadez de la rutina. Y no te culpo, es difícil resistir. Porque poco a poco, capa tras capa, reprimimos nuestros deseos hasta que están sepultados, hasta que aquello que nos mantenía vivos, aquello que nos alimentaba la esperanza, se muere, y entonces, entonces no queda más que un zombi que ha perdido la conciencia de estar vivo, y comienzas a moverte como un autómatas al servicio de fuerzas que te aventajan. Como un títere en un tinglado vacío, siendo manejado por otros para el provecho

de sí mismos, pero, ¿y tú? ¿Y tus necesidades? ¿Quién vela por ti?

Pedro: ¿Tú?

Lucía: Sí. Si te dejas.

Pedro: ¿Qué tengo que hacer?

Lucía: Pedirme lo que más desees.

Pedro: Lo que más desee.

Lucía: Sí.

Pedro: Y tú podrás procurármelo.

Lucía: Sí. Mira adentro, bien adentro donde está escondida tu verdadera identidad, tras todas las capas de rutina y desilusión, mira en el fondo de tu corazón donde sigue vivo aquel hombre que desea, que desea con locura, donde está vivo aquel ser que sabe lo que quiere, aquel ser que necesita con violencia escapar de la cárcel en la que ha sido abandonado. Mira allí y dime qué ves.

Pedro: Olvido.

Lucía: Muy bien; pues recuerda, recuerda qué es aquello que te hace vivir, piensa sin máscaras qué necesitas y dímelo, dímelo y yo sabré complacerte. Dime tu deseo más recóndito.

Pedro: Actúas como el genio de la lámpara.

Lucía: Dímelo. Sin miedo. Dime qué quieres.

Pedro: ¿Quieres saber mi deseo más profundo?

Lucía: Sí, dímelo.

Pedro: ¿Y tú?

Lucía: Yo te lo haré realidad.

Pedro: Está bien, pero, ¿y tú?

Lucía: ¿Yo qué?

Pedro: ¿Qué es lo que más deseas?

Lucía: Complacerte.

Pedro: ¿Por qué?

Lucía: Porque quiero verte de vuelta a la vida, porque no quiero...
Pedro: *(Interrumpiendo)*. ¿Qué buscas?
Lucía: Busco hacerte feliz.
Pedro: Ya.
Lucía: Busco que abandones el marasmo en que te encuentras, busco que...
Pedro: *(Interrumpiendo)*. Buscas que te dé tres pesos, eso es lo que buscas. Pero ¿sabes qué? No tengo. No tengo ni tres ni dos ni diez. Anda, vete.
Lucía: Atrévete. No te escondas. Sácalo, saca tu deseo más oculto. Nada más podrá devolverte a la vida.
Pedro: Ya estuvo bien. Anda, déjame que tengo un par de llamadas qué hacer y mucho en qué pensar.
Lucía: Por mucho que pienses, solo la expresión de tu deseo mejor guardado podrá liberarte.
Pedro: Te lo estoy pidiendo de buena forma, vete.
Lucía: Pero si no me voy podrías ponerte violento, ¿es eso lo que dices?
Pedro: No.
Lucía: ¿Es eso lo que quieres, quizás? ¿Algo de violencia? ¿Quieres infligir algo de daño para compensar todo el que te ha sido infligido? ¿Quieres castigar a alguien para disminuir la rabia que te consume por dentro?

(Pedro ríe).

Pedro: Qué bien. Tienes francamente bien montado tu numerito. ¿Quién te escribió el libreto? Porque está claro que tú no dirías lo que me has dicho, tú no hablas así.
Lucía: Tienes razón, me descubriste.
Pedro: ¿Entonces?

Lucía: ¿Entonces qué?
Pedro: ¿Entonces quién te escribió el libreto?
Lucía: El hombre de allá. (*Señala hacia el samán*).

(*Pedro ríe*).

Pedro: El señor de las sombras... Bueno, pues felicítalo de mi parte. Mira. (*Saca un par de billetes y se los tiende*).
Lucía: Yo no quiero tu dinero. Guárdatelo. Si no eres capaz de dejarte ser, no quiero nada tuyo.
Pedro: Dale, toma el dinero, sé que te hace falta. Si no te hiciera falta, no andarías mendigando a esta hora por el parque, tómalo.
Lucía: Mira, tu dinero me hace tanta falta como una puñalada en el estómago. Ándate a comer mierda.
Pedro: Sí, sí, eso haré.
Lucía: Pues que te siente mal.

104

(*Lucía se marcha, Pedro queda sonriente y decide ir hacia la cabina telefónica. Sin embargo, al llegar a la puerta, duda. Pasado un rato, busca en su billetera una tarjeta de presentación, entra a la cabina y marca el número escrito en el papel*).

Pedro: ¿Julia? Muy bien pues aquí estoy, habla con Pedro. / No tiene nada que agradecerme, no es por hacerle un favor que cumplo con nuestra cita. / Sí, estoy listo, ¿está grabando? Revise si está encendida la grabadora. / Bueno pues entonces cuando quiera. / Vine a la isla a promocionar mi libro. / Sí, se titula: 'Tempestades'. / Pues mire, así sucintamente, el libro es un recuento de mis experiencias en la guerrilla. / Por supuesto. / Sí, ciertas experiencias nada más, Julia, ¿cómo

escribir quince años de clandestinidad en un solo libro? / Hacía quince años no venía. / Sí, exacto. / No, yo nunca fui comandante. / Sí, pero eso es distinto, yo era el jefe de seguridad de Rendón, el comandante era él. / No, no sé nada de él. / Tengo entendido que Rendón murió y no tengo motivos para dudar de eso. / Pues en parte, aunque yo diría que más que desencanto con las ideas lo mío era fatiga con la situación, Julia, no se puede vivir tantos años sospechando de todos. / Cuando entendí que las cosas iban a terminar en un proceso de paz, decidí desertar. / No, nunca, jamás pensé en desmovilizarme. / No, no por convicción ideológica –que no me faltó nunca– sino porque... mire cómo terminaron tantos compañeros asesinados impunemente; yo sabía que en la vida civil no tendríamos ningún chance. / Sí, pero los casos que usted menciona son todos de comandantes o de gente que tenía una posición alta en la jerarquía de la organización. / Sí yo sé que hay un trabajo de base en algunos lugares, gente que está organizando a comunidades rurales, pero, ¿a qué costo? ¿Con quiénes han tenido que pactar para sobrevivir? Eso es lo que valdría la pena analizar: la labor que están haciendo en el campo, ¿la están haciendo para quién? ¿Quién se beneficia de todo eso? / No, yo no estoy haciendo ningún juicio, estoy simplemente enunciando un hecho: para poder sobrevivir en esta isla haciendo política, en la civilidad, hay que hacer alianzas con hampones. / Veá, yo no estoy dispuesto a eso no por una superioridad moral sino por falta de vocación, yo nunca pertencí a la vertiente política de la organización. / Sí, sí estudié. / Antes y después. Cuando entré a la guerrilla abandoné la carrera y cuando dejé la guerrilla la terminé. / Sí, en el exterior claro. / Como refugiado. / Letras. / Pues mire, porque usted puede

decir... Mejor dicho, Julia, una crítica puede ser que el libro es sensacionalista y que los episodios narrados están hechos a la medida de un público internacional, ávido de consumir información sobre la barbarie de esta isla – / Sí, como usted dice. / Pero esa reflexión es una manera de evitar otra reflexión más pertinente y dolorosa para la gente de aquí: lo que se narra en este libro sucedió, hace parte de la historia reciente de esta isla, y da cuenta de unos hechos políticos y sociales cuyas implicaciones están todavía en desarrollo; ahora, ¿por qué tenemos tanta dificultad para decir las cosas como son? / Pero si usted y yo sabemos cómo son, Julia. / No, yo no hago ninguna acusación en el libro que no pueda sostener. / ¡Por favor! ¿Cómo que tiro la piedra y escondo la mano? ¿Es que no se da cuenta que estoy hablando con usted? Mire, Julia, usted es la persona más escuchada en la radio de este país y es por eso que hablo con usted, para que la gente oiga lo que tengo que decir. / Porque yo no temo que la gente se entere de lo que tengo para decir. / Si va a insultarme esto acaba aquí. / Pero bueno, ¿qué clase de pregunta es esa? Pues claro que no la voy a responder por sus implicaciones legales. Yo me pregunto, ¿si fuera un exmilitar también le haría la pregunta como me la acaba de hacer? También le diría, ¿a cuántos inocentes asesinó en su carrera militar? / ¿Ah, sí? Bueno, pues entonces usted es más imbécil de lo que pensaba y esto se acaba aquí.

(Pedro cuelga con rabia golpeando el auricular contra el teléfono. Recuesta la frente contra el cristal de la cabina y se queda mirando el suelo. Julia, treinta, se sienta en un extremo de la banca. Lili se sienta en el centro. Pedro sigue pensativo en la cabina).

Julia: Bueno, ¿y qué horas eran?
Lili: Pues la primera vez serían las seis más o menos. Era el atardecer. Me acuerdo porque le estaba dando una luz muy bonita en la cara.

Julia: ¿A él?
Lili: Sí.

Julia: ¿Y la segunda vez qué horas eran?
Lili: Serían las diez, tal vez, ya estaba oscuro. No, espere, era más temprano. Yo creo que serían las nueve.

Julia: ¿Viste a Pedro después?
Lili: No, esa fue la última vez que lo vi. *(Pausa)*. Es más bonita en vivo.

Julia: ¿Perdón?
Lili: Usted, Julia, es más bonita en vivo que en las fotos.

Julia: ¿Me has visto en las fotos?
Lili: Claro, si le hacen publicidad a su programa por todas partes. No hay un paradero de bus donde no esté su cara en primer plano.

Julia: Son eficientes los de publicidad de la emisora.
Lili: A mí también me gustaría trabajar algún día en la radio.

Julia: ¿Sí? Bueno, pues te doy mi tarjeta, Lili. *(Se la da)*. Pásate por la emisora el lunes y yo te presento al encargado de los practicantes, a lo mejor tiene algo para ti.

Lili: ¿De verdad?
Julia: No te prometo nada, solo te lo presento y le preguntamos si de pronto hay algún trabajo que puedas hacer.

Lili: Muchas gracias, Julia, mi mamá no se lo va a creer.

Julia: ¿Vives con tu madre?
Lili: Sí... mi madre conoce a Pedro. Por eso volví al parque. Él la llamó, discutieron, no sé...

Julia: ¿Te importa si tomo notas de lo que dices?

Lili: ¿Me meteré en problemas?

Julia: No, no veo por qué.

(Lili se queda absorta mirando la tarjeta de presentación que tiene en sus manos. Julia saca una libreta de apuntes de su cartera y comienza a tomar notas. Pedro marca, enérgico, un número).

Pedro: ¿Aló? Magda... hola. / Es que hace tanto no hablábamos, ¿no? Es difícil. Bueno, quizá lo mejor es ir al grano. Quiero hablar con Lili, quiero que ella conozca mi versión de la historia, a eso he venido. / Mira, todo este viaje, lo del libro... necesito que ella entienda mi posición. / Pues yo creo que va siendo hora de que se entere, ¿no te parece? / No te parece bueno, pero... / No, espera. / Sí yo lo tengo clarísimo que eres su madre, pero... por favor... hablé con ella hoy. / La seguí y busqué cualquier disculpa para hablarle, aunque en realidad fue ella quien me habló a mí. / Se parece a ti. ¿Sabes qué me dijo? / Que su vida era una revuelta contra la tiranía de la mayoría, ¿qué te parece? Es tan... *(Silencio)*. Mira, Magda... Lili... pues viene mucho al parque, ¿no? / Sí, es en el parque donde estoy. / No, no me estoy quedando aquí en el parque, pero quería salir del hotel, me sentía vigilado... bueno, aquí también me observan, hay un hombre oculto en la distancia y una mujer que ronda, en fin... / Yo sé que no, Magda, yo lo único que quiero de ti es que me dejes hablar con Lili. Además, me cambiaste el tema... no quisiera ver a Lili en malos pasos... / Sí, pero, ¿qué viene a hacer Lili al parque, Magda, tú lo sabes? / No, está bien, pero lo que quiero... / No, ya te dije que quiero hablarle, Magda, creo que es justo conmigo y con la memoria de Rendón, porque, aunque lleve mi apellido, ella no es mi hija biológica –tú lo

sabes– y yo quisiera aclarar esto de una vez porque ella se merece la verdad y... ¿Magda? ¿Aló? ¿Aló?

(Pedro cuelga y sale, cabizbajo. Se sienta en la banca al lado de Lili).

- Lili: Es que mi madre y Pedro tenían... o, mejor dicho, eran...
 Julia: Novios.
 Lili: Sí pero no, yo iba a decir guerrilleros. Ellos eran guerrilleros y... Es que no me gusta hablar de esto porque... ya no querrá darme trabajo en la emisora.
 Julia: ¿Por qué? ¿Acaso tú eres guerrillera?
 Lili: No, pero es que siempre es igual... siempre terminamos en problemas cuando la gente se entera del pasado de mamá. Ya perdí la cuenta de cuántas veces nos ha tocado mudarnos.
 Julia: Mira, tranquila, Lili. Te voy a decir una cosa, yo soy buena en lo que hago y esta historia, la de Pedro (y hasta cierto punto la de tu madre) la conozco muy bien. Yo he investigado su vida –la de Pedro, insisto– y sé que las cosas no han sido fáciles para nadie. Yo... Mejor dicho, si hay alguien a quien no voy a juzgar en esta historia es a ti. No te preocupes. De verdad. *(Pausa)* Dime, Lili, llegaste al parque a buscar a Pedro.
 Lili: La segunda vez.
 Julia: Sí, la segunda vez.

(Julia escucha y toma notas).

- Lili: Llegué a buscarlo y él estaba aquí, en esta misma banca. No se había movido desde que me fui. O si se había movido, regresó a su posición inicial, no sé.
 Pedro: *(Dirigiéndose a Lili).* Volviste. *(Lili encoge los hombros).* Me

alegra mucho que hayas vuelto. ¿Cómo estás? (*Lili encoge los hombros de nuevo*). ¿Hay alguna fobia para las personas que le temen a su propio pasado?

Lili: Yo no le temo a mi pasado.

Pedro: Hablo por mí, ¿cuál será el nombre de esa fobia?

Lili: No creo que exista.

Pedro: Yo tampoco. El temor al pasado propio se llama culpa.

Lili: O arrepentimiento.

Pedro: Hay cosas de las que es mejor no arrepentirse. Tu madre y yo... Los dos creíamos que haciendo lo que hacíamos les preparábamos un mejor futuro a los de tu generación.

Lili: Pues se equivocaron.

Pedro: No sé, es complicado... Creo que ahora es muy fácil juzgarnos. Pero las cosas no son tan sencillas. Porque... Hace un rato vino un chico. De tu edad o más joven.

Lili: ¿Alto?

Pedro: Sí. ¿Lo conoces?

Lili: Puede ser. (*Silencio*). ¿Y qué pasó?

Pedro: Pues que el chico se me ofreció... Por monedas se me ofreció.

Lili: Sí sé quién es.

Pedro: Y tú hubieras podido hacer lo... Es decir, hay mucha pobreza en este país, mucha gente hambrienta mientras otros, como siempre, cada vez más ricos. ¿Es que las cosas han mejorado acaso en esta isla? ¿Es que ya no es necesario luchar para cambiar la inequidad? Todos matándose por dos pesos, vendiéndose por tres pesos... Tanta pobreza en un país tan rico, no...

Lili: (*Interrumpiendo*). Disculpas hay para todo.

Pedro: Sí, pero una cosa son las disculpas y otra la realidad.

Lili: ¿Y de eso quería hablarme? ¿De la realidad del país?

Pedro: Tutéame, por favor.
Lili: Por qué, si para mí usted es un extraño.
Pedro: Porque te lo estoy pidiendo, Lili.
Lili: ¿Y?
Pedro: Y... Mira, yo sé que estás herida.
Lili: No, herida no. ¿Por qué herida?
Pedro: Porque te sientes engañada. Porque piensas que no hemos sido claros...
Lili: *(Interrumpiendo)*. Pero si yo a usted no lo conozco. Hoy es la primera vez en la vida que lo veo, ¿cómo me va a haber engañado?
Pedro: ¿Te ha dicho algo tu madre?
Lili: Me dijo que no viniera.
Pedro: ¿Y por qué le desobedeciste? *(Lili no responde)*. Mira... Sabes lo de "Facción Pueblo", ¿no? *(Lili mueve la cabeza afirmativamente)*. ¿De veras lo sabes?
Lili: Sí, mi mamá era guerrillera de "Facción Pueblo".
Pedro: Y yo también. Los dos... Bueno, los dos ingresamos juntos. Muy jóvenes, éramos casi de tu edad cuando entramos. A lo mejor un poco mayores. Nos conocimos en la facultad... *(Pausa)*. ¿Vas ir a la universidad?
Lili: No.
Pedro: ¿Por qué?
Lili: Porque no me da la gana.
Pedro: Yo... Si llegaras a necesitar dinero para estudiar, me gustaría ayudarte.
Lili: ¿Por qué?
Pedro: Porque siento que me he equivocado en muchas cosas, con respecto a tu madre y a ti, sobre todo, porque quisiera...
Lili: *(Interrumpiendo)*. ¿Comprar nuestro perdón?
Pedro: No. Porque quiero enmendar lo que he hecho mal. Contigo.

He regresado para que tú conozcas mi versión de boca mía.

¿Tu madre nunca te ha contado nada de mí?

Lili: Es que yo no sé quién es usted, yo no sé...

Pedro: *(Interrumpiendo)*. ¿Cuál es tu apellido?

Lili: Velásquez.

Pedro: Como el mío.

Lili: ¿Y?

Pedro: ¿Magda te ha contado algo sobre tu padre?

Lili: Que era un guerrillero cobarde que desertó cuando yo estaba en su barriga. Y que nunca más supo de él.

Pedro: Sí, bueno, no es exactamente así... Tu madre y yo estábamos enamorados, yo especialmente... Pero al mismo tiempo estaba la revolución, estaba Rendón, el comandante que era nuestro mejor amigo, estaba la esperanza de un mañana mejor, de un país en el que todos tuviéramos las mismas oportunidades...

Lili: *(Interrumpiendo)*. Mire, la cancioncita guerrillera me la sé de memoria, esa es la parte que Magda me ha contado hasta el cansancio.

Pedro: Claro, es que no es posible tener lo uno sin lo otro, para poder entender nuestra historia...

Lili: *(Interrumpiendo)*. ¿Y quién quiere entenderla? Yo quiero que me dé los datos y punto. Yo no quiero ser su amiga ni su...

(Lili calla. Silencio).

Pedro: ¿Ni mi qué? *(Lili no responde)*. Lili, ese es precisamente el punto, ¿no quieres ser mi qué?

Lili: *(Dirigiéndose a Julia)*. Y ahí no aguanté más de la rabia y me fui corriendo.

(Pedro se para y se pasea pensativo entre la banca y la cabina; de vez en cuando mira hacia la distancia, como buscando al hombre que se oculta en la sombra).

Julia: Te entiendo.

Lili: Yo no quería irme, Julia... Es que me dio... No quería que él me viera llorar y sabía que me iba a poner mal.

Julia: ¿Y él no intentó retenerte?

Lili: Sí, sí, él me agarró de un brazo. Y comenzó a hablar fuerte, a decir que no me fuera, que él había regresado para hablar conmigo, me tenía agarrada del brazo, bien fuerte, yo pensé que no podría zafarme, pero...

(Llega Lucía y se sienta junto a Lili).

Lucía: *(Interrumpiendo)*. Ahí entré yo.

113

(Pedro entra de nuevo a la cabina y se sienta en el piso. Luce derrotado).

Julia: ¿Y usted quién es?

Lucía: Usted es la periodista de radio famosa, ¿no es cierto?

Julia: Julia, ¿y usted quién es?

Lucía: Me llamo Lucía, yo hablé con él. Después de la primera vez que él habló con la joven.

(Lucía señala a Lili).

Lili: Lili.

Julia: ¿Y qué le dijo?

Lucía: ¿Está haciendo alguna investigación sobre él?

Julia: Sí.

Lucía: Es un criminal, ¿cierto?
Julia: Eso depende para quién. ¿Qué le dijo?
Lucía: Es un vicioso, seguro.
Julia: ¿Qué le dijo?
Lucía: ¿Él? No dijo mucho, parecía un tipo raro, muy raro, mi compañero y yo... (*Señalando hacia el samán*). Ese de allá, ¿sí lo ven?

(*Lili niega con la cabeza*).

Julia: ¿Quién?
Lucía: Allá, casi no se ve, parado debajo de ese árbol grande...
Lili: (*Interrumpiendo*). Samán, el árbol es un samán.
Lucía: Sí, debajo del samán está mi compañero. Fabio, ¿lo ven?
Julia: ¿Compañero... pareja?
Lucía: Sí, esta semana nos tocó juntos.
Julia: Pero entonces no son pareja, es decir, no son...
Lucía: (*Interrumpiendo*). ¿Novios? No, es mi pareja de patrullaje esta semana.
Lili: (*Dirigiéndose a Lucía*). ¿Son policías?
Lucía: No, pero cuidamos el parque. Hay mucho depravado por aquí.
Julia: ¿Y quién los contrata?
Lucía: ¿Qué?
Julia: Para cuidar el parque, Lucía, ¿quién les paga?
Lucía: Nadie, nosotros somos vecinos del sector.
Julia: Ya, ¿y el arma? ¿Quién se la da?
Lucía: ¿Cuál?
Julia: La que lleva ahí debajo, ¿es suya?
Lucía: ¿Esto? (*Presiona la blusa contra su estómago de tal forma que se forra la silueta de un arma*). No, esto es un traste viejo

que era de mi papá. Ni funciona.
 Lili: ¿La puedo ver?
 Lucía: No.
 Julia: ¿Entonces habló con Pedro?
 Lucía: ¿Pedro se llama? Sí, hablé con él. Un depravado, se le veía en la cara, quién sabe qué le quería hacer a la niña.

(Lucía señala a Lili).

Lili: Lili.
 Lucía: Sí, a Lili, seguro quería torturarla, violarla.
 Lili: No creo.
 Lucía: Eres muy joven, yo sé cómo te miraba.
 Julia: ¿Y su compañero habló con Pedro?
 Lucía: Al tipo le gustan muchachos y muchachas por igual, antes estaba tratando de seducir a un chico, yo lo estaba observando.
 Lili: El chico se le ofreció por tres pesos, yo lo conozco.
 Julia: No me contestó, Lucía, ¿su compañero habló con él?
 Lucía: *(Respondiendo a Lili)*. Sí, el chico es amigo tuyo, los he visto juntos. Pobrecito. ¿Quién sabe qué le querría hacer ese vicioso?
 Julia: ¿No va a contestar?
 Lili: *(Respondiendo a Lucía)*. Nada. Fue Luis el que se le ofreció. Ese es su trabajo. Él no tiene plata y no quiere hacer otra cosa.
 Julia: No, no va a contestar.
 Lucía: *(Respondiendo a Lili)*. ¿Y tú? ¿Ese también es tu trabajo?
 Lili: No, el mío no. Yo estoy en el colegio. Ese es el trabajo de Luis. Consígale trabajo si le preocupa tanto su futuro.
 Lucía: Pues sí, voy a ofrecerle trabajo, ya ves.

Julia: Por favor...

Lili: *(Respondiendo a Lucía)*. ¿Cuidando el parque? No me haga reír, usted no sabe de qué está hablando.

Lucía: Pues explícame.

Julia: *(Cortante)*. No. Lili no va a explicarle nada. Es usted la que no ha dado explicaciones, no responde si su compañero habló con él, no dice cómo logró que Pedro soltara a Lili...

Lucía: *(Interrumpiendo)*. Él la soltó cuando me vio. Yo no hice nada. Se asustaría, me imagino. Él ya sabía que yo le tenía el ojo puesto.

Julia: ¿Por qué, usted le dijo algo a él?

Lucía: Sí.

Julia: ¿Qué le dijo?

Lucía: Cosas. Desvié su atención, intenté engañarlo.

Julia: ¿Y le contó que usted es la vigilante del parque?

Lucía: No, no, esto es secreto, nosotros patrullamos como si fuéramos civiles, para no levantar sospechas, ¿me entiende?

Julia: ¿Sospechas de quién?

Lucía: Del público, de la gente que viene aquí.

Julia: No veo para qué el secreto.

Lucía: No es un secreto, es solo que todos estamos más seguros si la vigilancia no es visible, es más fácil mantener el orden, ¿no cree?

Julia: Creo que es peligroso lo que dice.

Lucía: Al contrario, peligroso sería si no actuáramos como actuamos.

Julia: Mire, Lucía, no me interesa discutir esto con usted. ¿Qué le dijo a Pedro cuando habló con él?

Lucía: Ya le dije: cosas, le hice suponer que yo podía conseguirle lo que quisiera.

Julia: ¿Cómo qué?

Lucía: Como niños o niñas para su satisfacción sexual. Le hice creer

que yo podría procurárselos para que cayera en la trampa.

Julia: ¿Y cayó?

Lucía: No. Pero eso no significa que sea inocente.

Julia: Ni que sea culpable.

Lucía: Por eso no lo toqué.

Julia: Pero usted, ¿de qué lo creía culpable?

Lucía: Pues de querer violar a Lili o al primer menor que se le pusiera a tiro. *(Pedro se pone de pie, introduce otra moneda en el teléfono, busca otro número en su bolsillo y marca)*. Cuando ella salió corriendo, yo no sabía qué hacer con el tipo, así que decidí buscar a Fabio. Necesitaba apoyo, estaba segura de que Fabio sabría qué hacer.

(Cuando Pedro termina de marcar, suena un celular en la lejanía, solo Lucía vuelve la vista hacia el samán).

Pedro: ¿Aló? / ¿Sabes con quién? / Hombre, ¿no me reconoces? / Quince años no son nada, Fabito. / Sí. Exactamente, soy Pedro, ¿me vas a decir que no esperabas mi llamada? / Pero a quién quieres engañar, me has visto en los periódicos, sabías que te iba a llamar, sino no me habrías hecho llegar tu número. / Sí, me llegó y ya ves, te estoy llamando. / A despedirme, Fabio, te llamo a despedirme. Mañana regreso donde mi mujer. / Sí, tengo mujer. / No, no tengo hijos. / Sí, es de allá. / Bueno, ¿qué te digo? Unos días mal otros días bien, ya sabes cómo es eso, ¿y tú qué haces, a qué te dedicas? / A esto y lo otro, claro, ¿qué más se va a hacer en esta isla? / Sí y... / Tienes razón, disculpa, entonces llamo a saludarte, y a despedirme al tiempo, Fabio, no ha sido muy larga la visita. A lo mejor otra vez con más calma... / Sí, quién quita. / Sí hablé con ella, o, mejor dicho, le hablé

a ella, Magda no me habló mucho de vuelta. / Todavía me guarda rencor. Aunque debería ser al revés, yo debería ser el ofendido, pero bueno, así es ella y yo, igual, ya ando en otra relación y vivo lejos y... (*Calla, silencio largo*). / Sí, estoy aquí, aquí sigo. / No, no he hablado ni he visto a nadie más. Bueno, a Lili, ¿la conoces? / Sí, la hija de Magda, hoy estuve con ella. / No, salió corriendo antes de que pudiera explicarle el asunto, ella piensa que soy su padre. / ¿Y tú, ves a alguno de los muchachos? / ¿Ah, sí? ¿Y qué hace el flaco? / Está de... / ¿Verdad? ¿Vigilante de parque? ¿Cómo así? Qué triste, hombre, qué tristeza en lo que acabó todo, ¿no? / Sí, es verdad, nos equivocamos. / Mucho sí, pero hay que tener algo de dignidad ¿no te parece? (*Pausa*). Bueno yo qué digo, yo no sé, yo he estado muy lejos de todo y a lo mejor no entiendo cómo han cambiado las cosas y... (*Calla. Silencio largo*). / No, no he colgado, sigo aquí, sino que a veces... es como si se me fuera el aire, Fabio, y mañana regreso, ¿sabes? Aunque no sé si vaya a ser capaz de volver a esa vida... maravillosa, es una vida maravillosa la que tengo allá, pero aislada, hombre, tan separada de esto, ¿no? Tan lejos de esta patraña de isla por la que peleamos tanto tiempo, porque otros siguieron, tú sabes, de los que se fueron muchos siguieron pensando este país a la distancia, armando redes, creando fundaciones y haciendo trabajos importantes, pero yo... No sé, Fabio, yo estaba tan decepcionado de Magda, de Rendón, del engaño al que me sometieron, de la dirección que estaban tomando las cosas y... Le di la espalda a todo. / Soy profesor de letras en un colegio, escribo, escribí ese libro por el que he hecho este viaje corto, mi vida no tiene nada que ver con nada de esto... (*Demuestra los alrededores con un gesto de la mano*

como si su interlocutor pudiera verlo). / Sí, tienes razón, es solo que el regreso patea duro, pero bueno... / Sí, exacto ya lo olvidaré allá y... / Claro, acá no queda nada, ¿qué iba a quedar? / Y... / ¿Cómo? / ¿Trabajas para el flaco? / ¿O sea que también andas de vigilante de parque? / Perdóname... no quería... es decir, vigilante de parque es un trabajo como cualquier otro y, como te digo, yo no sé nada. / ¿Entonces tú también andas cuidando parques? Pero, bueno, ¿por qué no lo dijiste desde un principio? / Pero, hombre, yo no soy nadie para juzgarte y además a ti qué puede importarte lo que yo opine... / ¿Y qué parque cuidas?

Fabio: *(Cuarenta años. Entrando, se escucha primero su voz y luego se lo ve entrar, habla por teléfono celular y se dirige lentamente hasta la cabina). Un parque grande, el más extenso de la ciudad, de muchos arbustos bajos y uno que otro samán que da sombra a la vegetación más baja; cuido el parque desde donde me llamas, Pedro, este parque que los dos pisamos.*

119

(Pedro se voltea y lo ve. Cuelgan ambos. Pedro sale de la cabina, se observan con detenimiento, como evaluándose después de tantos años).

Julia: *(Dirigiéndose a Lucía). ¿Y qué hizo su compañero?*

Lucía: No sé, no lo encontré, se habría ido a tomar una gaseosa. Lo busqué, pero nada, no sé qué se hizo.

Lili: *(Dirigiéndose a Julia). ¿Y qué crees que le haya pasado a Pedro?*

Lucía: ¿Por qué? ¿Es que no aparece?

Lili: Lleva cuatro días desaparecido.

Julia: Bueno, desaparecido... Pues sí, desaparecido en un sentido estricto; es decir, porque no aparece, pero no significa que...

Lucía: *(Interrumpiendo)*. ¿Desde ese día que estuvo aquí?
Lili: Sí. *(Dirigiéndose a Julia)*. ¿Crees que se fue de regreso?
Lucía: ¿A dónde?
Julia: No, él sigue en la isla, estoy segura.
Lili: *(Dirigiéndose a Lucía)*. A su casa, él no vive aquí.
Lucía: ¿Ah, no?
Julia: No abordó el vuelo en el que viajaba y...
Lili: *(Interrumpiendo)*. ¿Crees que le pasó algo?
Julia: No creo, pero no sé, quizá todavía hay algunos que querrían verlo desaparecer...
Lili: Pero, entonces...
Lucía: *(Interrumpiendo)*. ¿Y él dónde vive?
Lili: Él vive lejos, vive en...
Julia: *(Interrumpiendo)*. Lucía, ¿le importa dejarnos solas?
Lucía: ¿Por qué?
Julia: Porque Lili y yo tenemos que hablar en privado.
Lucía: Si es algo que tiene que ver con la seguridad del parque, hay que hablarlo conmigo.
Julia: Se lo aseguro que no tiene nada que ver con el parque, es un asunto familiar.
Lucía: Ya decía yo que ustedes dos se parecían.
Julia: No, nosotras no somos familia, pero el asunto que tenemos que hablar es privado y concierne a la familia de Lili.
Lucía: ¿Lili es familia de ese señor?
Julia: Eso no es asunto suyo. Por favor, Lucía, como ve, solo vamos a hablar de asuntos familiares.
Lucía: ¿Y cómo sé yo que no me está mintiendo?
Julia: Porque se lo estoy asegurando, nada más, ¿por favor?
Lucía: Está bien, pero voy a estar allá, *(señala hacia el samán)* voy a estar mirando hacia acá, si necesitan algo, me hacen señas.
Julia: Gracias.

Lili: Sí, gracias.

(Lucía sale despacio, tanto las mujeres como los hombres la siguen con la mirada mientras sale. Todos quedan mirando en silencio en esa dirección. Pasado un rato:)

Fabio: *(Señalando)*. Allá bajo el samán, ¿la ves?

Pedro: No muy bien, ¿es una mujer?

Fabio: Sí, es Lucía, ¿la ves?

Pedro: No sé quién es Lucía.

Fabio: Es mi futuro.

(Pedro y Fabio otean en silencio la distancia).

Julia: No me gusta esa mujer.

Lili: ¿Por qué?

Julia: Me parece tenebrosa.

Lili: ¿Por qué?

Julia: Se hace la ingenua y no contesta las preguntas, ¿viste cómo nos amenazó?

Lili: No. ¿Cómo?

Julia: ¿No viste cómo nos mostró solo la silueta de su arma? Como diciendo: 'cuídense'.

Lili: No sé, yo pensé que a lo mejor se avergonzaba de la pistola, a lo mejor está oxidada y no se siente bien de andar patrullando el parque con una pistola vieja.

Julia: En todo caso, vayámonos de aquí, no me siento segura con ella merodeando por ahí. No sé qué papel juega ella en todo esto.

Lili: ¿En la desaparición de Pedro?

Julia: Sí, puede ser... ¿Tienes prisa?

Lili: No, usted es la que se quiere ir.
Julia: Me refiero a que si tienes prisa por llegar a tu casa.
Lili: No.
Julia: Quiero mostrarte algo en la emisora, ¿me acompañas?
Lili: Sí, claro.

(Julia y Lili salen en la dirección opuesta a la que salió Lucía. Pedro y Fabio se sientan en la banca).

Fabio: ¿Por qué regresaste?
Pedro: Hombre, por... nostalgia, curiosidad, arrepentimiento, culpa... tantas cosas.
Fabio: No se te ha perdido nada aquí, Pedro, no has debido regresar.
Pedro: Media vida perdí aquí, ¿te parece poquito?
Fabio: Ya recuperaste afuera la media vida que perdiste aquí, no valía la pena regresar.
Pedro: A mí también me alegra verte, Fabito.
Fabio: A mí no, Pedro, la verdad no me alegra verte.
Pedro: Tú siempre con la honestidad por delante, ¿no?
Fabio: No, no siempre. Pero ahora quiero fastidiarte, nada más.
Pedro: ¿Por qué?
Fabio: Porque quiero que te arrepientas de haber vuelto. Estabas bien allá.
Pedro: ¿Y tú qué sabes?
Fabio: Sí lo estabas, tenías esposa, hogar...
Pedro: *(Interrumpiendo)*. Tengo, no tenía, tengo, en presente.
Fabio: Yo tendré –en futuro– esposa y hogar, más adelante, cuando logre que Lucía se enamore de mí.
Pedro: Felicitaciones por adelantado.
Fabio: Pero ahora no tengo nada, así que por ahora estamos igual,

sin nada.

Pedro: Si eso te hace sentir mejor... pero te digo que yo sí tengo esposa y hogar.

Fabio: Allá.

Pedro: Sí, allá.

Fabio: Pero tú estás acá.

Pedro: Hoy, pero mañana estaré de regreso donde mi esposa, a mi hogar.

Fabio: Eso dices.

Pedro: Sí.

Fabio: Siempre has estado seguro de los pasos que has dado.

Pedro: Me gusta pensar antes de actuar, así que por lo general no me arrepiento.

Fabio: Igual que actuaste con Magda.

Pedro: No, está bien no siempre... pero... No me quiero lamentar tampoco.

Fabio: Pero deberías.

Pedro: ¿Qué?

Fabio: Lamentarte. Perdiste el amor de tu vida por cobarde. Te traicionó Magda con Rendón y no fuiste capaz de superarlo, dejaste que algo tan doméstico se metiera en el camino de tus convicciones y perdiste a una hija adoptiva –que seguramente te hubiera amado como a su propio padre– y, quizás más importante, perdiste tu lucha, perdiste tu patria, perdiste tu...

Pedro: *(Interrumpiendo)*. ¿No te da la impresión que 'patria' es una palabra irremediabilmente infantil? El concepto de patria es algo que uno debe superar con la adolescencia.

Fabio: Tú lo superaste.

Pedro: No con la adolescencia, pero sí, hoy en día me siento a salvo de la 'tentación' de la patria.

Fabio: Pero regresaste.
Pedro: Vine a pagar una deuda.
Fabio: A la patria.
Pedro: Hombre, insistes.
Fabio: Pregunto por curiosidad.
Pedro: Afirmas, no preguntas, Fabio, afirmas.
Fabio: ¿Te pone nervioso esta conversación?
Pedro: Me fastidian tus afirmaciones.
Fabio: Quiero fastidiarte.
Pedro: Sí ya lo dijiste.
Fabio: ¿Por qué regresaste?
Pedro: Regresé a buscar algo que se me había perdido.
Fabio: ¿La patria?
Pedro: La patria que perdí solo la recuperaría si tuviera veinte años de nuevo.
Fabio: Volviste para quedarte.
Pedro: No.
Fabio: Estoy seguro de que volviste para quedarte.

124

(Silencio largo).

Pedro: ¿Se ha calentado el clima? ¿Antes hacía más frío en las noches o es mi impresión?
Fabio: Es la época del año.
Pedro: Sí.
Fabio: Sé por qué volviste.
Pedro: Te felicito.
Fabio: Volviste a desandar tus pasos. Como los moribundos.
Pedro: ¿Eso crees?
Fabio: ¿Lo sabe tu esposa por lo menos?
Pedro: ¿Qué?

Fabio: Que no regresarás, ¿lo sabe o te has vuelto a escapar?

Pedro: Regresaré, Fabio.

Fabio: Me pregunto por qué será que la gente tiende a repetir sus errores. Como si no fuera posible aprender de la experiencia. Estás muy viejo para volver a empezar, Pedro.

Pedro: No voy a volver a empezar, Fabio.

Fabio: ¿A qué has venido entonces?

Pedro: He venido a... Hombre, las cosas son tan sencillas, no sé por qué a veces se complican tanto.

Fabio: ¿A qué viniste?

Pedro: Vine a hablar... vine... a pedir perdón. A eso vine, Fabio.

Fabio: ¿A Lili?

Pedro: Sí. A Lili, a Magda, a ti...

Fabio: No digas tonterías.

Pedro: Abrí el periódico un domingo. Tarde, casi al mediodía. Estaba solo en la casa, puse un par de panes en la tostadora, algo de café en la cafetera, saqué la mermelada y me senté a hojear el periódico mientras todo estaba listo. Las mañanas del domingo son el mejor momento de la semana, no tengo prisa y puedo leer la voluminosa edición dominical del diario sin preocuparme por nada más. Me gasto el día entero consumiendo información inútil que olvidaré al día siguiente. Ese domingo, justamente, había una edición especial sobre la isla. Me emocioné. Muchísimo, cualquier mención de la isla siempre me excita más de lo que debería. Así que inmediatamente me sumergí en el periódico y en una de esas páginas descubrí un pequeño artículo sobre los niveles de prostitución infantil y juvenil en la isla. En la foto que acompañaba el artículo aparecía una chica, muy joven, de espaldas, en una esquina e inmediatamente pensé en Lili. Fue inevitable, ¿ves? ¿Cómo no iba a pensar en Lili?

Pensé en ella, Fabio, y fue como si el dique estallara en mil pedazos. El arrepentimiento, la culpa, la duda, todo se juntó...

Fabio: *(Interrumpiendo)*. ¿Después de tanto tiempo?

Pedro: Sí, no sé, aguanté... Es decir, llevo quince años dudando periódicamente, claro, todos los días desde que deserté vivo dos vidas paralelas. Al margen de la mía va la otra, la del Pedro que siguió aquí, que no renunció a Magda, que superó la estupidez de su ego, el que se desmovilizó y fue padre... Pero esa otra vida era un rastro tenue al que de vez en cuando visitaba por nostalgia, no tenía en realidad mucho poder sobre mí.

Fabio: Ni tendría por qué tenerlo.

Pedro: De acuerdo, pero en algún momento, cuando vi esa foto... Fue como si la desaparición a la que había sometido a mi vida paralela regresara para vengarse. Fue como si en ese momento pudiera entender claramente que las consecuencias de mis actos habían destrozado otras vidas que...

Fabio: *(Interrumpiendo)*. Te sobreestimas.

Pedro: Tal vez. Pero tenía que regresar. Tenía que hablar con Lili. Tenía que asegurarme de que mis decisiones no destrozaron su vida. ¿Lo entiendes?

Fabio: ¿Y? ¿La destrozaron?

Pedro: No creo. Tienes razón. Probablemente me sobreestimo. Lili está bien. Creo. Estará bien.

(Silencio largo).

Fabio: ¿Recuerdas la última noche que nos vimos?

Pedro: Sí. Perdona. Perdona. Vine a explicarte... también... aunque tú

ya lo sabes... vine a decirte que fui un cobarde. Que me fui solo porque pensé que los dos juntos seríamos descubiertos y yo...

Fabio: *(Interrumpiendo)*. Está bien.

Pedro: No he debido hacerlo.

Fabio: Lo planeamos juntos. Íbamos a desertar los dos en la madrugada.

Pedro: Sí.

Fabio: Pero siempre fuiste un cobarde.

Pedro: Pues...

Fabio: Siempre lo has sido y siempre lo serás. Y ahora has regresado. Con disculpas. Y no volverás donde tu esposa. Porque eres un traidor. Y periódicamente abandonarás todo, porque no soportas tu propia cobardía y cada que asoma su cara –tu cobardía– y te recuerda tu pusilanimidad, te vas, te largas y lo dejas todo atrás. Así eres. Ojalá algún día te lo puedas aceptar, vivirías más tranquilo. *(Silencio largo)*. Solo quería que supieras que no te guardo rencor. Ni has destrozado mi vida, así que no te sobreestimes.

127

(Fabio llama a Lucía con un gesto de la mano y luego le hace una seña indicando el reloj, como advirtiéndole que es hora de irse. Pasado un rato, ella llega y sin decir palabra, Fabio y Lucía comienzan a abandonar el lugar, pero justo antes de que salgan:)

Pedro: ¡Fabio! *(Fabio se detiene y se voltea hacia Pedro)*. ¿De verdad trabajas cuidando el parque?

Fabio: ¿Qué crees?

Pedro: Que no.

Fabio: Pues te equivocas. *(Pausa)*. Y sí, es un trabajo como cualquier otro.

Pedro: Me vigilabas... los dos, me vigilaban.

Fabio: ¿Para qué? Te sobreestimas de nuevo, Pedro.

(Fabio y Lucía salen. Pedro se acuesta sobre la banca, boca arriba, como si se dispusiera a dormir allí. Cierra los ojos. Cuando parece que este fuera el final, aparece Luis).

Luis: ¿Ya hiciste lo que tenías que hacer? ¿Las llamadas?

Pedro: *(Sin abrir los ojos)*. Hola, Luis.

Luis: ¿Qué? ¿Nos vamos de fiesta?

Pedro: ¿A dónde?

Luis: Yo conozco un sitio donde la podemos pasar bien.

Pedro: *(Incorporándose)*. Pensé que me odiabas.

Luis: ¿Por qué?

Pedro: No sé. Te fuiste enfadado hace un rato.

Luis: No me has visto enfadado.

Pedro: ¿Conoces a Lili?

Luis: No.

Pedro: Ella me dijo que te conocía.

Luis: Mucha gente me conoce, soy famoso por aquí.

Pedro: ¿Famoso por qué?

Luis: Porque sí, por mi pinta, porque no me ando con tonterías, soy serio y cumplo.

Pedro: ¿Años?

Luis: *(Mostrando un puñal)*. Soy famoso por mi puñal.

Pedro: Lili cree que soy su padre.

Luis: ¿Y a mí qué?

Pedro: Pero no lo soy.

Luis: Bueno mejor para ella.

Pedro: Aunque le di mi apellido.

Luis: ¿Por qué?

Pedro: Porque nadie puede... En ese entonces había que mantener en secreto quién era el padre de Lili.

Luis: ¿Alguien famoso?
Pedro: Famoso como tú.
Luis: ¿Y por qué no le dices la verdad?
Pedro: Sí, eso voy a hacer.
Luis: ¿Entonces qué, nos vamos de fiesta?
Pedro: ¿Y cómo son tus tarifas?
Luis: Depende.
Pedro: Por ejemplo, por el dinero que te di hace un rato, ¿qué me darías por eso?
Luis: Una patada en el culo.
Pedro: (*Riendo*). ¿Y cuánto cobras por una puñalada?
Luis: ¿Puñalada por el culo?
Pedro: No, puñalada en el corazón. Directa y mortal. ¿Cuánto cobras por esa?
Luis: Ya te dije que yo soy un tipo serio. No digas tonterías.
Pedro: En serio, ¿cuánto me cobras por atravesarme con tu puñal?
Luis: Yo no hago eso.
Pedro: ¿Entonces para qué te sirve el puñal?
Luis: Para defenderme.
Pedro: Bueno, pues entonces haz de cuenta que te estoy atacando y me atraviesas con el puñal.
Luis: Pero no lo estás haciendo. (*Pedro lo empuja con todas sus fuerzas y Luis cae*). ¡Quieto!
Pedro: Dale. En el corazón. Hazlo.
Luis: (*Poniéndose de pie*). Estás loco. ¿Nos vamos de fiesta o me voy?
Pedro: Si no me vas a atravesar con tu puñal, ándate.
Luis: Vamos, la pasas bien y dejas de decir tonterías.
Pedro: Mi billetera está llena de dinero. Rebosante. Además, están mis tarjetas de crédito con las claves anotadas. Dale, atrévete a apuñalarme y te quedas con todo.
Luis: Me estoy aburriendo. (*Pedro lo empuja de nuevo y Luis*

vuelve a caer, pero se para de inmediato y encuella a Pedro con el brazo izquierdo mientras con la mano derecha le pone el puñal a la altura del corazón). ¿Esto es lo que quieres?

Pedro: Dale sin miedo.

Luis: ¿Directo al corazón?

Pedro: Sí.

Luis: Primero cierra los ojos.

(Pedro los cierra. Pausa. Luis, con un movimiento rápido, le saca la billetera del pantalón, lo empuja, Pedro cae, y Luis sale corriendo. Pedro se va a parar rápidamente para perseguirlo, pero inmediatamente se da cuenta que es inútil, ya Luis va muy lejos. Se limpia la ropa un poco y se acuesta en la banca boca arriba. Cierra los ojos).

Buenos Aires, diciembre de 2007





**La Sierra Nevada
de Eliseo Reclus**

La Sierra Nevada de Eliseo Reclus

Estrenada por Cualquiera Producciones el 24 de septiembre de 2009, en el Teatro Jorge Isaacs, Cali, bajo la dirección del autor.

Elenco

Luis Ariel Martínez

John Alex Castillo

Wendy Betancourt

Jaime Andrés Castaño Valencia

Obra escrita con el apoyo de:



A bordo de "El narciso"

Vos sos Eliseo Reclus y tenés 25 años y viajás a bordo de un barco de 24 toneladas llamado "El narciso" (aunque decirle barco a este cascarón herrumbrado es descabellado), y tenés los pies contra el borde de la boca de la escotilla, la espalda apoyada contra el bordaje y el brazo alrededor de un cable, tratando de formar un solo cuerpo, por así decirlo, con la embarcación, intentando permanecer inmóvil como un tronco amarrado en el puente. Venís de Aspinwall-Colón, en Panamá, y te dirigís a Cartagena, ciudad que antiguamente recibía con orgullo el nombre de "Reina de las Indias" y que ahora, en 1855, se encuentra en la ruina y no amerita el antiguo apelativo ilustre, pues ya ni es reina, ni de real tiene nada y ni siquiera los dientes con que espantaba a ingleses y piratas –y decir ingleses y piratas en algunas partes del Caribe era decir lo mismo–, ni siquiera aquellos cañones orondos que amenazaban al tibio mar, desde sus nichos en las murallas, existen hoy, pues fueron vendidos a un industrial yanqui por la aparatosa suma de ciento veinte mil pesos, y te dirigís a la ciudad amurallada no para quedarte allí, te dirigís a la ciudad heroica no para habitarla sino porque es paso obligado hacia tu destino, hacia la montaña que te llama en la distancia, hacia la Sierra Nevada de Santa Marta, cuya primera noticia te la dio Humboldt –la lectura de Humboldt– y entonces quedaste prendado de aquella prominencia lejana donde es posible encontrar todos los climas de la tierra, basta con subir y bajar por sus laderas, desde el mar tropical hasta las nieves perpetuas, allí –estás seguro de aquello– allí es posible realizar aquel primer proyecto de tu vida, aquel primer gran proyecto que habrá de inflarte el pecho de emoción, no solo de orgullo sino de felicidad, porque tu colonia agrícola en la Sierra será tu modesta pero firme contribución al único futuro posible de la humanidad, aquel que no esperarás ver en vida y que quizá tampoco será visto por tus hijos, aquel futuro de claridad y esperanza en el que de seguro habitarán tus nietos: la República Socialista Mundial.

Cerrarás los ojos, complacido, sonriente, viendo ya las terrazas atestadas de cultivos, de cacao, café, yuca y plátano, cerrarás los ojos y dejarás que el aliento cálido del Caribe te cruce el rostro, pensarás ya en los detalles, ¿cómo intercalar las plantaciones para lograr el mayor rendimiento de la tierra?, ¿cuántas familias serán necesarias para acompañarte en tu colonia?, ¿cómo habrá de educarse a los hijos de aquella hermandad de hombres libres? Cerrarás los ojos y comprenderás la magnitud de aquella sierra nevada, la complejidad geológica de aquella montaña, la imponentia de aquel macizo terráqueo, y te felicitarás por haberla escogido como tu destino, no podía ser modesto el lugar de tu aventura, no podía ser moderada la naturaleza a conquistar, porque el futuro que amerita la humanidad solo se logrará a través de esfuerzos descomunales, porque solo dando batallas ciclópeas habrá de entrar el hombre al olimpo de la hermandad universal, y porque PARA UN ESTADO SOCIAL NUEVO ES NECESARIO UN CONTINENTE VIRGEN.

137

Quizá sí, pero la pregunta es, Eliseo, ¿vas acaso hacia un continente virgen? Y otra pregunta es, ¿cambiarás de opinión dentro de dos años, cuando todo se desmorone y estés al borde de la muerte?, ¿habrá algo en la amargura de los acontecimientos que te haga pensar de nuevo la noción de que PARA UN ESTADO SOCIAL NUEVO ES NECESARIO UN CONTINENTE VIRGEN?, ¿o estarás aún más convencido de aquello y seguirás el curso que te ha llevado en tu juventud a irte a lugares cada vez menos desarrollados y quizá por eso más vírgenes? Porque después de tu exilio voluntario en Londres, después de haber abandonado tu Francia natal, decidiste también partir hacia Irlanda, confín de Europa, rincón nebuloso de la cultura occidental, y de allí a Luisiana, para ser testigo de excepción de la barbarie esclavista, del imperio del capital que todo lo infiltra, y de allí, finalmente, tras una escala fugaz en Panamá, en la inmundicia de Aspinwall-Colón y sus pantanos putrefactos, hacia la

costa caribe de la Nueva Granada, donde habrá de resplandecer, gracias a vos –porque vos habrás de encenderlo–, donde habrá de brillar con fuego inextinguible el primer destello en aquellas soledades, del futuro de la humanidad, del futuro de hermandad y libertad que llegará con la República Socialista Mundial.

Y ahora abris los ojos y ¿qué ves? Abrís los ojos, Reclus, ¿y qué ves? Ves al fondo la vegetación baja y confusa de una de las tantas y pintorescas islas del Archipiélago de las Mulatas –como si a la superficie del mar le hubiese salido un hongo verde y desigual– y más acá, ya en la cubierta de “El narciso”, ves al grumete perezoso, contraído en una posición inverosímil, durmiendo sin sobresaltos; saltándolo, yendo y viniendo ágilmente, el marinero se ocupa de hacer navegar aquella embarcación, aquella morralla marina; atrás, el capitán ocupa su lugar, con un ojo fijo en el agua, en la proa, en las velas, y el otro fijo en vos, investigándote con saña, cosa que te parece más pintoresca que peligrosa; y por encima de todos, más allá del encono y la desidia, ves al propietario del barco, quien responde indiferentemente a los nombres de Don Jorge, Juan o Juan Jacobo, UN NEGRO HERCÚLEO DE FISONOMÍA LLENA Y PLACENTERA, DE UNA DULZURA INEFABLE; FLOTA DE OLA EN OLA, DE TIERRA EN TIERRA COMO UN ALCIÓN, HABLA IGUALMENTE MAL TODOS LOS PATUÁS DE LOS PUEBLOS ESTABLECIDOS ALREDEDOR DEL MAR CARIBE, y entonces cerrás los ojos de nuevo y quisieras ya, sin más demoras, estar entrando en la Ciudad Amurallada, con tu mirada azul y tu barba juvenil.

Cartagena de Indias

Vos sos Eliseo Reclus y tenés 25 años y vas parado sobre la cubierta de "El narciso" cuando dobla la punta oriental de Tierra Bomba, sobre la cual se hallan las cabañas de Loro, habitadas únicamente por leprosos, y mirás el paisaje con avidez y tratás de engullirlo todo con la mirada y desde ya establecés conjeturas, imaginás paralelos, pensás cómo describir esta exuberancia tropical a tu querido hermano Elías, buscás cómo explicar la emoción que te agita. Llevás dos semanas de navegación desde que saliste del puerto panameño y ahora aparece allí Cartagena de Indias, magníficamente sentada en las islas, que por un lado miran a alta mar y por el otro al conjunto de las lagunas interiores que forman el puerto, y tu sonrisa encara al continente y ya te ves como una pieza importante de esa comunidad de hombres que habitan estas costas, y parpadeás, pasás saliva y observás atento dos grandes iglesias cuyas naves y campanarios son mucho más elevados que el resto de la ciudad, y se miran una a otra, como dos leones echados, y la larga línea de murallas se extiende, hasta perderse de vista, alrededor del puerto y sobre las riberas del mar.

139

Has llegado, Eliseo. Has llegado y de cerca la escena cambia.

LAS PLANTAS PARÁSITAS CUBREN LAS MURALLAS, ALGUNOS RESTOS DE EMBARCACIONES SE PUDREN EN LA PLAYA DEL PUERTO EN EL CUAL FLOTA UNA QUE OTRA GOLETA; A TRAVÉS DE LOS GRANDES EDIFICIOS, CUYOS TECHOS SE HAN DESFONDADO, SE ALCANZAN A VER LAS NUBES O EL AZUL DEL CIELO.

Te parece que el conjunto de esta ciudad medio arruinada forma un cuadro admirable y doloroso a la vez y no podés menos que experimentar un sentimiento profundo de abatimiento al contemplar esos tristes restos de un esplendor pasado. Y después de bajar de la cubierta a la lancha,

tras algunos golpes de remo del capitán, llegan a la muralla y descendés a tierra firme y entrás –triumfalmente quisieras pensarlo– a la ciudad, por una poterna abierta en la roca misma, y te disponés a aspirar, con toda la potencia de tus 25 años, la primera inhalación de aire en el continente cuando la escena que se desarrolla frente a vos te congela el aliento. Allí, en frente tuyo, a algunos metros nada más, en una plaza rodeada de casas ennegrecidas y de elevadas arcadas, dos hombres de cabellos lisos, de mirada feroz, de tez de color indeciso, se agarran de los jirones de sus vestiduras, vociferando con sus machetes desenvainados, los metales brillando bajo el sol del mediodía, en alto, ominosos y rotundos, los duelistas procuran abrir con ellos la carne de su adversario, se lanzan sablazos con alevosía, rodeados por una multitud ebria y sucia en la que algunos gritan con furor: “¡Mátalo! ¡Mátalo!”. El escándalo de las hojas al chocarse te destempla los dientes y te hace contraer los músculos faciales en un rictus de espanto. Tu corazón, tras una pausa inicial, ahora cabalga desbocado, y no entendés nada y lo único que podés hacer es quedarte allí, con tu espalda contra el muro, mientras ves pasar ese torbellino de hombres que forcejea, por encima del cual se levantan sucesivamente las hojas refulgentes de los aceros, y desear que en su tránsito atronador la turba no te arrastre, y aunque quisieras cerrar los ojos no lo hacés –por prudencia y miedo, sí, por algo del espíritu científico y de observación que siempre te ha animado, también, pero además hay otra razón, una más profunda e incontestable: porque nunca has visto un asesinato y eso hechiza (desde tiempos de Caín diría tu padre, el pastor)– y mantenés los ojos bien abiertos esperando el golpe final que nunca llega, y cuando la multitud se dispersa y tu voz, como llegada de un largo viaje, logra preguntar el motivo de la riña, te responden: “¡son las fiestas!”.

Te dirigís como mejor podés a la Fonda de Calamar, donde habrás de pernoctar, dejás tu equipaje, evitás ser descortés con los otros huéspedes, ALEMANES QUE HABLAN TODAS LAS LENGUAS, conversás con ellos

lo justo, te dan indicaciones, recomendaciones, advertencias, consejos y demás, te hablan del poblado de indígenas llamado Turbaco y del volcán de ceno, del que ya has tenido noticia por Humboldt, y tan pronto ves la oportunidad, escapás. Querés explorar el Cerro de la Popa, que domina la ciudad al Este, como el guardián de su sueño, como el centinela de esta ciudad dormida, ¡AY, DUERME TANTO!, y hacia allá te encaminás, sin instrucciones, confiás en tu sentido de orientación, no es grande la ciudad y la entrada en el barco te ha permitido una panorámica bastante completa, vas dando trancadas, todavía no es tarde pero restan solo un par de horas de sol y, así no te lo admitás, el espectáculo grotesco al que involuntariamente has asistido al mediodía te ha atemorizado un poco, así sea solo un poco, y no quisieras hacer el camino de vuelta en la oscuridad de la noche. Así que caminás, Reclus, dando pasos largos, te abrís paso a través de los grupos de indios, mestizos y negros estacionados frente a las tiendas en honor de las fiestas, seguís a una recua de mulas de monturas vacías y gualdrapas rojas, avanzás a doble marcha y en pocos minutos estás en la cima, por arriba de torres, murallas y terraplenes, lo observás todo y podés imaginar, a lo lejos, el día en que el comercio le haya devuelto el resplandor ilustre a la ciudad durmiente.

141

ES SEGURO QUE LA ANTIGUA REINA DE LAS INDIAS SE LEVANTARÁ DE SUS RUINAS PORQUE SU POSICIÓN GEOGRÁFICA ES ADMIRABLE.

Ya es de noche cuando entrás a la plaza mayor donde el edificio de la gobernación brilla iluminado. Sobre un estrado unos músicos, con una alegría feroz, hacen sonar diversos instrumentos; la plaza entera ha sido convertida en un vasto salón de danza y de juego, rebosante de seres que se mueven al ritmo de la música, en el aire el aroma del aguardiente lo impregna todo, los cuerpos pasan alrededor tuyo y te tropiezan, algunos ríen, otros se insultan, más allá cantan, y mirás a tu alrededor y no podés ver otra cosa que las caras sudorosas de los fiesteros, y te comienza a

faltar el aire, Reclus, no sabés en qué momento te metiste tan adentro de esa horda y por más que quisieras salir de allí no sabrías cómo hacerlo; te rodea un tumulto humano, das un brinco para inhalar por encima de las cabezas, con la intención de respirar algo que no sea esa cálida y húmeda emanación que no soportás. Aguantás la respiración y ves pasar, bajo las luces titilantes, ESOS CUERPOS JADEANTES Y ECHADOS HACIA ATRÁS, ESAS FIGURAS NEGRAS, AMARILLAS O PINTORRETEADAS, TODAS SACUDIENDO SOBRE SUS FRENTES LOS DESORDENADOS CABELLOS, TODAS ANIMADAS CON MIRADAS CENTELLANTES Y FIJAS EN UNA DANZA ENDEMONIADA, UNA ALGAZARA INFERNAL, y sentís terror, un terror profundo y total que te transforma en una fuerza imbatible, y arrancás en una carrera imparabile, llevándote a tu paso al que se atraviere, y corrés sin parar, corrés para despojarte de ese vaho caliente que se te ha adherido, corrés para no dejarte alcanzar por el efluvio etílico de la plaza y no te detenés hasta estar de pie sobre las murallas solitarias, y entonces te sentás sobre la roca fría, agitado, observás fugazmente los reflejos sobre el agua y dejás que el peso de tu cabeza repose en tus manos, tus codos en las rodillas y tus pies firmes en el suelo.

Zamba Simonguama

Vos, Eliseo Reclus, tenés 25 años y has dejado a tu familia en Francia para venir a América a buscar el destino que te espera en la monumental Sierra Nevada de Santa Marta. Repasás los pormenores de tu viaje y te maravilla lo exento de contratiempos que ha estado, no has tenido ningún accidente, no has perdido ninguna de tus pertenencias, has tomado nota atenta de los lugares por los que has pasado, de las gentes que has visto, te has dado una primera impresión de este pueblo al que Bolívar dio la libertad, y este conocimiento inicial, lo suponés, te ayudará para ir elaborando poco a poco los pormenores de tu empresa de explotación agrícola. Ya has partido de Barranquilla –penúltima escala antes de llegar a Santa Marta– donde pudiste observar de primera mano cómo el progreso transforma aquella ciudad a un ritmo vertiginoso, PROGRESO QUE SOLO PUEDE COMPARARSE A LOS DE UNA CIUDAD DE ESTADOS UNIDOS. Te alegra el alma saber que el desarrollo no ha olvidado estas costas y que el abandono y la desidia que has encontrado en Cartagena y Sabanilla – donde pernoctaste en casa del señor Hasselbrinck, cónsul prusiano– no es regla general, y que el lejano gobierno bogotano está entendiendo que la prosperidad viene de la mano de una política de inmigración activa, que atrayendo parte de ese flujo migratorio, que trae a los hijos de Europa hacia la América Meridional, entrará la civilización europea para hermanarse con el crisol cultural neogranadino y así convertir a esta nación en la potencia que, por pura lógica geográfica, está destinada a ser.

143

Estás sentado a la sombra de un manzanillo, a orillas de Caño Clarín, tratando de pensar en tu viaje, en tus proyectos, estás tratando de realizar el ejercicio diario de narrar mentalmente tu vida para tu hermano Elías, pero el entorno no te deja concentrar. Mirás a los tres hombres que hacen siesta a tu lado, aquellos hombres que te conducen en un bongo hacia Pueblo Viejo. Duermen y los observás detenidamente, temeroso, te inquietan sus

fisonomías, recelás la noche que tendrás que pasar con ellos, los mirás con tanta intensidad que por un momento pensás que despertarán ante la insistencia de tu mirada. El patrón del bongo es un viejo negro DE CARA ARRUGADA, OJOS PEQUEÑOS E IRÓNICOS, BOCA CONTRAÍDA POR UNA FALSA SONRISA; DURANTE TODA LA MAÑANA NO HA DEJADO DE MIRARME CON AIRE TRIUNFANTE COMO UN AVE DE PRESA QUE TIENE ENTRE SUS GARRAS UN ABADEJO. Te preguntás el porqué de su mirada, quisieras tener certeza sobre el grado de peligrosidad de los tripulantes del bongo. El mayor de los remeros TIENE EL CUTIS DE COLOR AZUL GRIS, INDICANTE DE UNA MEZCLA CONFUSA DE DIVERSAS RAZAS; SU FRENTE Y SUS MEJILLAS ESTÁN MARCADAS CON GRANDES CICATRICES GUARNECIDAS DE BLANCO, PRODUCIDAS, SIN DUDA, POR MACHETAZOS RECIBIDOS EN ALGUNAS RIÑAS. Te horroriza pensar en la manera cómo el acero entra en la carne dividiéndola sin esfuerzo, haciendo brotar desordenadamente la sangre. Cerrás los ojos, Reclus, respirás hondo y mirás al tercer hombre, un INDIO JOVEN DE TALLA PEQUEÑA Y RECHONCHA, DE PIERNAS MUSCULOSAS, DE COLOR ROJO, DE CARA MOFLETUDA; PARECE MENOS TEMIBLE QUE LOS OTROS, PUES AÚN EN LA MIRADA TIENE CIERTA EXPRESIÓN DE DULZURA. Y entonces fraguás tu estrategia: lo volverás amigo tuyo. La lucha de uno contra tres es desigual e injusta, pero dos contra dos es otra cosa, dos contra dos podrías aceptar. Entonces te ponés de pie, te sentás a su lado y lo despertás con un par de palmaditas amistosas en el hombro. Él abre los ojos, ligeramente aturdido, busca el sol para saber qué hora es y, antes de que podás dirigirle la palabra, despierta a sus acompañantes y todos –incluyéndote por supuesto– van a subirse al bongo.

Vos te sentás atrás, cerca de él y en cuanto se separan de la orilla comenzás a hablarle. Inicialmente le preguntás dos o tres cosas, nada importante, información menuda sobre la zona por la que se mueven, él se sorprende de que le dirijás la palabra, pero, al tiempo, podés notarlo, se infla un poco,

halagado de que lo hayás escogido a él como interlocutor y no a los otros dos. Te responde con voz firme lo preguntado. Lo interrogás sobre su vida, y sin pudor, pero sin arrogancia ni amenaza, te dice que sufrió dos años de trabajos forzosos en el presidio de Cartagena. Ante esta información, te echás para atrás, él calla. ¿Qué hiciste, Reclus? ¿Evaluaste mal tu hombre? ¿Hubiera sido mejor amistarle con alguno de los otros dos? Volteás a verlos y una sola mirada te indica que en tu situación no tenés derecho a hacerte el exquisito, así que respirás hondo y retomás la conversación. Comenzás a DARLE NOTICIAS DE LOS EUROPEOS Y LOS YANQUIS, DE LAS GRANDES CIUDADES, DE LOS COCHES QUE MARCHAN SOLOS SOBRE LISTONES DE FIERRO, DE HILOS DE COBRE QUE CONVERSAN COMO LOS HOMBRES Y SE HACEN OÍR A CIEN LEGUAS DE DISTANCIA, notás cómo escucha con la boca abierta y respetuosa admiración, te sentís cómodo y decidís informarle sobre tus planes agrícolas en la Sierra. Él, al escucharte nombrar la Sierra, deja de remar súbitamente y te dice emocionado que allí habita, que esa es su tierra, que su nombre es ZAMBA SIMONGUAMA –sí, Zamba Simonguama– y que cuando estés en Bonda –poblado en las estribaciones de la montaña–, serás su huésped. Con un abrazo sellás tu amistad y te felicitás por tu elección, sos buen fisonomista, Reclus. Los otros dos remeros te miran con rencor, como si al haberte amestado con Zamba les hubieras hecho un desplante a ellos. Pensás si hay algo que podás hacer para remediar la situación, pero comprendés que cualquier intento de aproximación sería no solo inútil, sino que tampoco merece el esfuerzo. Ya has logrado tu cometido y esta noche podrás estar un poco más tranquilo –aunque quizá no lo suficiente para dormir a pierna suelta–, ya sabés que tendrás a alguien más de tu lado, alguien más que vigile tus baúles, y que te ayude a llegar en una sola pieza hasta Pueblo Viejo.

El camino a Gaira

Vos, Eliseo Reclus, de 25 años, ciudadano francés, autoproclamado anarquista desde hace 4 años –en un tiempo en que el anarquismo no se ha desligado todavía del seno del socialismo–, geógrafo por vocación y formación –has estudiado con Carl Ritter en Berlín–, ateo –en tránsito de perder los últimos despojos de la dogmática educación religiosa que recibiste de tu padre, el pastor Jacques Reclus–, te despedís de Zamba con la promesa de ir a Bonda, te bajás del bongo y mirás a tu alrededor a las cabañas de Pueblo Viejo; es día de mercado, los pescadores gritan ofreciendo sus productos, superponiendo sus voces en una algarabía que no deja de tener cierta musicalidad, estás a solo cuarenta kilómetros de Santa Marta y quisieras llegar cuanto antes. Para ir por mar, te tocaría esperar algunos días y tu impaciencia no te lo permitirá, así que contratás un guía –Pablo Fonseca– y una mula, y te lanzás a recorrer la distancia que te separa de aquella ciudad que ya ves como tu primera sede en la Nueva Granada.

146

En compañía de Fonseca y la mula, atravesás en quince minutos un bosque de árboles y llegás a la población de Pueblo Nuevo de la Ciénaga, villa de un verdor refrescante.

LAS CALLES, ANCHAS Y RECTAS, ESTÁN BASTANTE ANIMADAS; LAS CASAS BLANQUEADAS CON CAL ESTÁN CUBIERTAS CASI TODAS DE TEJAS; A TRAVÉS DE LAS PUERTAS ENTREABIERTAS DE LOS HUERTOS SE DISTINGUEN ARBUSTOS EN FLOR; POR TODAS PARTES HAY NUEVAS CONSTRUCCIONES, TESTIMONIOS DE SUS PROGRESOS MATERIALES.

Sonreís. Los pensamientos dulces que te inspira la vista de este atractivo poblado y la proximidad de la Sierra te acompañan mientras hacés lo siguiente, Reclus.

Reclus, hacés lo siguiente: atravesás un torrente cuyas fértiles riberas están plantadas de platanales, seguís la costa por un promontorio de arena formado por las olas, y, dejando a la derecha, en medio de árboles, el ingenio de vapor del genovés Andreys –único habitante extranjero de la Ciénaga– llegás a la orilla del río Toribio, UNO DE LOS TORRENTES MÁS IMPETUOSOS DE LA VERTIENTE OCCIDENTAL DE LA SIERRA NEVADA. Las ruinas de un puente que se llevó una inundación obstruyen aún el lecho del río y querés vadearlo atravesando los rápidos borbollones formados por la corriente en medio de las piedras, pero Pablo te hace desistir de tal idea, arguyendo la presencia de temibles cocodrilos. La mula, ya cargada con tus baúles, recibe entonces sobre su pobre lomo el peso de ustedes dos, y los conduce sin tropezar al escarpado ribazo de la otra orilla del Toribio.

Donde todo cambia, Eliseo, donde el paisaje es otro. Siguen caminando hacia el océano por un camino cada vez más árido hasta que a tu alrededor no hay más que cactus espinosos que no dan sombra. El sol perpendicular cae sobre tu cabeza como una plancha caliente, la respiración se hace cada vez más difícil, pues el aire que entra a tus pulmones parece querer colapsarlos en lugar de inflarlos; tus pies se entierran a cada paso en la arena ardiente y, como un niño, preguntás a Pablo a cada paso: ¿CUÁNDO LLEGAREMOS A GAIRA? “Pronto, ahora mismo”, te responde cada vez. Y así seguís avanzando lentamente, cada vez más lentamente, los dos caminando tras la mula como condenados a muerte; el calor ya no es algo que viene de afuera, te sentís como un horno, encendido en la barriga de otro horno más grande, y soñás que a cada vuelta del camino llegarás a un albergue rodeado de árboles frondosos a orillas de algún arroyo de agua fresca. El sudor cae de tu frente y te nubla la vista, todo parece borroso, difuso, y sin embargo alcanzás a observar cómo, sin mediar palabra y de un salto abrupto, Pablo se sube a la bestia, la espolea, y desaparece trocha abajo, dejándote solo en aquel infierno, sin más rastro que las huellas

del animal para orientarte, y entonces te vence el desánimo y caés de rodillas en la arena, y si no fuera porque en el piso la situación es todavía más intolerable, te quedarías allí, quizá, descansando, o durmiendo, o lanzando maldiciones al aire.

Pero la verdad, Reclus, es que te ponés de pie –no está en tu carácter rendirte con facilidad ni maldecir en vano–, intentás limpiar el sudor que te opaca la visión y te concentrás en el suelo, en las huellas de la acémila, y seguís adelante, sin pensar, los pensamientos huyen de vos como la felicidad se le escapa al condenado, y te sorprendés cuando al cabo de unos minutos el camino desemboca en una playa. La brisa marina entra a tus pulmones con fuerza y te asombra tu capacidad para inhalar tanto aire, revivís. Te sentís mejor, mucho mejor –aunque tu situación no ha cambiado mucho–, seguís las pisadas en la arena y cuando te das cuenta que te conducen de nuevo al interior, la rabia y el desconsuelo se apoderan de vos. Arrancás a correr siguiendo aquellas marcas, pero al cabo de un par de zancadas lo pensás mejor y regularizás tu marcha, estás ahora en una zona de llanos salinos y pantanos.

148

AVANZO CON TRABAJO A TRAVÉS DEL AGUA Y DE LAS ARENAS ABRASADORAS. UNA SED DEVORANTE ME ATORMENTA Y SIENTO LA LENGUA COMO ADHERIDA AL PALADAR; ME PARECE QUE MI CEREBRO ESTÁ EN EBULLICIÓN; TEMBLORES CONVULSIVOS RECORREN TODO MI CUERPO, TENGO LA PIEL SECA, LOS PUÑOS CERRADOS Y AGARROTADOS Y LOS OJOS FIJOS; POR MOMENTOS EXPERIMENTO FRÍO, Y TEMO POR INSTANTES QUE EL SOL ME DERRIBE CON UN ÚLTIMO RAYO.

Eliseo: Vine a trabajar.

Rsm: ¿Sí?

Eliseo: Sí, vine a trabajar.

Rsm: Por un mañana mejor.
Eliseo: Sí, por un mañana mejor.
Rsm: ¿Para ti?
Eliseo: Y para todos.
Rsm: ¿Todos siendo quiénes?
Eliseo: Tú, yo, mi hermano Elías, todos.
Rsm: ¿Sabes quién soy?
Eliseo: Eres la República Socialista Mundial.
Rsm: Sí.
Eliseo: Eres el futuro.
Rsm: No.
Eliseo: Sí lo eres.
Rsm: No, no lo soy.

No sabés cómo ni dónde has llegado, pero permanecerás más de una hora tendido en una estera, aturdido, tonto, viendo danzar objetos de formas extravagantes delante de vos pero sentís, como en un sueño, que una mano femenil te acaricia con dulzura. Cuando volvés de tu aturdimiento, una muchacha indígena está delante de vos y te presenta un cuenco lleno de una bebida fortificante.

QUÉ JOVEN MÁS BELLA; SUS NEGROS OJOS BRILLAN CON TIERNA PIEDAD; SU ENCENDIDO ROSTRO, RODEADO DE LARGOS CABELLOS FLOTANTES, ME PARECE QUE ESTÁ RESPLANDECIENTE DE LUZ; CREO QUE TENGO DELANTE UN GENIO BIENHECHOR; y hasta pensás si no harías bien en terminar tu aventura y construir una cabaña aquí, a orillas del riachuelo de Gaira. ¿DEBE RECORRERSE EL MUNDO COMO UN INSENSATO, CUANDO PUEDE ENCONTRARSE LA DICHA EN UNA CHOZA DE RAMAS, A LA SOMBRA DE UNA PALMERA?

Resistís, sin embargo, a tu voz interior, a la voz que te invita a quedarte,

llamás al guía –a Pablo Fonseca, quien te ha gastado la broma de irse adelante en la mula abandonándote temporalmente– y lo seguís a través de la selva. Una hora después llegás a Santa Marta.

EN EL MOMENTO EN QUE UN CAÑONAZO ANUNCIA LA ENTRADA DE UN BUQUE EN EL PUERTO.

Santa Marta finalmente

Vos, Eliseo Reclus, todavía tenés 25 años cuando pisás Santa Marta por primera vez, ¿y sabés qué? Pensás que has llegado al paraíso. De verdad, Reclus, pensás que has llegado a una especie de jardín del edén. Allí surge el primer inconveniente serio en tus planes de fundar una colonia agrícola, ahí aparece el primer contratiempo en la prisa que llevás por subir a la Sierra (para armar una comunidad modelo de producción, de cohabitación y de gobierno). Este primer contratiempo se debe a la voluptuosidad del trópico, al deleite de la naturaleza tropical. Llegás e inmediatamente el afán por construir algo tuyo, algo significativo, algo que sea tu primer proyecto de vida, algo que contribuya a llevar el mundo más cerca de la hermandad universal de hombres libres que anhelas, se comienza a erosionar por la dulzura y la facilidad de la vida entre los samarios, por la bondad de los amaneceres bajo el sol del Caribe, rociados de una brisa de aromas frutales, por el placer decisivo de aquello que llamás el *far niente*, el hacer nada, el ocio ni siquiera contemplativo, el dejar que la vida siga su marcha sobre nuestro ser sin oponer resistencia.

151

¿CÓMO SE PUEDE VITUPERAR A ESAS POBLACIONES QUE SE ABANDONAN AL GOZO FÍSICO DE VIVIR CUANDO TODO LAS INVITA A ELLO? EL HAMBRE Y EL FRÍO NO LAS ATORMENTAN JAMÁS; LA PERSPECTIVA DE LA MISERIA NO SE PRESENTA ANTE SU ESPÍRITU; LA IMPLACABLE INDUSTRIA NO LAS ESPOLEA CON SU AGUIJÓN DE BRONCE. AQUELLOS CUYAS NECESIDADES TODAS SON SATISFECHAS INMEDIATAMENTE POR LA BENÉFICA NATURALEZA EVITAN CONTRARIARLA CON EL TRABAJO Y GOZAN PEREZOSAMENTE DE SUS BENEFICIOS; SON AÚN LOS HIJOS DE LA TIERRA, Y SU VIDA SE PASA EN PAZ COMO LA DE LOS GRANDES ÁRBOLES Y LA DE LAS FLORES.

Te digo una cosa, Reclus: escribirás un libro sobre tu experiencia en la

Nueva Granada, dentro de unos años, dentro de cinco años exactamente, para eso tomás notas ahora. Y estas palabras que venís de decir están escritas allí, en ese libro, y con ellas ironizás al mismo tiempo que justificás la actitud perezosa de los samarios (pero también la tuya propia pues aquí, en Santa Marta, desplazás tus planes de colonización de la montaña del primer lugar de tus prioridades, los abandonás temporalmente y te dedicás a disfrutar sin prisa de todo aquello que te traigan las circunstancias); y así, el capítulo de tu arribo a esta ciudad se convierte en un capítulo definitivo porque el joven industrial, soñador, activo y diligente que ha narrado tus pasos hasta aquí se tropieza con una versión bastante más relajada de sí mismo. Una versión de vos, Reclus, que, antes de caer en el marasmo de la inactividad tropical, logra descubrir a la pereza como rasgo predominante de la sociedad del lugar, y entonces la describís con cierto énfasis. Tu traductor al castellano, colombiano contemporáneo tuyo, Gregorio Obregón, se indigna, quizá porque considera tu descripción equivocada, quizá porque se siente herido en su amor patrio, y en cualquier caso refuta tus conclusiones diciendo: "No obstante el respeto que por su gran ilustración, sus vastos talentos y la imparcialidad de sus juicios nos inspira el autor, nos tomaremos la libertad de aclarar, unas veces, y de rectificar, otras, algunos conceptos formados indudablemente bajo las primeras impresiones o por informes erróneos o exagerados. No dudamos que él observara frecuentemente que los habitantes de Santa Marta estaban ociosos; pero esto dependía de la carencia de trabajo, pues generalmente los hijos de aquella ciudad no son perezosos, y de esto dan pruebas trasladándose a otros países de la República, y aun de los Estados Unidos y Europa, en busca de ocupación cuando tienen medios de hacerlo".

¿Por qué esta aparente digresión del relato? Nuestra, quiero decir. No del traductor sino nuestra. ¿Por qué es importante, Eliseo, incluir esta nota sobre la pereza? Por lo siguiente: vos has venido a la Nueva Granada con un propósito claro, y tus convicciones de vida, que en tu cotidianidad se

traducen en reglas claras obedecidas con el mismo celo religioso con que fuiste criado, sufren en Santa Marta su primer tropiezo. Vos, Reclus, has venido convencido de la necesidad de formar un estado social nuevo y pensás que esto solo será posible en un lugar descontaminado de prácticas sociales corruptas, EN UN CONTINENTE VIRGEN. (Sí, Eliseo, aunque ya deberías saber que este no es un continente virgen.) Esta colonia tuya estará situada en un rincón remoto y habrá de ser, en tus ojos, una punta de lanza para iniciativas similares en la región, el país y el mundo. Estás al tanto de experiencias similares en Norte América y en otros lugares de América del Sur, has leído los escritos de Fourier, el socialista utópico francés, y, sobre todo, sentís en vos una llama inextinguible que desea, a toda costa, quemar allí donde las ves a la inequidad, la injusticia y la tiranía. Por eso dejaste la plantación de algodón donde trabajabas en Luisiana, porque no soportabas ganar más dinero por menos trabajo que los esclavos, ni podías ver el látigo que castigaba sus espaldas. Por eso no te detuviste ni siquiera 24 horas en Cartagena y Barranquilla, por prisa de llegar cuanto antes a planificar y poner en marcha tu proyecto. La prisa y la energía de tus 25 años te consumen y venís como una locomotora de progreso dispuesta a arrollar con cualquier escollo que surja a tu paso. Llegás dispuesto a cambiarlo todo, pero tu aterrizaje aquí no cambia nada, y en lugar de eso el entorno te comienza a cambiar a vos, y te quedás en esta ciudad sin hacer mucho, disfrutando de sus alrededores más tiempo del necesario.

153

Al final de este viaje, cuando hayás regresado a tu patria natal, habrás cambiado tanto de opinión que repudiarás cualquier intento por establecer una colonia socialista en los extramuros de la civilización, creerás que es una idea necia ir a buscar la selva, el entorno aislado, para fundar una sociedad de hombres libres, nunca más como ahora creerás posible, necesario ni sensato buscar la marginalidad para vivir de acuerdo con las convicciones que nos dicta el espíritu. Pensarás en ello no como algo que

lleva al futuro sino como algo que apunta al pasado, algo reminisciente de la creación de monasterios en la Edad Media.

Pero ahora has llegado a Santa Marta y lo primero que te ciega es la belleza del paisaje, lo primero es el impacto que este rincón del mundo les causa a tus sentidos.

¡CUÁN DULCE ES CONTEMPLAR ESE ADMIRABLE CUADRO! SE MIRA, SE MIRA SIN CESAR, Y NO SE SIENTEN PASAR LAS HORAS. SOBRE TODO, EN LA TARDE, CUANDO EL BORDE INFERIOR DEL SOL EMPIEZA A SUMERGIRSE EN EL MAR Y QUE EL AGUA TRANQUILA VIENE A SUSPIRAR AL PIE DE LA RIBERA, LOS OSCUROS VALLES DE LA SIERRA, LAS ROSADAS NUBES Y LAS LEJANAS CIMAS COMO SALPICADAS DE POLVO DE FUEGO, PRESENTAN UN ESPECTÁCULO TAN BELLO, QUE EL VIAJERO ABSORTO PARECE QUE NO TIENE VIDA SINO PARA VER Y ADMIRAR. LOS QUE HAN TENIDO LA DICHA DE CONTEMPLAR ESTE GRANDIOSO PAISAJE JAMÁS LO OLVIDAN.

El italiano Giustoni

Vos sos Eliseo Reclus, proyecto avanzado de geógrafo y de anarquista, tenés todavía 25 años, aunque ya no estamos en 1855 sino en 1856, llevás dos meses de estadía en la ciudad de Santa Marta, has hecho amigos, te has paseado por los alrededores, has ensayado subir a la Sierra Nevada, pero te has dado cuenta de que no es posible hacerlo desde aquí. (Al intentarlo, sin embargo, pasaste por Bonda, donde te hospedaste con tu amigo, Zamba Simonguama.) La única manera de subir a la montaña es viajar hasta Riohacha y preparar desde allá la expedición. No lo has hecho, sin embargo, porque cada día viene endulzado por un paseo desconocido y un descubrimiento nuevo, cada día llega con otro amanecer de aroma floral y cada noche trae consigo un baile nuevo. Te has rodeado de jóvenes lugareños, cultos e inteligentes que hablan al menos una lengua aparte del español, con ellos discutís sobre diversos temas, filosofía, geografía, botánica y, sobre todo, teoría política. Hablan no tanto sobre la necesidad del socialismo sino sobre su inevitabilidad, el progreso del ser humano demuestra con su historia que el desarrollo material y cultural duradero solo puede surgir de una civilización fundada sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad. Y en este entorno, aquí en Santa Marta, tus ideas no son revolucionarias; más bien son atendidas como razonables, tus amigos comparten más o menos la misma inclinación política que vos y esto te estimula a pensar que la República Socialista Mundial no es una utopía ni es un capricho tuyo, sino que es el destino inevitable del ser humano. Hacia allá fluye seguro el curso de la Historia. Tu amigo, el joven agricultor italiano Andrés Giustoni, quien te enseña sobre los cultivos agrícolas en la zona tórrida, habla de la gran revolución y vos lo contradecís, pues para vos no habrá una única revolución sangrienta que derroque la injusticia, esto sería como esperar un milagro simple y definitivo; para vos lo que existirá será un proceso interrelacionado entre evolución y revolución, una serie de pequeños cambios violentos que irán transformando las sociedades

humanas en estadios progresivamente superiores.

(Así pasan las horas, discutiendo sobre el futuro del mundo mientras la brisa del Caribe, con su mano cálida, les acaricia los rostros.)

Temprano esta mañana, Reclus, con el amanecer, saliste de la habitación que alquilás y como casi todos los días fuiste a las ruinas del Fuerte San Fernando, tu lugar preferido para meditar sobre la vida. Querías reflexionar sobre un negocio que te han propuesto, te han ofrecido un huerto encantador de una hectárea de extensión, ayer lo visitaste, el precio te parece más que justo (de hecho, te parece un precio muy conveniente), lo único que te impide aceptar de inmediato son las cimas azuladas de la Sierra que te llaman a lo lejos, lo único que te impide desembolsar el dinero es tu proyecto agrícola en la montaña. Creés que entretenerte en una iniciativa de menor calado, aquí en Santa Marta, equivaldría a traicionar tu idea inicial. También te gustaría, antes de tomar una decisión, que tu mentor en la agricultura tropical, Andrés Giustoni, visitara el terreno. A vos te parece que es un lote perfectamente conveniente para el cultivo, pero la verdad es que solo él podrá hacer una evaluación experta del mismo.

156

Así que esta mañana saliste de la casa –no fuiste inmediatamente donde el italiano, pues sabés que se levanta tarde– bajaste a la playa, la costeaste hasta la desembocadura del río Manzanares, lo atravesaste y allí encontraste un obstáculo inusual, una pandilla de perros salvajes salió a tu encuentro. Pronto estuviste rodeado por los canes, amenazantes, y cuando el primero se lanzó hacia vos, con las fauces abiertas dispuestas a devorarte, Eliseo, tuviste la buena fortuna de encontrar un madero en la arena y, tomándolo con rapidez, le rompiste la quijada con un solo golpe seco.

FUE UN GOLPE DE TEATRO; LOS MASTINES SE DETUVIERON MOVIENDO LA COLA EN SEÑAL DE AFECTO, Y SE ECHARON A MIS

PIES. EL PERRO DE LA QUIJADA COLGANTE Y ENSANGRENTADA, ME MIRABA CON UNA TERNURA MÁS SERVIL QUE LOS DEMÁS. ESTE CAMBIO REPENTINO EQUIVALIÓ PARA MÍ, LO CONFIESO, A LA LECTURA DE UN LARGO ARTÍCULO DE HISTORIA O DE FILOSOFÍA. ¡CUÁNTOS HOMBRES, CUÁNTOS PUEBLOS SE HAN DOBLEGADO ASÍ BAJO LA MANO QUE LOS GOLPEABA! ¡CUÁNTOS ESCLAVOS NO HAY EN AMÉRICA Y EN OTRAS PARTES, QUE GIMEN BAJO LA OPRESIÓN Y QUE, SIN EMBARGO, AMAN COBARDEMENTE A SUS AMOS, Y CORRESPONDEN CADA ACTO DE TIRANÍA CON UN NUEVO ENVILECIMIENTO!

Ahora hacés el camino de vuelta, Eliseo, bajás del fuerte, con cuidado – las rocas pizarreñas de que se compone la colina son muy delicadas y al pisarlas ceden ante tu peso–, al llegar a la desembocadura del Manzanares buscás, en vano, la tropa de canes a la que te enfrentaste esta mañana; se habrán ido a otro lugar, pensás, quizá a buscar comida, quizá a importunar a alguien más. Marchás con paso firme, costeano la playa, vas decidido a decirle a Giustoni que comprarás el huerto que te ha sido ofrecido. Será para vos un proyecto piloto, allí podrás practicar el cultivo de diferentes productos para luego hacerlo a mayor escala en la Sierra, lo importante es aprender a sembrar de la mano de Giustoni, lo importante es comenzar sin más dilaciones a cultivar, el italiano será tu mayordomo en esta aventura. Sentís tu energía regresar, sentís que el letargo en el que te has sumergido estos dos meses llega a su fin, el antiguo Eliseo está de vuelta, el Eliseo emprendedor e impaciente, el Eliseo que no acepta una negativa y que se bate hasta el fin de sus fuerzas para alcanzar lo que considera conveniente, está de regreso. Silbás de pura alegría –silbás una tonada jubilosa que escuchabas a veces de boca de los esclavos en la plantación– silbás y apurás el paso pues querés levantar a Giustoni de una buena vez para que te acompañe a evaluar el terreno. Su puerta –si es que a aquello se le puede dar ese nombre– permanece siempre abierta así que franqueás

el umbral y en un tono ligeramente impostado decís levantando la voz: ¡SIGNORE ANDREA GIUSTONI! Y entonces lo ves, tendido en su estera con el cráneo roto, entonces lo ves allí con su cabeza abierta a la mañana y todo cambia en un segundo, tu resolución se trunca, ¿qué le pasó a Giustoni?

EN UNA RIÑA QUE SE ORIGINÓ DESPUÉS DE HABER BEBIDO, UN COMPAÑERO DE BOTELLA LE AESTÓ UN TERRIBLE BASTONAZO. ESTA AVENTURA, QUE ME REVELÓ CIERTOS HÁBITOS DE MI PROFESOR, RESFRIÓ MI CELO, Y NO ENCONTRANDO QUIEN PUDIERA SERVIRME DE MAYORDOMO EN LUGAR DE ANDRÉS GIUSTONI, RESOLVÍ NO DIFERIR POR MÁS TIEMPO MI PARTIDA PARA LA CIUDAD DE RIOHACHA.

El círculo francés de Riohacha

Vos sos Eliseo Reclus, ciudadano francés de 26 años, habitante desde hace seis meses de la villa de Riohacha en la Nueva Granada, profesor de francés, inglés y alemán, miembro del círculo galo de la ciudad y de la colonia de extranjeros. Viniste a la Guajira buscando la Sierra Nevada y en su lugar encontraste a un grupo de réprobos de diferentes latitudes que te acogió con entusiasmo, como si hubiera llegado otro fracasado más, otro fugitivo del viejo continente, otro emigrado destinado a enterrarse en este villorrio lejano, y te pidieron noticias de la patria y escuchándote hablar se relamían los bigotes de contentos.

El ingeniero Antonio Rameau te recibió el primer día sentado en la puerta de su casa, en camisa y calzoncillos, en la mitad de un grupo de compatriotas –todos desplegando maneras parisinas que contrastaban vivamente con sus atuendos ligeros y poco protocolarios–, y te presentó a todos los miembros del círculo. Desde ese día, desde hace seis meses, te reunís con ellos todas las noches a beber algo de licor y a escucharlos añorar sin cesar su tierra natal.

159

EL FRANCÉS, SEPARADO DE LA PATRIA POR LAS INMENSAS OLAS DEL MAR, CREE QUE LA ÚNICA CAPITAL DE LA CIVILIZACIÓN ES PARÍS, QUE LA ÚNICA VOZ DEL MUNDO ES LA QUE PARTE DE FRANCIA. EN TODO COMPATRIOTA, CUALQUIERA QUE SEA SU ORIGEN O SU PASADO, VE UN AMIGO, Y EL NOMBRE DE FRANCÉS LE HACE PERDONAR FALTAS Y CRÍMENES.

Y allí estás hoy, Reclus, al otro extremo de la ciudad, en casa de Rameau, como todas las noches, rodeado de esta camarilla de personajes comandados por Don Jaime Chastaing, tu futuro socio en la colonia agrícola de la Sierra Nevada de Santa Marta.

CARPINTERO EBANISTA POR ESTADO, PERO RENTISTA POR NATURALEZA. UN VIEJO SECO Y APERGAMINADO, SIEMPRE CUBIERTO CON UN GORRO DE ALGODÓN QUE DELIBERADAMENTE LE CUBRE HASTA LAS OREJAS. HÁBIL OBRERO, DEJÓ FRANCIA POR INVITACIÓN DE UN CAPITÁN DE BUQUE QUE LE PINTÓ A RIOHACHA COMO EL DORADO; PEREZOSO MÁS ALLÁ DE TODA EXPRESIÓN, ESQUIVA TRABAJAR PARA ENRIQUECERSE Y POCO A POCO HA CAÍDO EN UNA MISERIA RELATIVA. ¡QUÉ AMARGURA CUANDO SE VE OBLIGADO A PERMANECER DOS O TRES DÍAS DELANTE DE SU BANCO PARA GANAR CON QUÉ HACER FRENTE A LAS NECESIDADES DE TODO UN MES!

160

Lo observás contrariar al Capitán Delarrique, joven náufrago contrabandista llegado hace apenas un mes. Observás a Chastaing, la manera como inclina un poco su ridículo gorro de algodón mientras tergiversa algún argumento sacado de un libro filosófico que le prestaste, observás cómo el brillo de sus ojos revive en aquellas pequeñas escaramuzas verbales. Ama llevar la contraria, es lo único fuera de la remembranza de su tierra natal que parece brindarle alegría. A su lado, gordo y lozano, el ingeniero Rameau –que en realidad no es ingeniero sino herrador– bosteza y toma un sorbo de su copa. Llegó a Riohacha hace no pocos años, contratado por una sociedad neogranadina a través de un comerciante de El Havre, para construir un pozo. Rameau no sabía cómo hacerlo y en su intento por lograrlo, arruinó todos los equipos, taladros y demás, y así mismo llevó a la quiebra a los empresarios que lo trajeron.

A PESAR DE HABERSE EVAPORADO SUS SUEÑOS DE GLORIA Y DE FORTUNA, RAMEAU NO SE DESALENTÓ; SE HIZO ARQUITECTO DE LA CATEDRAL DE RIOHACHA, VETERINARIO, HERRERO, ARMERO, CHALÁN, HOTELERO, REPARADOR DE ARCOS Y FLECHAS, FABRICANTE DE ESTRIBOS Y ESPUELAS PARA LOS INDIOS GUAJIROS.

El capitán Delarrique, aquel por quien sentís una antipatía moderada,

alega furioso con Chastaing. Llegó hace muy poco, hace apenas un mes como ya he dicho, pero se ha sentido aquí en el círculo francés como en casa y dada su personalidad es el que más fuerte habla, el que más bebe y el que siempre está buscando camorra. A vos te parece un personaje egoísta y charlatán QUE GUSTA REFERIR CON CIERTA COMPLACENCIA SU VIDA DE LATROCINIO Y PIRATERÍA. INCLUSIVE SE VANAGLORIÓ UN DÍA CON UNA SONRISA DE SATISFACCIÓN, DE HABER SIDO MERCADER DE NEGROS Y DE HABER AYUDADO AL ASESINATO DE LA TRIPULACIÓN DE UN CRUCERO INGLÉS. FACINEROSO ENGREÍDO POR SUS PROEZAS, SE PARECE POR EL EGOÍSMO Y LA INCLINACIÓN AL MAL A UN ROWDY AMERICANO; PERO CUANDO ESTÁ SOBRIO, SU ESPÍRITU, SU INSTRUCCIÓN Y SUS MODALES SIRVEN DE PASAPORTE A SUS VICIOS.

Por último, allá en la sombra, desentendidos de la contienda verbal que presencian, están los hermanos Bernier, MULATOS DE JACMEL, DESTERRADOS A CONSECUENCIA DE UNA SUBLEVACIÓN CONTRA SOULOUQUE. SE DICEN FRANCESES COMO TODOS LOS HAITIANOS, Y CON EL OBJETO DE HACER CONSTAR PERFECTAMENTE BIEN SU ORIGEN, RECUERDAN FRECUENTEMENTE EL NOMBRE DE SU BISABUELO, FRANÇOIS BERNIER, EL CÉLEBRE MÉDICO DEL GRAN MOGOL AKHBAR.

161

Pero vos, Reclus, ¿qué hacés vos allí? ¿Qué diría Elías –tu hermano a quien querés hacer venir– si te viera allí entre aquellos infelices? Una cosa eran tus amigos de Santa Marta, jóvenes deseosos de formarse, de aprender, de comerciar, y otra cosa es este grupo de hombres arruinados que rememoran la patria sin cesar, que repiten siempre las mismas historias, que se engañan mutuamente exagerando líos de su pasado. ¿Qué hacés vos allí, Eliseo? Ves a Chastaing vociferando, pasándose el antebrazo derecho por la comisura de sus labios limpiando una baba casi seca, y

entonces cerrarás los ojos como si te hubieras dormido. Cerrarás los ojos y entenderás que estás perdiendo el tiempo, que no estás haciendo nada de provecho, que la República Socialista Mundial no va a llegar sola y que vos no estás siendo de ayuda, que ni siquiera estás siendo de provecho para tus alumnos, pues son inconstantes y perezosos, que estos seis meses se han pasado como un soplo que no has sentido, y entonces te da rabia. Te enfureces con vos mismo, por haberte dejado llevar por las circunstancias, por no haber sido más enfático y consistente en tu deseo de colonizar la sierra, y abris los ojos dispuesto a despedirte y marcharte, pero, entonces, los ves a todos como a través de un par de binoculares al revés, los ves lejanos y pequeños, y entonces pensás en vos, en tu soberbia, ¿qué te hace mejor que ellos? ¿Por qué sos tan duro en el juicio que les hacés? Así que respirás profundo, cerrarás los ojos de nuevo y te removés un poco en el asiento, todavía faltan algunas horas para que acabe la velada.

La Sierra

Reclus, vos sabés quién sos: tenés 26 años, sos francés de nacimiento y riohachero por elección, llevás más de un año viviendo aquí en la Nueva Granada, has hecho amigos, llevás una vida relativamente cómoda, relativamente sorprendente para lo que se esperaba de vos (un destino quizá más central y menos periférico), no has olvidado tu proyecto en la Sierra, pero la prisa que traías se ha moderado. Tu personalidad ha ido incorporando rasgos de tu nueva patria, tus convicciones políticas parecen intactas pero también han sufrido ligeras transformaciones, por eso hasta ahora no habías hecho un intento serio por comenzar tu empresa agrícola, por eso hasta ahora pasaste (o perdiste) diez meses de tu vida, en Riohacha, dando clases a alumnos pánfilos, hablando gansadas todas las noches en casa del ingeniero Rameau, paseando tu languidez por los alrededores de la ciudad, escribiendo a tu hermano Elías y a tu cuñada Noemí para que vengan a acompañarte en el Nuevo Mundo. Pero esa vida inofensiva no podía durar, Reclus, no podía durar mucho porque el pastor protestante, que muy a tu pesar llevás dentro, te llamó a la acción y al trabajo, te reclamó la indolencia, y entonces un día, sin más y con las energías renovadas por el arrepentimiento, le informaste a Chastaing de tu partida hacia la Sierra para colonizarla. El viejo ebanista estalló de alegría, te pidió que le permitieras acompañarte, asociarse con vos.

163

Y TUVE LA DEBILIDAD DE CONVENIR. PENSÉ SENCILLAMENTE QUE HABÍA DESCUBIERTO AL FIN SU VOCACIÓN A LA AVANZADA EDAD DE SETENTA AÑOS Y QUE TODA SU ADORMECIDA ACTIVIDAD SE HABÍA DESPERTADO SERIAMENTE. TAMPOCO OLVIDÉ QUE IBA A VIVIR EN MEDIO DE LOS INDIOS ARUACOS, LEJOS DE TODA SOCIEDAD CIVILIZADA. ¡CON QUÉ DULZURA, PENSABA, NO RESONARÁ EN MIS OÍDOS LA LENGUA MATERNA, HABLADA POR UN COMPATRIOTA EN MEDIO DE ESA SOLEDAD!

Así que ahora estás en la Sierra, Reclus, al fin en la Sierra. Has llegado, en un viaje de avanzada junto a Luisito, el hijo de Chastaing, al poblado de San Antonio, en el valle de Caracasaca, has venido a seleccionar el terreno que habrás de transformar con tus propias manos, a buscar el lote que habrá de convertirse en polo de progreso para la región, en punta de lanza para la República Socialista Mundial. Estás ya en la Sierra y aunque has llegado indemne, no ha sido fácil subir, no ha sido nada fácil llegar hasta aquí.

Así que te voy a contar, Reclus, el camino que recorriste: antes de partir, tenías dos opciones, viajar con una caravana innumerable de mulas para llevar las provisiones de un mes o llevar una sola bestia cargada de mercaderías para cambiar por víveres con los indígenas. Por supuesto, la opción fue la segunda. Te rehusaste, sin embargo, a llevar aguardiente, una de las mercaderías más compradas por los Aruacos, pues vas en un papel civilizador. Saliste con Luisito, dos perros y el pollino hacia la montaña. Anduvieron primero por la playa, bajo los acantilados, haciendo una especie de gimnasia fatigante pues subían hacia la pared cuando las olas venían y luego bajaban hacia el mar cuando las olas descendían. Así transcurrieron seis largas horas. Tu compañero se acabó la provisión de agua que llevaban y comenzó a gemir penosamente. Con sus lamentos enturbiando tu espíritu siguieron, medio desfallecidos, hasta llegar a la ensenada de la Guásima, donde encontraron un cocotero con dos cocos, su agua les devolvió el ánimo. De allí enfrentaron la laguna de Camarones.

NOS FUE PRECISO SUBIR HASTA EL INTERIOR DE LA LAGUNA Y PASAR A VADO, UN BARRANCO DE ARRECIFES AMARILIENTOS QUE DIVISÁBAMOS VAGAMENTE DENTRO DEL AGUA. NUESTRO PASAJE FUE UN VERDADERO DESASTRE; EL ASNO SE ATOLLÓ, LOS FARDOS SE LARGARON FLOTANDO Y NOSOTROS TUVIMOS QUE ARROJARNOS AL AGUA PARA DETENERLOS. EMPAPADOS, DESPEDAZADOS, CON

LOS PIES HERIDOS POR LAS AGUDAS PUNTAS DE LOS ARRECIFES, LLEGAMOS AL FIN A LA OTRA ORILLA CON NUESTRO DESGRACIADO POLLINO Y NUESTROS DOS PERROS TAN ABATIDOS COMO NOSOTROS. LUISITO HABÍA PERDIDO SUS PISTOLAS Y YO, EL CALZADO.

Llegaron finalmente al rancho Caricari, donde pasaron la noche sin pegar ojo debido a los zancudos, mosquitos, pitos y demás insectos que hacían que dormir fuera algo imposible. Al otro día comenzaron la marcha temprano, doblaron Punta Tapias y una magnífica vista de la Sierra los reconfortó y acompañó un buen trayecto. Llegaron al Río Enea.

EL RÍO MÁS PELIGROSO DE TODA LA PROVINCIA, POR LA RAPIDEZ DE SU CORRIENTE Y, SOBRE TODO, POR LOS ANIMALES QUE LO PUEBLAN, COCODRILOS, TIBURONES Y RAYAS ELÉCTRICAS.

Lo cruzaste tres veces, una con la mula descargada, otra solo para recoger la carga, y la última de regreso con los pesados fardos con mercancías. A cada paso blandías tu machete en el agua, temeroso de los animales que acechaban. El Enea se abría en dos bocas de doscientos metros cada una y en ambas debiste hacer lo mismo. Lo lograron así que, contentos y más tranquilos, cruzaron algunos minutos después un pequeño lago donde UNO DE NUESTROS DOS PERROS FUE REPENTINAMENTE ATRAPADO POR UN COCODRILO, DIO UN DÉBIL GRITO, Y DESAPARECIÓ EN EL AGUA CON SU RAPTOR. Luego, más arroyos, pantanos, lagunas y solo por la noche arribaron a Dibulla, poblado habitado por leprosos. Pasaron la noche en la Cabaña del Pantano, ubicada junto a una cala llamada el "Rincón del mosquito". De nuevo pasaste la noche en blanco. Al otro día, temprano, salieron para atravesar un pantano que parecía interminable. Al borde de las fuerzas lo lograron y subieron la ladera hasta el Rancho del Volador. Siguieron de largo sin detenerse, pues querían evitar a toda costa la tormenta diaria que se desata en la Sierra por las tardes.

Esa noche la pasaron un poco mejor en la Cabaña de Cuesta Basilio y al otro día emprendieron la última jornada –igual de fatigosa, igual de acontecida– hasta lograr la garganta de Caracasaca y el poblado indígena de San Antonio. Allí descansás ahora, allí estarás algunos días y allí cerca encontrarás tu terreno, el lugar de tu futura colonia agrícola.

UN PRADO DE UNAS CINCUENTA HECTÁREAS, SITUADO A MEDIA LEGUA DE SAN ANTONIO, A ORILLAS DEL TORRENTE CHIRUÁ Y DETRÁS DE LA MONTAÑA NANÚ.

Fiebre

Vos sos Eliseo Reclus, sí, pero, ¿acaso sos el mismo que llegó a la Nueva Granada hace casi dos años? Estás próximo a cumplir los 27 y, aunque no lo sepás todavía, no te queda mucho tiempo en este país. Llegaste con un objetivo que ha fracasado de manera rotunda, tu colonia agrícola se ha estrellado contra una naturaleza indómita, contra la estupidez de Chastaing y contra una enfermedad tropical que te tiene al borde de la muerte. Cuando pisaste esta costa colombiana, traías la seguridad de poder construir aquí tu proyecto, te acompañaba la certeza de que este rincón del mundo –su virginidad– no opondría resistencia al cambio que portabas en tus brazos. Cuando llegaste, traías una idea preconcebida de este lugar, no en particular sino en general, traías pensado que aquí no había nada y que todo estaba por hacer, que no habría que perder el tiempo derrumbando viejas estructuras y que tus músculos podrían dedicarse directamente a la construcción de nuevos modelos sociales y productivos. Pero, entonces, llegaste, ¿y qué viste? ¿Qué viste, Reclus?

167

LAS EXPLANADAS Y REGIONES MONTAÑOSAS DE LA NUEVA GRANADA CONTIENEN MILLONES DE HECTÁREAS DE TERRENOS FAVORABLES AL CULTIVO Y DE FÁCIL COLONIZACIÓN; Y A PESAR DEL DESCALABRO QUE YO SUFRÍ, CREO QUE LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA ES UNO DE LOS TERRITORIOS DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA QUE PRESENTA MÁS VENTAJAS PARA LA INMIGRACIÓN LATINA EMPRENDIDA EN GRANDE ESCALA, PORQUE, COMPLETAMENTE SEPARADA DE LOS ANDES Y DEL RESTO DE LA NUEVA GRANADA POR VALLES PROFUNDOS, POR LAGUNAS Y PANTANOS, PARECE FORMADA PARA CONTENER UNA POBLACIÓN DISTINTA, QUE ENCONTRARÁ EN TORNO SUYO TODOS LOS ELEMENTOS DE LA MÁS FLORECIENTE PROSPERIDAD: SALUBRIDAD DEL CLIMA, FERTILIDAD DE LA TIERRA Y FACILIDADES PARA EL COMERCIO.

Pero, Reclus, ese es justamente el punto, ¿es que no viste nada? ¿De fácil colonización decís? Estás agonizante, muriendo lentamente a causa de uno de tantos virus tropicales y la topografía escabrosa que no has podido conquistar. ¿Te parece ahora una cantidad de "hectáreas de terrenos favorables al cultivo y de fácil colonización"? El primitivismo general al que te has visto enfrentado no es un terreno vacío sobre el cual construir un modelo social nuevo, Eliseo, sino una armazón compleja que es preciso desmontar antes de poder hacer otra cosa. Sos, Reclus, de un optimismo desmesurado con respecto al futuro de la Nueva Granada, de un optimismo que parece mentiroso. Tus elogios para esta tierra, para su gente, para el porvenir sin igual que les esperan, contrastan vivamente con lo que has vivido estos dos años, con la cadena de tropiezos y fracasos que te ha ido enlazando, con lo que has sentido y visto. Y allí estamos de vuelta a la pregunta, Eliseo, ¿qué fue lo que viste? ¿Solo viste hacia adentro? ¿Es que no viste más que tu propio futuro brillante y lo confundiste con el porvenir de este país? ¿Es que ha sido más importante tu viaje interior que la travesía física realizada? ¿Es que tu fe irreductible en el progreso, en el desarrollo, en la República Socialista Mundial, te impide tomar la realidad por lo que es? ¿Es que tu confianza incondicional en el futuro te impide juzgar correctamente el presente? ¿O es que la valoración acertada del presente no disuade tu convicción de que el mañana llegará coronado por la hermandad universal?

Sea lo que sea, Reclus, te voy a decir dónde estás ahora. Estás tendido en el suelo de una choza en Dibulla, incendiado por una fiebre que retrocede solo para regresar con mayor ímpetu; las comadres del lugar apuestan sobre el día en que serás llevado al cementerio, mañana, pasado mañana, la semana entrante, nadie cree que te salvarás de esta. Vos tampoco lo tenés muy claro. Desvariás. Tu conciencia entra y sale de tu cuerpo como preparándose para el tránsito hacia el más allá o como alistándose para su desaparición definitiva. Pensás en tu hermano

Elías, en tu querido hermano Elías, se te escapa alguna lágrima furtiva.

Eliseo: Soy Eliseo, tu hermano dilecto, Elías, soy Eliseo y te escribo esta carta desde la calma de este valle florido en el cual yazgo para informarte que ya puedo ver nuestra plantación: se extiende hasta donde llega la vista. Allí está la parte baja, una extensa sabana en la que se esparcen a su antojo bosquecillos de tuliperos –liriodendron–, algunas palmeras y manojos de juncos gigantes. Más arriba, ¿las ves?, se extienden innumerables terrazas donde se elevan orgullosas las cañas de azúcar. Más allá está el café intercalado con las palmas del plátano –musa paradisiaca–, y entre los plantíos surgen graciosas las cabañas de nuestros asociados. Esta Sierra, nuestra Sierra, la Sierra Nevada de Santa Marta, hermano entrañable, se abre con un porvenir dorado, guiada por nuestra colonia agrícola, cabalgando en la vanguardia de esta nación que habrá de contarse entre los imperios más poderosos del orbe, navegando a la avanzada de la Nueva Granada y marcando el derrotero de su gloria futura.

169

Te escribo, Elías, para decirte que soy yo, Eliseo, quien te escribe, y si esta redundancia rechina en tus oídos, déjame decirte que esta mañana un lagarto enorme, una iguana, pesaba en mi pecho acalorado y me oprimía el tórax, y al abrir los ojos pensé que el animal sería producto de mi delirio febril, pero entonces llegó a esta enramada improvisada –todo es improvisado en esta tierra que espera ansiosa el arribo de tu sabiduría– el cacique Pandeche –a quien habrás de conocer pronto (¡cómo te extraño, cómo quisiera que estuvieras aquí!)– y de un golpe me liberó de su peso (del peso de la iguana). Quiero decir que mi salud

no está del todo bien, Elías, pero mis quebrantos son nada en comparación con el sufrimiento de los desposeídos del mundo que aún son tantos, así que piensa en su bienestar y no en el mío. Piensa en ellos y haz de la extinción de su desdicha el faro que guía tus pasos. Besa en la frente a nuestra madre y al pastor, nuestro padre, y dile a Noemí que no tema, que los animales de las trochas de esta Sierra no son tan peligrosos como las bestias que acechan las noches de la *Rue de Rivoli*. Se despide de ti con amor, tu hermano en la fe socialista, Eliseo.

La República Socialista Mundial guarda la carta.

Dile a Elías que estoy bien, que nada de lo que has visto en esta ramada de mierda amenaza mi salud ni será obstáculo para nuestra empresa. ¿Me oyes?

Rsm: Mientes.

Eliseo: No miento, veo a futuro. No lo olvides, amiga-ángel que guía mis pasos, no miento, veo a futuro. ¡Nuestro futuro! ¡El futuro mundial!

Eliseo Reclus

EN 1855, UN PROYECTO DE EXPLOTACIÓN AGRÍCOLA Y EL AMOR A LOS VIAJES, ME LLEVARON A LA NUEVA GRANADA. DESPUÉS DE UNA PERMANENCIA DE DOS AÑOS, VOLVÍ SIN HABER REALIZADO MIS PLANES DE COLONIZACIÓN Y DE EXPLORACIÓN GEOGRÁFICA; SIN EMBARGO, Y A PESAR DEL MAL RESULTADO, NUNCA ME FELICITARÉ LO BASTANTE POR HABER RECORRIDO ESE ADMIRABLE PAÍS, UNO DE LOS MENOS CONOCIDOS DE LA AMÉRICA DEL SUR, ESE CONTINENTE ASÍ MISMO POCO CONOCIDO.

HOY EL HOMBRE PASEA SU NIVEL POR LOS LLANOS Y LAS MONTAÑAS DE LA VIEJA EUROPA; SE CREE DE TALLA SUFICIENTE PARA LUCHAR CON VENTAJA CONTRA LA NATURALEZA Y QUIERE TRANSFORMARLA A SU IMAGEN REGULANDO LAS FUERZAS IMPETUOSAS DE LA TIERRA; PERO NO COMPRENDE ESA NATURALEZA QUE TRATA DE DOMAR; LA VULGARIZA, LA AFEA, Y SE PUEDEN VIAJAR CENTENARES DE LEGUAS SIN VER OTRA COSA QUE PORCIONES DE TERRENOS CORTADOS A ÁNGULOS RECTOS Y ÁRBOLES MARTIRIZADOS POR EL FIERRO. ASÍ, ¡QUÉ GOZO PARA EL EUROPEO CUANDO PUEDE ADMIRAR UNA TIERRA JOVEN AÚN Y PODEROSAMENTE FECUNDADA POR LAS ARDIENTES CARICIAS DEL SOL! YO HE VISTO EN ACCIÓN AL ANTIGUO CAOS EN LOS PANTANOS EN QUE PULULA SORDAMENTE TODA UNA VIDA INFERIOR. A TRAVÉS DE INMENSAS SELVAS QUE CUBREN CON SU SOMBRA TERRITORIOS MÁS EXTENSOS QUE NUESTROS REINOS DE EUROPA, HE PENETRADO HASTA ESAS MONTAÑAS QUE SE ELEVAN COMO ENORMES CIUDADELAS MÁS ALLÁ DEL ETERNO ESTÍO, Y CUYAS ALMENAS DE HIELO SE SUMERGEN EN UNA ATMÓSFERA POLAR. Y, SIN EMBARGO, EN NATURALEZA TAN MAGNIFICA, EN DONDE SE VE COMO UN RESUMEN DE LOS ESPLENDORES DE TODAS LAS ZONAS, ME HA IMPRESIONADO MENOS QUE EL PUEBLO QUE SE FORMA EN

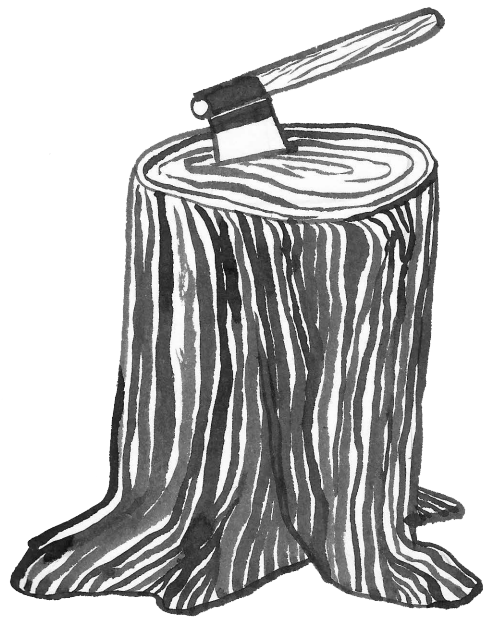
ESAS SOLEDADES. ESE PUEBLO ESTÁ COMPUESTO DE GRUPOS AÚN AISLADOS, QUE SE COMUNICAN CON GRAN TRABAJO A TRAVÉS DE PANTANOS, SELVAS Y CADENAS DE MONTAÑAS; SU ESTADO SOCIAL ES AÚN MUY IMPERFECTO; SUS ELEMENTOS ESPARCIDOS ESTÁN EN LA PRIMERA EFERVESCENCIA DE LA JUVENTUD, PERO ESTÁ DOTADO DE TODAS LAS FUERZAS VITALES QUE PRODUCEN EL ÉXITO, PORQUE ÉL HA REUNIDO COMO EN UN HAZ LAS CUALIDADES DISTINTIVAS DE LAS TRES RAZAS; DESCENDIENDO A LA VEZ DE LOS BLANCOS DE EUROPA, DE LOS NEGROS DE ÁFRICA, DE LOS INDIOS DE AMÉRICA, ES MÁS QUE LOS OTROS PUEBLOS, EL REPRESENTANTE DE LA HUMANIDAD, QUE SE HA RECONCILIADO EN ÉL. CON GOZO, PUES, ME VUELVO HACIA ESE PUEBLO NACIENTE: ESPERO EN ÉL EN SUS PROGRESOS, EN SU PROSPERIDAD FUTURA, EN SU INFLUENCIA FELIZ EN LA HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO. LA REPÚBLICA GRANADINA Y SUS REPÚBLICAS HERMANAS SON AÚN DÉBILES Y POBRES, PERO ELLAS SE CONTARÁN INDUDABLEMENTE ENTRE LOS IMPERIOS MÁS PODEROSOS DEL MUNDO, Y LOS QUE HABLAN CON DESPRECIO DE LA AMÉRICA LATINA, Y NO VEN EN ELLA SINO LA PRESA DE LOS INVASORES ANGLOSAJONES, NO ENCONTRARÁN ALGÚN DÍA LA SUFICIENTE ELOCUENCIA PARA CANTAR SU GLORIA. LOS ADULADORES SE VOLVERÁN EN TROPEL HACIA EL SOL NACIENTE; SÉAME PERMITIDO ANTICIPÁRMELES CELEBRANDO LOS PRIMEROS RESPLANDORES DEL ALBA.

¿Y QUÉ PAPEL ESTÁ RESERVADO A LA NUEVA GRANADA EN LA HISTORIA FUTURA DEL CONTINENTE? SI LAS NACIONES SE ASEMEJAN SIEMPRE A LA NATURALEZA QUE LAS ALIMENTA, ¿QUÉ NO DEBEMOS ESPERAR DE ESE PAÍS, EN QUE LOS OCÉANOS SE APROXIMAN, EN QUE SE ENCUENTRAN TODOS LOS CLIMAS UNOS SOBREPUESTOS A OTROS, EN QUE CRECEN TODOS LOS PRODUCTOS, EN QUE CINCO CADENAS DE MONTAÑAS RAMIFICADAS COMO UN ABANICO FORMAN TAN MARAVILLOSA VARIEDAD DE SITIOS?

NO LO OCULTARÉ: AMO A LA NUEVA GRANADA CON EL MISMO FERVOR QUE A MI PATRIA NATAL, Y ME CONSIDERARÉ FELIZ SI HAGO CONOCER DE ALGUNOS A ESE PAÍS ADMIRABLE Y LLENO DE PORVENIR. SI YO LOGRARA HACER DIRIGIR HACIA ESTE PAÍS UNA PEQUEÑA PARTE DE LA CORRIENTE DE EMIGRACIÓN QUE ARRASTRA A LOS EUROPEOS, MI DICHA SERÍA COMPLETA. ES TIEMPO YA DE QUE EL EQUILIBRIO SE ESTABLEZCA EN LAS POBLACIONES DEL GLOBO Y QUE "EL DORADO" DEJE EN FIN DE SER UNA SOLEDAD.

ELISÉE RECLUS, ENERO 14 DE 1861

Carlos Enrique Lozano Guerrero
París, 2007 - San Salvador, 2008.





La ira de Kinski

(nosotros los blancos)

La ira de Kinski (nosotros los blancos)

Estrenada bajo la dirección del autor en el Teatro Varasanta, Bogotá, el 23 de mayo del 2014, como montaje de V Año de la Licenciatura en Arte Dramático de la Academia Superior de Artes de Bogotá, con el siguiente elenco:

Giovany Barrera
Ricardo Cruz
Laura Galeano
Luisa Leal
Rocío León
Rubén López
Óscar Mejía
Álvaro Elías
Fernanda Rodríguez
Karen Vargas

Uno

Albores del siglo XXI o del XX, mediados del XIX, en lo espeso de la selva da igual. Los indígenas, en un claro, intentan hablar su lengua, pero no saben cómo, han perdido el idioma que alguna vez les perteneció.

El mayor, el que está más alejado de los otros, les dice a los demás:

Viejo: ¡Enog!

Y luego añade:

Viejo: ¡Enog yawa!

Tras lo cual confiesa:

178

Viejo: Antes, en los tiempos de los abuelos –¿de cuáles abuelos, me he preguntado siempre, por qué hablamos así nombrando parientes muertos?– antes sabíamos hablar, podíamos hablar y nuestra palabra era entendida por todos. Si yo, en ese tiempo, decía: “¡Enog!”, y luego seguía: “¡Enog yawa!”, todos los que escuchaban mi voz entendían mis palabras, pero ahora ni siquiera yo, el mayor de todos, sé qué quieren decir esas cuatro sílabas. Ahora lo único que tenemos es este pedazo de selva y estas botas y estas camisetas regaladas por Médicos sin Fronteras o por la Policía Nacional o por las Naciones Unidas, y ni siquiera una brújula tenemos para ubicarnos en la selva, en lo espeso de la selva, en el corazón de las tinieblas, donde todavía habita el jaguar. Por

eso no vamos nunca allá. No hemos ido ni tampoco queremos ir, a no ser que algún turista nos pague por llevarlo, en euros o dólares o pesos, y entonces vamos hasta donde conocemos y le decimos que ahí es lo más oscuro, que ahí está el centro, el núcleo de la selva, y a ellos no les importa porque el calor los tiene tontos, el sudor les escurre desde la frente cegándolos y lo mismo podríamos decirles que hemos llegado a las puertas de la casa del jaguar que a las de Carrefour y no se inmutarían porque ya en ese estado no ven nada, no sienten nada, ni siquiera su propia fatiga y si quisiéramos podríamos dejarlos allí sentados, desfallecientes en aquel tronco caído, y algunos lo hacen, algunos ofrendan uno que otro turista a lo oscuro de la selva para que el jaguar no nos devore a nosotros, para que no nos juegue una mala pasada y tengamos que vérnoslas con los espíritus de nuestros mayores (aunque quizá no nos reconocerían y pasarían de largo buscando a sus descendientes, llamándolos en una lengua que nos es extraña y que ya no hablamos).

Dos

Los indígenas, en el claro de la selva, dialogan después de la confesión del mayor. Pero, antes de escucharlos, yo quisiera hacer la siguiente advertencia: en esta zona selvática tropical, la temperatura promedio es de veintiocho grados centígrados, lo cual podría no parecer exagerado; sin embargo, la humedad relativa es del noventa por ciento, lo que eleva la sensación térmica hasta los treinta y cuatro grados durante todo el año. En este ambiente opresivo han sido criados nuestros protagonistas y esta tenaza invisible del agua en el aire nos permite ver las palabras de Herzog bajo una nueva luz: "En medio de la selva, la naturaleza no tiene nada de maravillosa: es asesina".

- 180
- P: ¿Ya nos vamos?
- S: ¿Por qué, tienes prisa?
- P: Quiero llegar de vuelta a la comunidad, a mi casa, me quiero largar de este monte, no quiero espantar otro mosquito, no quiero matar más bichos.
- T: En la comunidad haces lo mismo, espantar mosquitos, matar bichos.
- P: Sí, pero allá lo hago desde mi hamaca. Y bebo mientras lo hago y ya al final solo bebo y cuando caigo en la inconsciencia nada me importa, ni los bichos, ni mi aburrimiento, ni mi falta de entusiasmo, ni mis sueños infantiles, ni mis ganas de matar, ni mis fantasías con la profesora española, ni la...

Sus palabras son interrumpidas por la llegada del hombre blanco, que no es tan blanco, pero que en esta zona pasa por tal. El hombre blanco viene en grupo y habla en coro.

Hombre blanco: Venimos por ustedes. Venimos a cazarlos, aunque sabemos que no deben entender ni una palabra de lo que les estamos diciendo, no hablan castellano y nosotros no hablamos su lengua. Los necesitamos porque vamos a montar un aserradero río arriba y tenemos que someterlos como mano de obra barata, así que podemos hacer esto por las buenas o por las malas, ¿entendido?

Pero los indígenas sí hablan castellano y les responden en esta misma lengua:

T: ¿Qué tan arriba en el río?
 Hombre blanco: Como a diez kilómetros de aquí.
 Viejo: Esas tierras tienen dueño, son tierras del finado KK.
 Hombre blanco: ¿De quién?
 Viejo: KK, el difunto Klaus Kinski.
 Hombre blanco: En la oficina de tierras nos dijeron que allá arriba solo hay terrenos baldíos, que podríamos apropiarnos de ellos y que, pagando lo suficiente, podríamos tener los lotes titulados en un par de semanas. Así que ahora esa tierra es nuestra y nuestro dinero correrá río abajo y dará de comer a nuestros hijos y de los remanentes –más que suficientes– comerán los suyos y todos seremos felices. Y prometemos tener consideración con su cansancio y ninguno de ustedes morirá de fatiga y quizá solo uno o dos lo hará de enfermedades no tratadas a tiempo –porque la época de la barbarie esclavista ya terminó, la esclavitud ha sido puesta en nómina– y como muestra de buena voluntad, les daremos estas gorras con el logotipo del aserradero.

El hombre blanco distribuye las cachuchas entre los indígenas mientras habla el mayor de todos, el que siempre está algo alejado de los otros.

Viejo: El espectro del demonio alemán puede hablar con los animales, con las plantas, yo lo vi una vez dialogar con una mariposa frente a una cámara, abriéndole su pecho y su corazón. Kinski conoce el idioma en que fue escrito el mundo y domina los elementos, y si ustedes van a robar su tierra, la tierra que compró acá para un retiro que nunca llegó, se arrepentirán y maldecirán el día en que se atrevieron a cortar el primer árbol de esa ribera y por los siglos de los siglos deberán responderle personalmente a él por su atrevimiento. Y déjenme decirles, a manera de amenaza, que si hay algo que no caracteriza al teutón es la misericordia.

182

Hombre blanco: Ustedes han oído cuentos de fantasmas y de espíritus desde pequeños, por eso creen en ellos. Nosotros crecimos lejos de esas supercherías y no tememos a ningún fantasma, ni alemán ni criollo, y si algún reclamo tiene que hacernos, se lo puede hacer a la boca de nuestra escopeta, puede dialogar en su idioma con el estruendo de la pólvora que le destroza su cabeza de espectro sajón, que deshace el sinsentido de su queja y que silencia para siempre cualquier impedimento a nuestro proyecto empresarial.

C: No pueden llevarnos por la fuerza, no pueden obligarnos a trabajar para ustedes, somos una etnia en vías de extinción, estamos protegidos por las Naciones Unidas, por acuerdos en Ginebra; si nos acaban, estarían atentando contra la humanidad, estarían

cometiendo un crimen contra la libertad y dignidad del ser humano, un crimen de lesa humanidad, un crimen sin prescripción ni jurisdicción, así que lo mejor es que se vayan, que desaparezcan (y si nos dejan una o dos de sus carabinas prometemos no decir nada por un tiempo; pero si además nos dejan las cantimploras y los machetes callaremos para siempre, y nadie nunca se enterará del despropósito de su ambición).

Hombre blanco: Como les dijimos al comienzo, hay dos maneras de hacer esto, por las buenas o por las malas.

Uno de los indígenas, el que habló de querer regresar pronto a la comunidad, de querer beber tranquilo en su hamaca, a quien llamaremos "primer muerto" o simplemente "P", intenta salir corriendo, pero el hombre blanco levanta sus armas con celeridad y dispara en repetidas ocasiones. P cae tendido al piso, convulsiona y se desangra hasta la muerte.

183

Hombre blanco: De ahora en adelante, llamaremos a este caído el *primer muerto* o simplemente *P*. Lo aborreceremos porque intentó contrariar nuestra voluntad de hombres blancos, pero le agradeceremos porque nos dio la oportunidad de probar nuestro poder, que no es otro que el poder de la razón, el poder de la voluntad y del deseo de transformar esta caótica e imperfecta maraña natural, el poder de la pólvora y el fierro que tuerce y martiriza a su antojo, que somete hasta los espíritus más rebeldes.

El hombre blanco comienza a cantar una canción orgullosa, aunque pobre de ritmo y rima insulsa:

Hombre blanco: Habría que reír en lugar de llorar
para terminar cargando sin parar.
Unos cedros gordos bellos lisos,
unos troncos grandes y macizos,
Una mascarada.
La vida solo es
una mascarada.
Nunca lo olvidéis.

Y los indígenas responden:

Indígenas: De ahora en adelante llamaremos a este héroe el
primer muerto o simplemente *P*. Lo adoraremos y
mitificaremos y olvidaremos su pereza y su alcoholismo,
su ignorancia del mundo, porque nos enseñó el
camino de la revuelta, porque nos mostró la luz de su
coraje que es el nuestro, que es el valor que navega
en nuestra sangre, heredada de nuestros mayores
cuya propia sangre es el agua de este río que nos vio
nacer y que nos verá morir antes que ser convertidos
de nuevo en esclavos.

*Los indígenas comienzan a cantar unos versos igualmente lamentables y
vanos, pero sentidos:*

Pero no ha llegado el día
de liberar nuestra alegría.
No habremos de empezar
lo que todavía debe madurar.
Una larga espera
la vida solo es.

Una larga espera,
ya nos lo diréis.

Los hombres blancos someten a los indígenas a punta de culatazos y amenazas. Los nativos se rinden y se convierten en mano de obra barata.

Como nota al margen agrego: en Fitzcarraldo, la película filmada por Herzog en la selva peruana, estrenada en 1982, y protagonizada por Kinski, "trabajaron 300 indios por un dólar por día y una Coca-Cola", según el escenógrafo Von Gierke.

Tres

En el aserradero no se ve al hombre blanco, pero se lo siente rondando. Algunos de los indígenas, muy pocos, creen que el fantasma de Kinski los observa trabajar. El mayor de los nativos, el que siempre está un poco retirado del resto, percibe su presencia y siente reverencia y temor.

Viejo: Por aquí hay más ojos de los que los míos pueden ver y no quisiera yo estar usurpando algo del demonio alemán porque el momento del cobro está cerca, el momento de pagar la afrenta, de cancelar las obligaciones está por llegar. Ya pronto veremos el día en que los expoliadores de tierras sentirán la ira de KK cruzarles las caras sin piedad y todos aquellos que estemos libres de tacha habremos de apedrear a los culpables, tiraremos la primera y la segunda y la tercera piedra, hasta machacar sus cráneos, y maldeciremos a los cuatro vientos los nombres de los miserables que nos sometieron.

C: Silencio, viejo, recuerda a P.

S: No queremos más muertos, calla de una vez que nos harás castigar a todos. Ya mi espíritu no puede con otro improperio, ya mi cara no puede con otro escupitajo.

Viejo: Los tiempos han cambiado, pero no así las maneras del hombre blanco. Los árboles caen uno tras otro, como nuestros días, como nuestros cabellos llevados río abajo para brindar testimonio exangüe de nuestras penurias. El fantasma de Klaus Kinski está cerca y nos dirá qué hacer.

T: Calla, viejo, calla de una vez o te haremos callar.

Viejo: ¿Ya ven? Eso es lo que buscan esos malditos, que les ahorremos el trabajo de matarnos, que lo hagamos entre nosotros, no podemos seguir así, en silencio...

Pero el mayor de todos calla, pues comienza a oír la voz del fantasma de Kinski que habla fuerte y sin ambages. Solo él lo escucha, solo él se deja afectar por su mensaje. Los demás siguen trabajando sin percatarse del milagro.

Kinski: Soy la tierra hecha de tierra que viene a vengar sus sufrimientos, así que callen y escuchen, manada de flojos. Tú, el mayor, el que anda siempre un poco alejado de los demás, tú serás el encargado de iniciar la venganza. Yo mismo te despertaré de un sueño pesado en la madrugada, saldrás de la choza y caminarás hasta lo más profundo de la selva, hasta el lugar donde palpita el corazón de todas las cosas vivas –mi corazón monumental y amoroso– y allí verás una pequeña planta de hojas amarillentas. Revisa cada una por detrás, sin arrancarlas, encontrarás una con una mancha rojiza, arráncala y chúpala y deja que su savia obre su sabiduría en tu organismo.

187

Y el mayor de todos le responde al fantasma de Kinski (a quien ahora vemos aquí, frente a nuestros ojos, de cuerpo presente, obsérvenlo bien), pero como el resto de los indígenas no se ha percatado de su presencia, se asombran de oír al anciano hablar solo y lo toman por loco.

Viejo: ¿Y podré entender la lengua de los abuelos?

Kinski: No sé de qué lengua hablas, *petit con*, pero sabrás cómo liberarte del látigo malvado del hombre blanco.

Viejo: ¿Y habremos de derramar mucha sangre?

Pero la entrada del hombre blanco ha silenciado al fantasma de Kinski, que no soporta compartir el escenario con otros hombres blancos, ni siquiera mestizos, menos ahora que ya está muerto y no tiene por qué tolerar indicaciones de nadie. Antes de irse, sin embargo, lanza un gesto obsceno hacia todos, pues la verdad es que no resiste la imbecilidad de los unos ni de los otros.

Hombre blanco: ¿De qué hablas, anciano? ¿A quién le hablas? ¿A qué sangre te refieres?

Viejo: Le hablo al viento y le hablo a la tarde y le hablo a la selva para que me escuche, para que me indique cómo debo obrar. Y hablo de la sangre de tantos árboles caídos para el provecho del hombre blanco.

Hombre blanco: Aquí, el único que dice cómo obrar soy yo, viejo, ya deberías saberlo, ya deberías tener claro que el dueño de estas tierras y de las almas que aquí trabajan soy yo. Y los árboles no tienen sangre, ignorante, y su tala sí es para nuestro provecho, pero lo es para el suyo también, no sean hipócritas. Son estos árboles los que ponen la comida en sus platos y las gorras sobre sus cabezas y el cansancio en sus cuerpos para que puedan dormir la noche entera. Así que a hablar menos y a obrar más. Hay que cumplir con unas cuotas, hay madera que mandar a Madrid, a Bogotá, a Nueva York, a París, a Pekín, a Tokio, a Londres, no hay tiempo que perder, hay clientes que complacer y la pereza de sus cuerpos pequeños pero macizos no habrá de interferir en nuestros planes de expansión ni de progreso para esta zona, ¿entendido?

T: Y cuando hayamos tumbado todos estos árboles, ¿a dónde iremos?

Hombre blanco: Seguiremos selva adentro, cada vez más adentro.

S: Hasta llegar a la casa del jaguar.

Hombre blanco: Y si llegamos allá, se las verá con el fuego de nuestras carabinas, y entonces todos habremos de probar su carne esa noche y comeremos de aquel remedo de tigre que a ustedes tanto les asusta y se darán cuenta de que es un animal pequeño y cobarde, como ustedes, y que no tiene las propiedades mágicas que le atribuyen.

Desde tras escena, Kinski le arroja algo podrido al hombre blanco, pero nadie se percata de su gesto vengador.

Viejo: Entre más nos alejemos del río más difícil será bajar la madera.

Hombre blanco: Deja que nosotros resolvamos los problemas de logística y ponte a trabajar, viejo hablador.

189

El hombre blanco saca su látigo y azota un par de veces al mayor de los indígenas. Otro de los nativos, aquel que pidió al viejo que callara y a quien ahora llamaremos "S" o "segundo muerto", intenta escapar selva adentro, pero el hombre blanco es demasiado rápido y sus escopetas o carabinas o arcabuces son muy potentes y descargan su furia sobre la espalda del que pretende huir. S cae al piso y rueda deshecho.

Viejo: No será matándonos como lograrán nuestro respeto.

Hombre blanco: No es respeto lo que buscamos, es mano de obra barata. A trabajar que el progreso no viene solo.

Malogrado canto indígena:

Cuando llegó el hombre blanco
a todos nos esclavizó,
trajo sus cheques de banco,
pero a ninguno pagó.
Vivimos bajo el yugo del terror,
aserramos árboles día y noche,
comemos de sus sobras,
bebemos de sus babas,
reímos de sus bromas,
pero ya vendrá Klaus Kinski,
ya vendrá su amor
para liberarnos por siempre
de este látigo opresor.

190

Malogrado canto blanco:

Es verdad que no es por mal
que azotamos sus espaldas.
Hablando a carta cabal,
Son solo sus pieles pardas
que les dan la resistencia
para superar la pestilencia
de esta selva putrefacta,
de su virginidad intacta,
y solo es nuestro interés
aserrar de día y de noche
para demostrar cómo es
que se debe mover un coche.

Los indígenas trabajan y el hombre blanco los vigila sin saber que hay alguien más poderoso que los observa a ellos desde la tras escena, un renegado de apabullantes ojos azules que ausculta hasta su tiranía más nimia esperando el momento de descargar su ira sobre ellos.

Cuatro

Es noche cerrada en la selva y todos duermen profundamente. Los indígenas duermen a un lado del campamento y el hombre blanco, al otro. El fantasma de Kinski, en la mitad de la barraca de los indígenas, observa inmutable la escena. De repente, el más viejo se pone de pie y comienza a andar. KK lo sigue y lo alienta.

Kinski: Eso es, viejo, anda.

Viejo: No hables tan fuerte, Kinski, despertarás al hombre blanco.

Kinski: El hombre blanco no me escucha, solo el corazón indígena verdadero, como el tuyo o el mío, puede escucharme, así que calla de una buena vez. Cuando quieras hablar conmigo solo piensa y yo te estaré escuchando. Deja que las ondas de tu pensamiento me alcancen, invócame, yo haré que nuestra venganza sea grande, nuestro pago hará desear al hombre blanco no haberte encontrado nunca en aquel claro de la selva, ni haber pisado mis propiedades en la jungla.

Viejo: Quisiera entender el idioma de los abuelos.

Kinski: Y yo quisiera entender tu obsesión por las lenguas muertas, pero primero hay que combatir al invasor, primero debes poner orden a este pedazo del mundo que nos fue heredado por ellos, por los abuelos, a pesar de que no los conocimos, a pesar de que otros hombres blancos los esclavizaron, los ataron, torturaron, amenazaron, desaparecieron para siempre cortando el lazo que nos unía a ellos –joye mi énfasis, escucha cómo me tiembla la voz, cómo te

azuzo para que odies!—, cercenándonos a nosotros de nosotros mismos, condenándonos al olvido.

Viejo: Pero tú eres uno de ellos, ¿no es cierto, Kinski? Tú eres uno de los peores demonios blancos, por eso te he invocado a ti y no a otro, no me vayas a decepcionar.

Kinski: Yo soy solo aquello que tú quieres oír, *mon vieux*.

Viejo: ¿Pero allá, donde quiera que estés, has conocido a alguno de los abuelos?

Kinski: No. Y escúchame, camina, y cállate que me estás cansando con tus preguntas, habla menos y escucha más.

Viejo: ¿Vamos a la casa del jaguar?

Kinski: Vamos a buscar el corazón alucinado de la selva, vamos a encontrar una de las puertas que conducen al coraje, pequeño amigo querido, una de las entradas al valor y, ¡por fin!, cruzarás el umbral y una vez dentro podrás vislumbrar los planes de venganza que en mi luminosidad he preparado, ¡y sonreirás satisfecho!, la destrucción, el hambre y el miedo que atacarán al hombre blanco... Sus botas se hundirán en el fango, arrastrándolos con ellas hasta las entrañas mismas del horror donde solo habita el miasma pútrido de nuestro odio.

193

El mayor de los indígenas sigue caminando a través de la selva cerrada. El paso se le hace cada vez más difícil. Suda mucho, respira fuerte, se agita. Teme. Llama al fantasma de Kinski.

Viejo: Por favor, no me abandones, Kinski, ¿estás allí? Por favor, Klaus, ¿me hablas? ¡KK! ¡KK! ¡Mierda!

Pero el silencio histérico de la selva, poblado de gritos, chillidos y murmullos, es lo único que le responde al mayor de los indígenas, solo el muro enredado de la cantilena nocturna le contesta su ruego. Kinski –no sé si aburrido o impotente– ha decidido regresar a la tras escena. Esta vez sin gesto obsceno, pues el sufrimiento del viejo lo impresiona de veras, así que por algo parecido al respeto o la abulia ha salido sin decir ni hacer nada que pueda herir más al indígena.

Viejo: ¿Significa que he llegado, por eso te has ido? ¿Significa que estoy aquí? ¿Esta es, acaso, la casa del jaguar? Ahora buscaré la pequeña planta amarillenta y chuparé la savia de la hoja con la mancha rojiza, traspasaré el umbral del coraje y abandonaré de una vez por todas el reino de la cobardía para sobrevolar el aserradero como un águila y clavar mis garras en el cuerpo blando del hombre blanco.

El mayor de los indígenas se pone en cuatro y, gateando, busca la pequeña planta de hojas amarillentas.

Cinco

Buscando locaciones para la película Aguirre, la ira de Dios, filmada también en Perú en 1972, Herzog le insistía a Kinski que quería encontrar “un paisaje donde todo el drama, la pasión, el pathos, se hiciera visible, un paisaje que fuera casi humano”. Kinski le replicó que “el único paisaje digno de su fascinación era el rostro humano”. Siempre me he preguntado qué querría decir con eso. Quizá se refería a un rostro como el de nuestros hombres blancos en el aserradero, transformado por la rabia, sudoroso y agitado, ocultando un temor profundo, abismal, ante la posibilidad de perder la partida contra los indígenas. Mírenlos discutir y lanzarse culpas entre sí a causa de la fuga del viejo).

- Hombre blanco: ¿Cómo que ha escapado? ¿Quién ha escapado?
 Hombre blanco: El mayor de los indígenas, el que siempre andaba algo alejado del resto.
- Hombre blanco: ¿Y dónde ha ido?
 Hombre blanco: ¿Y cómo habría de saber a dónde fue?
 Hombre blanco: ¿No estabas de guardia?
 Hombre blanco: Sí.
 Hombre blanco: ¿Entonces?
 Hombre blanco: Los indígenas dicen que la magia se lo llevó.
 Hombre blanco: Los indígenas solo hablan tonterías.
 Hombre blanco: Y dicen que regresará con una venganza implacable que arrasará con nosotros.
- Hombre blanco: ¿Vendrá con más indígenas?
 Hombre blanco: Vendrá con el fantasma de sus abuelos liderados por Kinski.
- Hombre blanco: ¿Por Kinski? ¿Y te asustan esas idioteces?
 Hombre blanco: No me asustan, pero no sería inteligente desecharlas

como idioteces, creo que hay que redoblar la guardia y estar atentos.

Hombre blanco: No sería inteligente creer en idioteces y este contratiempo amerita solo una respuesta de manual: redoblarles las tareas, reducirles las raciones y el sueño y brindar un castigo ejemplar al próximo que se aparte de nuestra voluntad.

En otro lado del aserradero, los indígenas celebran entre sí.

C: Casi lo puedo sentir. Casi lo puedo decir.

T: ¡Enog!

Patriarca: ¡Enog yawa!

C: Casi lo puedo entender. Es el mayor, el que siempre estuvo algo alejado de nosotros, el mayor ha logrado su liberación y vendrá por nosotros para llevarnos al país de los abuelos donde habremos de celebrar, de festejar con un gran banquete y nos será servida la carne tierna y blanca de nuestros enemigos.

T: Y comeremos de ellos como lo hicieron nuestros antepasados, comeremos de su carne y beberemos de su sangre y nos será trasladado su poder, el poder de la carabina, el poder bruto e intransigente del hombre blanco y seremos libres en el país de los abuelos.

Patriarca: Klaus Kinski vendrá por nosotros y su aliento de fuego arrasará con este campamento de horror e incendiará estos palafitos improvisados.

T: El demonio alemán y nuestro viejo vendrán comandando una legión de abuelos, hablando su lengua, llegarán a este campo de tortura y con ellos

vendrá su sabiduría, una de paz y de justicia, una de firmeza y de sapiencia, una implacable con los desmanes del hombre blanco.

C: Y nosotros entenderemos sus palabras, entenderemos lo que dicen y en medio de nuestras lágrimas de alegría podremos comprender que el tiempo de la profecía ha llegado, que el tiempo de nuestra liberación está aquí.

Canto indígena alegre, torpe y melodioso:

Ya no habremos de esperar,
lo dicho, dicho está.
Nos abrimos a nuestro destino
de ver el alba brillar.
No esperaremos más
para recorrer nuestro camino.
¡Enog!,
decimos.
¡Enog yawa!,
continuamos.
¡Enog, Enog, Enog, yawa!

197

Canto blanco nervioso, feo y enfático:

No creemos en supercherías,
colisionan con la razón,
creemos en nuestra capacidad,
no caeremos en tonterías,
sería una aberración
y carecería de veracidad.

¡Progreso!,
decimos.
¡Progreso y razón!,
continuamos.
¡Progreso, progreso, progreso y razón!

Seis

En el aserradero, los indígenas están envalentonados, creen que pronto vendrán Kinski y el viejo a liberarlos. Ríen y cantan y a pesar del llamado al orden del hombre blanco no obedecen. Están embriagados con la posibilidad de la victoria y toda la noche gritan y bailan y, con movimientos trémulos que parecen vibrar en sintonía con la alharaca nocturna de la selva, lanzan gargarismos extraños, sonidos que nunca han gritado. El hombre blanco está perplejo ante la revuelta, en la noche, las decisiones se dificultan, la visibilidad es poca, no pueden apuntar y solo atinan cada tanto a disparar sus carabinas al aire y a redoblar la seguridad del perímetro del campamento. Los indígenas creen percibir el temor de sus enemigos, el miedo a la oscuridad y a la naturaleza indómita; creen oler la mitología blanca que habla de la maldad que palpita en la selva, de la vorágine de sus aguas muertas, del corazón de las tinieblas ("fornicación, asfixia y ahogo" lo llamó Herzog). Y aúllan. Los indígenas. Aúllan como animales en celo, como seres de otro mundo o de otra especie. Y esperan. Los hombres blancos. Esperan a que llegue el día y a que su claridad traiga la calma y la luz suficiente para detectar dónde deben disparar, para poder apuntar sus carabinas a las espaldas marrones y halar el gatillo.

Siete

Y finalmente llega el sol y con él viene el silencio. Los indígenas callan y parecen entrar en trance. Obsérvenlos bien. Solo uno se mueve. Los demás parecen árboles centenarios, estáticos, incólumes y graves. Solo uno se mueve, con calma, sin prisa, hacia la oficina del hombre blanco. Solo uno, el más bello, el de la frente altiva y el silencio poderoso, avanza a paso firme. Y al llegar, abre la puerta con firmeza, pero sin arrogancia, y entra y habla.

T: Vengo a informar de nuestra recién adquirida dignidad.
Vengo a informar de nuestra decisión de abandonar el aserradero y no habrá fuego de escopeta que logre quebrantar nuestra voluntad.

Hombre blanco: Qué bien.

200

Responde el hombre blanco con sorna e inmediatamente lo apresa. Lo rodea y amarra sus manos, amarra sus pies, amarra sus brazos al torso y luego lo carga hasta el claro frente a su cabaña improvisada que hace las veces de oficina. Llama a los indígenas para que vengan a observar su dignidad.

Hombre blanco: ¡Vengan a observar su dignidad!

Les dice, y entonces amarra al más bello al tronco de un árbol, ata a aquel del caminar altivo y sereno, a aquel a quien ahora llamaremos "T" o "tercer muerto", y saca el látigo mientras cuenta los azotes que le propina.

Hombre blanco: ¡Uno! ¿Cuántos más se necesitan para quebrantar su dignidad?

Hombre blanco: ¡Diez! ¿Cuántos más se necesitan para abrir el cuero duro de este anarquista?

- Hombre blanco: ¡Veinte! ¿Cuántos más se necesitan para que escarmienten?
- Hombre blanco: ¡Cincuenta! ¿Cuántos más se necesitan para que vuelvan a trabajar?
- Hombre blanco: ¡Setenta! ¿Cuántos más se necesitan para que este cuerpo deshecho deje de respirar?
- Hombre blanco: ¡Cien! ¿Cuántos más se necesitan para partir en dos esta carne muerta?
- Hombre blanco: ¡Mil! ¿Cuántos surcos más se necesitan en esta piel ocre para que quede claro que mi voluntad no admite revueltas?
- Hombre blanco: ¡Cien mil! Y ya solo hay sangre y jirones de piel y huesos y veo con satisfacción que todos han regresado a su trabajo y aunque no me enorgullezco de lo que he hecho sé que es necesario, sé que el camino al progreso está pavimentado de malas intenciones y sé que esta maldad no es perpetua sino transitoria. No es el mal lo que vengo a instaurar sino el reino del bien, pero para llegar allá hay que domar la resistencia. No hay progreso sin muerte y nosotros, el hombre blanco, ya hemos aprendido lo suficiente como para no caer en ingenuidades de este calibre mientras que ustedes...

Pero una flecha realiza lo impensable y atraviesa el torso del hombre blanco cortando sus palabras y lanzándolo violentamente al piso. Voy a hacer una pausa aquí para resaltar lo absolutamente impensado (y esperanzador) que resulta aquello que acaba de pasar.

Retomo, entonces, una escopeta se levanta de inmediato y su bocanada de fuego destroza la cara y la vida del asesino, aquel a quien ahora

llamaremos "C" o "cuarto muerto". Su arco se desprende de su mano derecha y da dos botes antes de quedar exánime en el suelo húmedo de la selva. Primero cae el arco y luego el cuerpo que lo sostenía. Y entonces, el hombre blanco, habla fuerte y habla claro para que todos, hasta el último de los indígenas, lo escuche.

Hombre blanco: ¿Ven a este hombre blanco con el pecho atravesado por una de sus flechas de odio? Este hombre blanco no se irá. Este hombre blanco se multiplicará porque nuestro número es incontable. En cambio, ¿ven a este hombre marrón con la cara destrozada por la potencia de nuestro fuego de progreso? Este hombre pardo desaparecerá y, con él, se irá parte de ustedes, porque mientras ustedes son diezmados nosotros nos multiplicamos y ya es hora de que entiendan que este proceso es irreversible, así que hoy será un día histórico, hoy les daremos a ustedes este cuerpo rojo amarillento para que dispongan de él como tengan a bien y nosotros tomaremos este otro cuerpo blanco para enterrarlo de acuerdo a nuestras costumbres, heredadas de las costumbres de nuestros padres. Y por hoy se hará un alto en el trabajo y si mañana no regresan con más ímpetu a la tala, uno por uno irá cayendo bajo la picada inclemente del látigo.

Y los indígenas en grupo van a rodear a C, y los hombres blancos se desplazan hasta aquel que aún conserva el látigo en la mano y los dos grupos permanecen en silencio mientras el sol indiferente avanza sobre sus cabezas.

Ocho

Los indígenas trabajan disciplinadamente mientras la mirada omnipresente del hombre blanco los ve hacer (y la presencia supervigilante de Kinski, infortunadamente, ya no es más que una amenaza vaga, quizá sucumbió al calor o a la pereza). El sonido de la tala lo ocupa todo, pero por debajo de los golpes y chirridos, en una frecuencia más baja –imperceptible para el hombre blanco–, los indígenas hablan entre ellos.

- Desconsuelo: El mayor no volverá.
 Patriarca: Calla. No digas eso.
 Desconsuelo: El mayor se salvó a sí mismo, no volverá por nosotros. Cada uno debería hacer lo mismo.
 Gamonal: Calla. No pueden dividirnos. Somos uno, nos une la sangre y el valor de nuestros antepasados.
 Incrédulo: ¿De cuáles antepasados hablas? Nuestros antepasados combativos son un cuento que nos echan en casa para redimirnos de nuestra cobardía.
 Gamonal: ¡Calla! No dejes que te quiten tu dignidad, no permitas que te roben lo último que te queda.
 Incrédulo: A mí, lo último que me queda es mi vida y pienso huir con ella esta noche.
 Patriarca: No lo hagas. Te atraparán.
 Incrédulo: Lo haré y me internaré en lo más profundo de la selva. Me iré a buscar el gran mito, el corazón del jaguar, la gran mentira en la que todos queremos creer, la casa de los abuelos, y, si la encuentro, si de verdad existe, me echaré a llorar en la gran maloka y nunca más cesaré de hacerlo ni saldré de ahí, y, ténganlo por seguro, no regresaré por ustedes.

Y entonces, una voz nueva suena por primera vez, la voz del más joven, es casi un niño y el resto de los indígenas lo había pasado por alto. Ninguno le había prestado mucha atención, pues ha sido un imberbe silencioso y tímido. Pero ahora abre su boca por primera vez y, al expresar sus pensamientos ante los demás, desecha su timidez, como un caracol deja atrás un caparazón pequeño:

Joven: Debemos organizarnos.

Dice y el resto lo observa, algo sorprendidos de no haberse percatado anteriormente de su presencia. Bueno, sí lo han visto, lo ven todos los días, pero lo ven como se mira a las plantas en la selva; es decir, se les pasan los ojos por encima sin detenerse en ellas.

Joven: Es la única forma en que podremos vivir mejor.

204

Los demás han suspendido momentáneamente la tala, anonadados por su voz, por la claridad y mesura que expresa. Pero entonces, alguno de los otros, cualquiera del montón, replica:

Cualquiera: Cállate, niño, cierra la boca y vuélvela a abrir cuando te haya cambiado la voz.

Y los demás, largando una sonora carcajada, regresan al trabajo y otra voz más entre el montón remata diciendo:

Cualquier otro: Esto es cosa de hombres, no de niños.

Y entonces, el resto asiente afirmativa y gravemente, pero el joven, el más joven entre ellos, no se calla.

Joven: Escuchar también es cosa de hombres, así que escuchen mis palabras. Debemos organizarnos no para huir ni para combatir, debemos organizarnos para negociar.

Suena una exhalación colectiva, es la indignación del resto ante las palabras del más joven.

Gamonal: ¿Negociar? ¿Dijiste negociar?

Pero el más joven no contesta pues entiende que se trata de una pregunta retórica.

Patriarca: ¿Oyeron al más joven? Quiere negociar con el hombre blanco, quiere negociar con aquel que entró hasta aquí, hasta nuestra selva, hasta nuestro pedazo abandonado del mundo y nos robó nuestra libertad, nos arruinó la salud, nos encorvó las espaldas, nos esclavizó y nos restriega la boca contra el lodo. Te pregunto, niño, ¿qué puedes negociar con alguien que te lo ha quitado todo? La única postura contra alguien que te roba la vida es la indignación, la rebeldía y el combate, jamás la negociación.

205

Los demás callan y esperan la respuesta del más joven.

Joven: Entiendo tu indignación pues es la mía, entiendo tus palabras y las comparto, pero tu postura es una postura antigua que solo hará que las cosas empeoren. Hay que aceptar nuestra situación, debemos aceptar que para el hombre blanco somos mano de obra barata.

Esta vez la exhalación es audible hasta por el hombre blanco, quien se pone alerta.

Joven: Les pido que no se indignen y me escuchen, si aceptamos nuestra situación comprenderemos nuestro poder. Somos mano de obra barata para el hombre blanco, sí, pero esto quiere decir que el hombre blanco nos necesita o, mejor dicho, necesita el fruto de nuestro trabajo y ahí radica nuestra palanca, aquello que tenemos para negociar, el producto de nuestro trabajo, eso es lo que tenemos para ofrecer o para retirar.

Gamonal: No sabes de qué hablas, niño, el hombre blanco no nos necesita, el hombre blanco puede traer más de los suyos para que arrasen con nosotros y con el hogar de nuestros ancestros.

Patriarca: No sabes de qué hablas, niño, de verdad.

Dice uno más y repite otro más y otro más, y entonces el más joven de todos calla, pero no por temor ni vergüenza, calla porque sabe que todavía no ha llegado su hora, que todavía no es su turno (aunque también sabe que no tardará). Las palabras del más joven, y esto también lo sabe él, han quedado colgando, como los pequeños frutos de las palmas de moriche, en las cabezas de algunos indígenas.

Nueve

El hombre blanco ha decidido mudarse a un campamento más adentro, así que los indígenas marchan en fila, hacia la oscuridad, hacia la casa del jaguar, escoltados por los hombres blancos y sus armas. No hay rastro de Kinski ni del viejo por ahora, pero no desesperen, no están muy lejos.

Gamonal: ¿Hasta cuándo marcharemos?
 Hombre blanco: Hasta que lleguemos.
 Patriarca: ¿Y cuándo llegaremos?
 Hombre blanco: Cuando lo hagamos.
 Gamonal: ¿Y cuándo lo haremos?
 Hombre blanco: Hablen menos y anden más.
 Patriarca: Pero, ¿dónde vamos?
 Hombre blanco: Vamos a establecer un campamento nuevo, más adentro, vamos a buscar más árboles para derribar.
 Desconsuelo: ¿Y si llegamos a la casa del jaguar?
 Hombre blanco: Lo cazaremos y lo comeremos.
 Cualquiera: ¡Miren!

207

Uno de los indígenas señala hacia la base de un árbol donde se descomponen los restos de un cadáver. De repente, el hedor lo inunda todo. Todos se llevan la mano a la nariz y detienen su marcha.

Gamonal: ¡Es el mayor, el que siempre andaba un poco separado del resto!
 Desconsuelo: ¡ No puede ser!

El más joven entiende que su hora ha llegado y sale corriendo hacia el cadáver putrefacto del anciano y lo confirma:

Joven: Es él.

El desconsuelo se apodera de los indígenas mientras el alivio lo hace del hombre blanco. Murió el viejo hablador, el cobarde que intentó escapar en la noche, y entonces sintiéndose victorioso, el hombre blanco aprovecha para hacer sentir su fuerza latigando la espalda del más joven.

Hombre blanco: ¿Quién te autorizó para salirte de la fila? ¡Da la vuelta!
Continúen la marcha. ¡Adelante, no paren hasta que se les dé la orden!

De repente, el cadáver del más viejo se pone de pie, se limpia las hojas y la podredumbre y se une de nuevo al grupo. Ninguno puede verlo. El grupo sigue avanzando penosamente por aquella interminable red de follaje hasta alcanzar un pequeño claro. Ahí se detiene la caravana. Los indígenas lloran sin cesar.

208

Lloroso canto indígena:

El mayor se ha ido para siempre
y no habrá nadie que venga.
Hay que decirlo abiertamente,
ya no importa nuestra arenga.

Copión y risueño canto blanco:

El mayor se ha ido para siempre
y no habrá nadie que venga.
Hay que decirlo abiertamente,
ya no importan sus arengas.

Lloroso canto indígena:

Nos invade el desconsuelo de saber
que ninguno entre nosotros es capaz
de por fin anochecer
al hombre blanco y su disfraz.

Risueño canto blanco:

No hay que ser sabio para entender
que no existe ave rapaz
que pueda algún día vencer
al hombre blanco y voraz.

Diez

En el nuevo campamento, los indígenas trabajan como autómatas, sus espíritus están en otra parte, el desconsuelo les está royendo el tuétano. El más viejo no desampara al más joven, lo ve hacer, le susurra cosas al oído. Los vivos, sin embargo, no pueden escuchar a los muertos, así que sus consejos son en balde.

Joven: Debemos organizarnos.

Pero otro de los indígenas, uno mayor, no quiere saber nada de ideas nuevas.

Gamonal: Cállate. Trabaja.

Y otro lo contradice:

Patriarca: Déjalo hablar.

Joven: Debemos organizarnos. ¿Cuántos árboles tala cada equipo diariamente? Debemos reducir la tala. Si les toma medio día talar un árbol, alárguenlo a día entero. Si talan dos, talen uno y medio, si talan uno y medio, talen uno. Reduzcan la tala esta semana y autorícenme para hablar por nosotros, yo iré a dialogar con el hombre blanco.

Kinski: El hombre blanco no dialoga, te van a matar.

Sí, es Kinski otra vez, ha regresado y se involucra –¡te extrañábamos, Kinski!–, pero solo el más viejo puede verlo y responderle.

Viejo: No lo harán, Kinski. Nos necesitan. Bien lo sabes.

Joven: Asegúrenme que reducirán la tala.
Kinski: ¡Te van a descuartizar a latigazos, imbécil!
Viejo: No lo harán, el más joven tiene un plan. Y el imbécil eres tú que me dejaste morir intoxicado, ¡cabrón!

Y diciendo esto, el viejo se lanza contra Kinski y se trenzan en una lucha fantasmagórica y terrible, pero lenta y sin prisa. Al fin y al cabo, tienen toda la eternidad para resolver sus diferencias.

Kinski: ¡Tu muerte es parte del plan, *petit con!* No te preocupes que mi ira no ha sido todavía desatada.
Viejo: Mi muerte es producto de tu idiotez, imbécil.
Joven: Bajen el ritmo, yo hablaré con el hombre blanco al final de la semana y todo cambiará.
Patriarca: Eres joven y no sabes nada. Te matarán y nos castigarán con más ahínco. No reduciremos la tala.
Joven: Reducir la tala será una manera de decirles que el control del trabajo no lo tienen ellos, lo tenemos nosotros. Esto es una sociedad, y como en toda sociedad, los socios deben ocuparse del bienestar de los otros socios. Podremos pedir beneficios. Por favor. Se los pido por esta semana.
Kinski: Bueno, hay que admitir que al menos un par de huevos de plomo sí tiene el muchacho. ¡Quítate de encima de mí, viejo putrefacto!
Viejo: Ya te lo dije, demonio de mierda, el joven tiene un plan. Va a obligar al hombre blanco a negociar, y al resto de nosotros a seguirlo. ¡Y no me quito de aquí, majadero!
Kinski: Tú ya estás muerto, no puedes seguirlo. ¡Que te quites te digo! Y además te necesito muerto porque,

Joven: cuando el plan del muchacho falle, tú y yo vamos a descargar finalmente nuestra ira, una ira monumental, apocalíptica, terminal, sobre los cabezas calvas y les enseñaremos a quién pertenece realmente esta selva. Sé que es difícil creer que las cosas cambiarán, por eso debemos debatir entre nosotros cuáles serán nuestras exigencias para el hombre blanco, ¿quién está de acuerdo conmigo?

Y lentamente y uno por uno, los indígenas van asintiendo en silencio. Algunos pocos se niegan a aceptar esta propuesta nueva y, en su opinión, descabellada, y mueven la cabeza de un lado al otro, casi con impotencia, rechazando las palabras del más joven. Kinski logra liberarse de la tenaza de su enemigo y sale por donde entró. El más viejo comienza nuevamente a cuchichear cosas al oído de nuestro joven héroe.

Once

En la noche, en la barraca de los indígenas, uno de ellos, uno con autoridad, uno de los que lo ha contrariado anteriormente, se acerca a la litera donde duerme el más joven y, acuclillándose a su lado, lo despierta. El fantasma del más viejo no le quita los ojos de encima.

Patriarca: ¡Ey! ¡Ey, tú, despierta!
 Joven: ¿Qué quieres?
 Patriarca: Quiero hablar contigo.
 Joven: ¿De qué?
 Patriarca: ¿Crees que tu plan puede funcionar?
 Viejo: ¿Qué estás tramando, viejo zorro?
 Joven: Creo que mi plan es nuestra única salida.
 Patriarca: ¿Y no temes que reducir la producción solo cause más penuria y muerte entre nosotros?
 Joven: Si lo hace, será necesario. No podemos continuar así, no podemos seguir desapareciendo uno a uno borrados por el látigo del hombre blanco.
 Patriarca: Por eso mismo.
 Joven: Por eso mismo debemos probar mi plan, ¿me ayudarás?

213

El otro calla y lo piensa, reflexiona largamente. Sabe que si acepta el plan del más joven, los otros también lo harán.

Patriarca: Quisiera creer que tienes razón.
 Viejo: La tiene, imbécil.
 Patriarca: Pero me temo que la has perdido.
 Viejo: El que la ha perdido eres tú, viejo malintencionado, ¿qué estás tramando?
 Patriarca: Si alguno de nosotros muere por tu culpa, ¿podrás cargar eso en tu conciencia?

- Joven: Si alguno de nosotros muere por no haberme ayudado, ¿podrás cargar eso en tu conciencia?
- Viejo: ¡Tenga!
- Patriarca: Estás convencido de tu causa.
- Joven: Estoy convencido de mi plan. Sé cómo piensa el hombre blanco, lo observo todos los días. En silencio. Los observo sin juzgarlos, los miro de lejos y, poco a poco, sin preconcepciones, he ido entendiendo cómo actúan, cómo hablan, cómo ríen. Y los he llegado a comprender, he llegado casi a predecir sus acciones; por eso sé que mi plan va a funcionar, por eso sé que la negociación es nuestra única oportunidad, pero para negociar no podemos llegar con las manos vacías, debemos reducir la producción. Los troncos que dejemos de cortar serán los que llenen nuestras manos a la hora de plantear nuestras exigencias. Ayúdame.
- Viejo: No necesitas pedirle ayuda a ese viejo, ¡sigue adelante!
- Patriarca: Te ayudaré, pero te advierto que si alguno de nosotros cae por culpa de tus ideas, yo seré el primero en arrebatar el látigo del hombre blanco y azotarte hasta que pidas clemencia.
- Viejo: Sí, sí, sí, cállate de una vez.
- Patriarca: Espero que hayas entendido mi advertencia.
- Viejo: ¡Que te calles de una buena vez, hombre!
- Joven: Mañana comenzaremos a reducir de manera ligera la producción, no debe haber una caída dramática, solo un descenso que inquiete al hombre blanco, pero no uno que les haga acabar con nosotros. ¿Me ayudarás a hacerles entender eso a los otros?

Patriarca:

Lo haré y por el bien de todos nosotros y por el tuyo propio rogaré a los abuelos, al corazón del jaguar, y a todos los grandes sabios que tengas razón en tu propuesta porque, la verdad sea dicha, puede ser nuestra última oportunidad.

Doce

La baja en la producción tiene al hombre blanco con los nervios de punta. Surgen entre ellos diferencias irreconciliables.

Hombre blanco: La productividad ha disminuido, hay que incrementar los latigazos.

Hombre blanco: La amenaza y el castigo me parecen un callejón sin salida. El miedo no ha incrementado la productividad.

Hombre blanco: ¿Crees acaso que los indígenas nos temen? No seas ingenuo, no nos temen, nos desprecian, nos odian, no nos entienden, si fuera por ellos nos comerían vivos, como sus antepasados, volverían al canibalismo. Por eso no debemos bajar los cañones de nuestras carabinas.

216

Hombre blanco: No creo que el panorama sea tan dramático. Los indígenas son cobardes por naturaleza y por experiencia le temen al hombre blanco. Siglos de exterminio les han enseñado que con nosotros no se juega. Por eso el temor en este caso es inoperante, ellos de entrada nos temen. Inclusive sin las carabinas ni los látigos, nos temen.

De repente, altivo y magnánimo, entra Kinski. El viejo aparece también, pero se sienta a un lado, observa a Klaus con recelo, todavía no lo ha perdonado. El antiguo actor alemán avanza hasta el centro de la asamblea y abre los brazos como ante un público extático diciendo: "aquí estoy, ya he llegado, mi ira se apresta a escapar de mí como la idiotez lo hace de sus bocas, no esperen más", si los otros pudieran verlo seguramente quedarían paralizados por su donaire.

Kinski: Soy yo. Sí. Kinski, Klaus Kinski. Detengan lo que hacen.

Hombre blanco: ¿Y entonces qué propones?

Kinski: Escúchenme bien, asamblea de maldad, engendros de la demencia capitalista, enemigos del hombre.

Hombre blanco: Propongo un experimento.

Kinski: Les habla uno más blanco que ustedes, uno de ojos más azules, uno que ha venido a este infierno de ignorancia y mezquindad a darles una lección de la que no se recuperarán.

Hombre blanco: La situación de la empresa no está para experimentos.

Kinski: Sé que les cuesta entender mis palabras. Pero vamos a intentarlo como buenos niños exploradores que son.

Hombre blanco: Por el contrario, la situación de la empresa es tan desesperada, que solo admite experimentos. Lo que yo propongo es, dentro de nuestro esquema coercitivo de producción, mejorar sus condiciones de vida.

Hombre blanco: ¡¿Cómo se te ocurre?! Eso solo los volverá perezosos. Además, les enviaría el mensaje equivocado: la productividad disminuye y como premio se les mejoran las condiciones de vida.

Kinski: ¡Escúchenme, *scheibe*! ¡Les habla Klaus Kinski, el demonio de ojos azules!

Hombre blanco: No sería como premio sino como incentivo. Sería una manera de decirles que, justamente porque nos preocupa su capacidad productiva, nos ocuparemos de que vivan bien para que puedan producir.

Kinski: ¡Que me escuchen, malditos imbéciles! ¡Me dispongo a liberar una ira sobre ustedes como no ha sido vista antes por selva alguna!

Hombre blanco: ¿Sabes por qué no va a funcionar tu idea?
Kinski: No escuchen entonces si no quieren, canallas, mi ira solo será más intensa. ¡Llegó la hora, viejo, ven!
Viejo: Ya no confío en ti, Kinski, no he olvidado nuestra rencilla.
Kinski: ¡Vamos a prenderles fuego a sus cabezas con nuestro aliento de muerte!

Kinski hace una pausa dramática y luego suelta una risa macabra.

Hombre blanco: Tu idea no va a funcionar porque estás usando tu mentalidad de hombre blanco para tratar de entender al indígena. Las cosas no funcionan así.
Kinski: ¿Qué te parece mi plan?
Viejo: Eso no es un plan, Kinski, es una idiotez.
Kinski: ¡No, no! ¡No estás entendiendo, viejo! ¡Vamos a soplar fuegos fatuos en sus caras! ¡No sabrán qué los atacó!
Hombre blanco: Si este aserradero se va a pique es por una mentalidad cerrada y prejuiciada como la tuya.

Kinski se lanza a su plan con un vigor inédito, mírenlo correr, de un hombre blanco al otro, soplándoles la cara, intentando encenderlos, intentando iniciar en ellos el fuego de su maldad para que los consuma hasta las vísceras.

Viejo: Es increíble mi idiotez, Kinski, ¿puedes creer que hasta ahora no me había percatado de tu demencia? Lo que he tomado en ti por maldad es solo locura. ¡Por dios si he sido idiota!
Kinski: ¡Dale, viejo, ayúdame! ¡La oxidación de la fosfina y los gases de metano de nuestros cuerpos descompuestos

se encenderán como el alba tras la noche oscura y
 estos epígonos de la maldad volarán en mil pedazos!
 Viejo: Ya cállate, Kinski.

Y justo después de estas palabras del viejo, todos quedan en silencio. Hasta Kinski detiene su maníaco accionar y observa al más joven de los indígenas, quien ha entrado sin permiso –como una luz impoluta en la noche cerrada– hasta los dominios del hombre blanco.

Hombre blanco: ¡¿Qué haces aquí?!

Algunas carabinas se levantan y apuntan hacia el indígena. El viejo se pone de pie y se hace a su lado, recuesta su cabeza en su hombro, le cuchichea cosas al oído, contempla su cabeza.

Joven: Así ha sido siempre.

219

Comienza el indígena y luego de una breve pausa –en la que Kinski mira a todos lados sin saber qué hacer– continúa:

Joven: Ustedes son los cazadores y nosotros sus presas. Ustedes son los tiradores, nosotros los blancos. Nosotros sus blancos.

Hombre blanco: Te vas a arrepentir de haber entrado aquí, muchacho.

Joven: Seguramente, pero escúchenme un poco. No lo hagan por mí, háganlo por la empresa.

Hombre blanco: ¿Por la empresa?

Joven: Yo vengo a decirles lo siguiente: hace una semana hablé con mis hermanos y les pedí que redujeran la tala. Un poco...

Hombre blanco: ¡Maldito!

Dice uno del montón lanzándose hacia él, pero uno más fuerte le pone la mano en el pecho y lo detiene. Kinski se le lanza encima y le sopla en la cara, no funciona, utiliza entonces su cabeza como pera de boxeo, nadie se apercibe del castigo que quiere infligirle el espectro.

Joven: Escúchenme. Lo que les voy a decir les conviene.
Hombre blanco: Lo que convendría es atarte a un árbol y azotarte hasta que se extinga tu último aliento.
Joven: Los invito a que me escuchen primero y luego, con gusto, pueden disponer de mí como consideren.
Hombre blanco: Déjenlo hablar.
Hombre blanco: ¿Qué dices?
Hombre blanco: Déjenlo hablar. Habla. ¿Qué tienes para decir?
Kinski: ¿A él sí lo van a escuchar y a mí no? Manada de zoquetes.

220

Pero a Kinski, la verdad, no le interesa lo que el más joven tenga para decir y decide largarse a rumiar por qué ha fallado su plan. Antes de irse, suelta un sonoro flato y ríe con desprecio por todos.

Joven: Hace una semana les pedí a mis hermanos que redujeran la tala. No mucho, no algo dramático, sería una idiotez reducirla al mínimo, pero sí un poco. Lo hice para venir a hablar con ustedes, para poder estar aquí presente explicándoles que ustedes son los jefes, sí, ustedes dan las órdenes, también, pero los que hacemos el trabajo somos nosotros. Ustedes pueden hacer cuántos planes quieran, pero la verdad es que si esos planes no pasan por nuestros cuerpos, si esos planes no son ejecutados por nuestras manos, entonces no serán más que letra muerta, no serán

- más que buenas intenciones.
- Hombre blanco: ¿Y crees acaso que no sabemos lo que dices?
- Joven: Seguramente, pero no sé si saben que nosotros también lo entendemos y por eso hemos reducido la producción. Un poco, solo un poco. Para que ustedes sepan que nosotros lo sabemos: sus planes pasan por nuestras manos. Sus planes *tienen* que ser aprobados por nuestras manos.
- Hombre blanco: ¿A eso venías, a amenazarnos?
- Joven: No es una amenaza, es un recordatorio. Es hora de que ustedes acepten que en este negocio estamos metidos ustedes y nosotros juntos.
- Hombre blanco: ¡Juntos!
- Joven: Sí. Ese es justamente el punto que ha quedado claro. Ustedes no pueden hacerlo sin nosotros y nosotros, querámoslo o no, estamos trabajando para ustedes. Es un hecho que hemos aceptado implícitamente y que de ahora en adelante aceptaremos explícitamente si llegamos a un acuerdo.
- Hombre blanco: ¿A un acuerdo, insolente?
- Hombre blanco: ¿Qué tipo de acuerdo?
- Joven: Un acuerdo que dignifique nuestra posición en el aserradero. Queremos entrar en una negociación.

Uno de los hombres blancos, uno del montón, no puede contener su ira ante las palabras del indígena y hace restallar su látigo a centímetros de la cara del más joven. El espectro del más viejo lo escupe sin consecuencias. Uno de los líderes habla fuerte:

- Hombre blanco: ¡Detengan su ira! ¿Es que los ofenden las palabras de este indígena? Lo que debería ofenderles es la

posibilidad de que la empresa se vaya a pique. Él ha expresado su posición de manera clara y lúcida, ahora nos corresponde a nosotros entrar a negociar.

Hombre blanco: ¡¿Negociar?! Yo no negocio con indígenas y si ustedes piensan hacerlo, esta empresa no es para mí.

Hombre blanco: Ni para mí.

Hombre blanco: Muy bien, los inconformes pueden salir ahora mismo de esta oficina, ir a recoger sus cosas y venir a hablar conmigo en la tarde para arreglar su liquidación.

Algunos hombres blancos, tres o cuatro, salen indignados, los otros permanecen ahí, expectantes. El fantasma del más viejo se mueve un poco, de manera casi imperceptible, hacia uno y otro lado, como realizando un secreto baile celebratorio.

222

Hombre blanco: Bien, muchacho, parece que lo has logrado. Hemos escuchado tus palabras. Estamos en una posición que nos obliga a negociar, ¿eso es lo que quieres?

Joven: Eso es lo que quiero.

Hombre blanco: Mañana, a esta misma hora, regresa con las exigencias de tu gente y nosotros tendremos lista nuestra posición.

Trece

Esa noche y a la misma hora, en dos lugares diferentes del campamento, ocurren un par de reuniones cruciales para el desenlace de esta historia. En el lado indígena dialogan dos de alta jerarquía.

Gamonal: Puede ser que funcione el plan del menor.
Patriarca: Puede ser que funcione.
Gamonal: Pero la codicia del hombre blanco es muy grande. No nos dejarán salirnos con la nuestra.
Patriarca: No.
Gamonal: ¿Entonces qué propones?
Patriarca: Ya decidimos apoyar al más joven, hay que seguir adelante con el plan.
Gamonal: Sí.
Patriarca: Pero la única salida vendrá después de que su plan fracase.
Gamonal: ¿Qué quieres decir?
Patriarca: El más joven será asesinado por el hombre blanco.
Gamonal: ¿Y si no lo asesinan?
Patriarca: Lo harán.
Gamonal: Yo también lo creo, pero, ¿y si no sucede?
Patriarca: Una carabina anónima lo hará.
Gamonal: Quieres decir...
Patriarca: Quiero decir que el más joven será la chispa que encienda la revolución.
Gamonal: No es costumbre nuestra matarnos entre nosotros.
Patriarca: El plan del más joven nos llevará a la perdición. Si su plan se llevara a cabo, sería la puntilla final a nuestra dignidad, sería aceptar definitivamente nuestro papel de esclavos de los blancos.

Gamonal: ¿Entonces por qué le diste tu apoyo?
Patriarca: Porque necesitamos que el más joven despierte la esperanza entre nosotros.
Gamonal: Y luego tú acabarás con todo.
Patriarca: Una carabina anónima lo hará. Y nacerá el mártir que por fin podrá liberarnos del hombre blanco.
Gamonal: Nos masacrarán.
Patriarca: No. Los masacraremos. Es la única salida. O los acabamos o nos acaban. El asesinato del más joven nos liberará por fin del hombre blanco. Es nuestra única salida.

Catorce

Al mismo tiempo, en la oficina del hombre blanco, dos de los dirigentes de la empresa dialogan.

- Hombre blanco: ¿Entonces vamos a negociar?
- Hombre blanco: ¿Tú que crees?
- Hombre blanco: Creo que no es nuestra costumbre. Creo que nos costará mucho.
- Hombre blanco: Lo bueno es que las carabinas y la fuerza están con nosotros. Mientras la posibilidad de su exterminio esté con nosotros, ellos negociarán desde el rincón, desde lo que les dejemos negociar.
- Hombre blanco: ¿Y qué les dejaremos negociar?
- Hombre blanco: Nada.
- Hombre blanco: Entonces no negociaremos.
- Hombre blanco: Sí lo haremos, pero negociaremos para llegar a lo mismo, para legitimar nuestra posición. Tú sabes que, siendo realistas, los indígenas no tienen cómo ponernos en jaque.
- Hombre blanco: Pero, ¿y la baja en la producción? ¿Y si de verdad prefieren morir antes que hacer rendir a la empresa?
- Hombre blanco: Entonces morirán.
- Hombre blanco: Y con ellos lo hará la empresa.
- Hombre blanco: La empresa nunca morirá, la empresa tiene la posibilidad interminable del capital y las conexiones políticas. Traeremos colonos, llenaremos esto de hombres blancos, de todos los miserables de nuestra raza que se mueren en las calles de las ciudades, lo inundaremos todo con ellos y la empresa seguirá adelante.

- Hombre blanco: ¿Y para qué entonces la pantomima de la negociación?
- Hombre blanco: Para acabar de una buena vez con la inconformidad de los indígenas. Ellos terminarán por entender que sus propuestas son inaceptables, que ya en las actuales condiciones les estamos dando lo mejor. Entenderán que cambiar las cosas solo haría inviable a la empresa.
- Hombre blanco: Es un plan muy enrevesado y estéril. Lo mejor sería asesinar al más joven. De frente. Que se sepa de dónde sale el disparo. Llegado el más joven, la mejor de sus cartas, lo haremos caer bajo el fuego de nuestras armas. Eso les dará una lección insuperable.
- Hombre blanco: Ni se te ocurra, ¿me escuchas? No se te ocurra hacerlo, ni siquiera se te ocurra comentar tu idea con alguno de los otros. Hay mucho fanático imbécil entre nuestras filas que podría pensar que tu razonamiento es sensato. Te lo advierto de manera directa. Sabes que no me temblaría el pulso, si fuera necesario dispararía contra tu pecho sin ni siquiera parpadear.

Quince

Al otro día llega el momento de la negociación. En medio de los indígenas avanza el más joven; a su lado, llevándolo de la mano y hablando a su oído, va el más viejo. En medio de los blancos, avanza su líder, solo y atento. A campo abierto va el uno hacia el otro a darse la mano para luego sentarse a la mesa. Kinski no está.

Canto del joven indígena:

Hay algunos entre nosotros que no entienden,
algunos creen que nuestra dignidad es rebelde
y afirman indignados que no se venden.
Dicen: al hombre blanco solo el puño abiertamente.

Canto del líder blanco:

Hay algunos entre nosotros que no entienden,
dicen que la majestad no se negocia
y se exaltan gritando que solo la defienden,
pues ningún indígena con su superioridad se asocia.

Coro:

Pero aquí estamos,
ha llegado la hora de negociar
y confiados vamos
a negociar, concertar y acordar.
Y confiados vamos
a negociar, concertar y acordar.

Canto del joven indígena:

Ya verán todos los que dudan de este diálogo,
ya verán cómo superamos los obstáculos
y abandonarán por fin su catálogo
de quejas y verán en mí a su oráculo.

Canto del líder blanco:

Ya dejaremos nuestro viejo decálogo
de prevenciones y sucios cálculos
y haremos del momento algo análogo
a juntar nuestras manos sobre el báculo.

Coro:

228

Pero aquí estamos,
ha llegado la hora de negociar
y confiados vamos
a negociar, concertar y acordar.
Y confiados vamos
a negociar, concertar y acordar.

Finalizado el coro, los representantes de cada grupo se sientan en una mesa al aire libre. Indígenas y hombres blancos, sin mezclarse, la rodean.

Joven:

Vengo a ofrecerles el restablecimiento de la producción a cambio de tres condiciones básicas: formalización de nuestro estatus como trabajadores –no como esclavos–, mejora en nuestras condiciones de vida y participación, a futuro, en las ganancias de la empresa de acuerdo con una tabla de metas.

Pero antes de que el hombre blanco pueda responder, surge Kinski desde las sombras ululando como un desquiciado con el brazo derecho en alto. Su mano va cubierta de una pasta café, mierda. Solo el viejo lo ve y escucha.

Kinski: ¡Lo tengo, viejo, lo tengo observa!

Kinski ha descubierto finalmente cómo desatar su ira sobre el hombre blanco, se abalanza contra ellos con toda la fuerza de su espíritu colérico y uno a uno les embadurna con mierda las caras. Como todos podemos adivinar, ninguno se apercibe de la cólera kinskiana.

Kinski: ¿Lo ves, viejo?

Viejo: Lárgate, Kinski, interrumpes un momento histórico, vuelve a tu sanatorio para espectros.

Kinski: ¿Es que acaso no lo entiendes?

Viejo: ¿Cómo no lo voy a entender, imbécil? Encontraste tu venganza de caca, ¿qué tiene eso de divertido?

Kinski: ¡No, idiota! KK encontró su venganza, que es distinto, encontró el camino de su ira. Esto es solo el comienzo, la humillación, devolverle las heces de sus intestinos podridos es solo el preámbulo, mira esto.

Y diciendo lo anterior, Kinski avanza solemne hasta la mesa, hasta el líder del hombre blanco, disfrutando cada instante clava la mano enmerdada en su pecho, busca el corazón, lo arranca y lo saca con un aullido animal. Ríe. Ríe su risa macabra y celebra su maldad. El hombre blanco con su pecho intacto sigue reflexionando sobre la propuesta del indígena. Solo Kinski es consciente de la efectividad de su venganza. Ulula, celebra, grita mientras arranca corazones blancos a diestra y siniestra. Sin embargo, el disparo de una carabina, el sonido de la pólvora estallando, como el ruido

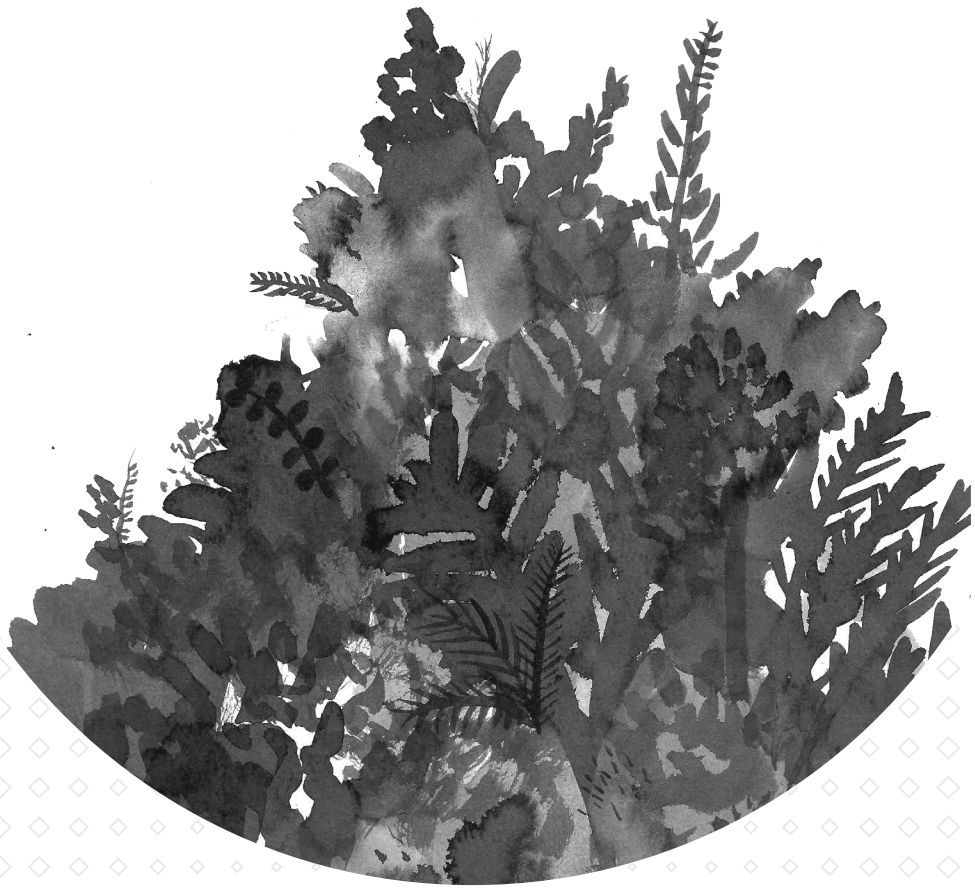
cruel y definitivo del fin del mundo, interrumpe de un tajo la acción. El viejo –mírenlo, ¡pobre!– llora desconsolado. El más joven, entendiendo que todo ha terminado para él, cae hacia un costado, pero resistiéndose a hacerlo. Cae y, teatralmente, rueda hacia delante, como exhibiendo su cuerpo de mártir, como poniendo de manifiesto que su muerte es un punto de inflexión definitivo en la batalla entre el hombre blanco y los indígenas, como dejando saber, quizá, que conocía su destino. El viejo va hasta el cadáver del joven y, poniéndose de rodillas, lo levanta formando una imagen de piedad.


230

Kinski, aturdido por el sonido del disparo, sacude su cabeza, pero luego continúa repartiendo venganza contra unos y otros, riendo y maldiciendo, vociferando, baladrando, casi consumido por la alegría intensa de su propia ira. Algunos de los indígenas, armados de puñales y lanzas cortas, se lanzan contra la turba blanca sin esperar señal. El hombre blanco reacciona, algunos disparan, otros no tienen tiempo ni distancia e intentan dar golpes de culata o de látigo. Los indígenas que no estaban armados reaccionan rápidamente arrancando ramas bajas de los árboles, recogiendo piedras y lanzándose con furia hacia sus enemigos. El hombre blanco, pasada la sorpresa inicial, recupera su equilibrio y dispara a diestra y siniestra. Dos catervas, una mestiza y otra indígena se despedazan hasta el último aliento, dejando que el odio mutuo, idéntico, y sus sangres, exactas, se imbriquen en un caldo denso y repugnante que comienza a inundar el suelo. Kinski, en medio de todo, grita feliz y aúlla satisfecho convencido de que aquella carnicería es obra suya, exultante por la infalibilidad de su venganza. Dos grupos de hombres en un descampado se empeñan con éxito en acabar consigo mismos. Al final, solo habrá cuerpos y gemidos, y por último solo carne deshecha y huesos expuestos. No habrá sobrevivientes. La selva reclamará de vuelta, día a día, centímetro a centímetro, el espacio que le fue arrancado por ellos. En el tiempo nada quedará de esta batalla campal, del fin de este mundo, ni siquiera un rayón en la maraña espesa.

Ni mucho menos, por supuesto, los suspiros de tedio de Kinski y los demás espectros, condenados a vagar por este infierno eternamente verde, odiándose para siempre sin poder hacer efectivo su odio.

Afuera de Leticia, 2009 - Buenos Aires, 2012.





**Noche oscura
Lugar tranquilo**

Noche oscura Lugar tranquilo

Para Paz, en Peumalú.

¡Oh noche, que guiaste!

¡Oh noche amable más que la alborada!

Subida del Monte Carmelo, San Juan de la Cruz

Personajes

Encargado (Manuel)

Inquilino (Ignacio)

Magda

Noche primera: El inquilino

Uno

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Dos hombres, dos copas

Inquilino: ¿A qué altura estamos?

Encargado: ¿Dónde?

Inquilino: Acá, sobre el nivel del mar, en Tibizaque.

Encargado: No sé.

Inquilino: Pero estamos más alto que Bogotá, me parece, aunque después de Tierra Negra, uno baja un poquito, ¿no?

236

(El encargado no responde).

¿Y usted vive solo acá?

Encargado: Sí.

Inquilino: Pero no es de acá, ¿no?

Encargado: No.

Inquilino: ¿Es bogotano?

Encargado: No.

Inquilino: ¿De Tunja?

Encargado: No.

Inquilino: ¿De dónde es?

Encargado: De Comodoro Rivadavia, provincia del Chubut, República Argentina.

Inquilino: ¿Ah sí?

Encargado: Sí.

(Pausa).

Inquilino: Qué raro, ¿no?

Encargado: ¿Qué?

Inquilino: Un argentino por acá en Tibizaque.

Encargado: No sé, sí, supongo que no es común.

Inquilino: ¿Y cómo le va?

Encargado: ¿En qué?

Inquilino: Acá, viviendo solo.

Encargado: Bien.

Inquilino: ¿Y qué hace?

Encargado: Cuido ambas casas, limpio el jardín, mantengo la huerta. Bajo al pueblo y compro lo que haga falta, le doy de comer a Gandhi.

Inquilino: ¿Y se aburre?

Encargado: No.

Inquilino: Le pregunto porque esto es una prueba para mí.

(Pausa).

El campo por fin.

Irse a vivir al campo.

Escribir, escribir en el campo.

Cambiar de vida, dejar atrás la mierda diaria, los problemas, los trancones, el Transmilenio.

(Pausa).

Mentira, nunca montaba en Transmilenio.

Encargado: ¿Y su mujer?

Inquilino: Ella sí.

Encargado: ¿También viene a vivir acá?

Inquilino: Va a estar allá y acá al comienzo. Para ella no es tan fácil, tiene su propio negocio, no lo puede dejar abandonado. Para mí fue solo renunciar y ya.

Igual, yo sigo teniendo ingresos así que...

Un apartamento.

Digo.

Tengo un apartamento que me renta algo, entonces puedo estar acá tranquilo.

Bueno, más o menos tranquilo.

Y no tenemos hijos.

Ella tiene que atender su negocio.

Encargado: ¿Y cuándo viene?

Inquilino: En una semana, el viernes próximo.

Encargado: Es linda su mujer.

Inquilino: Magda.

Se llama.

Sí. Es linda.

Medio loca, pero linda.

Encargado: ¿Medio loca cómo?

Inquilino: Medio loca en la vida. Inestable. Muy temperamental. Depresiva. Es la menor de cuatro hermanos, siempre le dieron todo, fue una niña mimada y ahora es una mujer caprichosa.

(Silencio largo).

Encargado: ¿Alguna vez ha visto un ovni?

Inquilino: No.

- Encargado: Va a ver muchos acá. A un tipo de la vereda de Santa Lucía se lo llevaron hace poco y cuando lo trajeron de vuelta, no se acordaba de nada ni de nadie.
- Inquilino: ¿El que salió en las noticias hace como un año?
- Encargado: No.
- Inquilino: Ah, no, ese fue en Tenjo. O Tabio.
Un engaño total. El tipo estaba tratando de estafar gente. Se había escondido todo ese tiempo, nadie se lo había llevado.
- Encargado: Acá sí se llevan gente, no es ningún engaño.
- Inquilino: ¿Los ovnis?
- Encargado: Sí. Y a la mayoría no los devuelven.
- Inquilino: Eso suena a otra cosa.
- Encargado: ¿Qué?
- Inquilino: Digo, que esas desapariciones suenan más bien a otra cosa.
En este país.
No sé cómo será en Argentina, pero acá.
Usted sabe.
- Encargado: No, no sé, en Tibizaque son los ovnis, no sé cómo sea en otros lados.
- Inquilino: Bueno, pero estamos en Colombia, hombre, a la gente acá la desaparecen, no desaparece sola.
- Encargado: Yo no he dicho que desaparezcan, se las llevan los ovnis que es otra cosa.
- Inquilino: ¿Y usted cree eso?
- Encargado: No es cuestión de creer.
- Inquilino: Bueno, no sé, pero yo no creo en ovnis.
- Encargado: Que usted no crea no los hace menos reales. Salga a la carretera y mire hacia el Cerro, son lucecitas en el cielo.
- Inquilino: Yo soy como Santo Tomás: ver para creer. Hasta que no vengan y me lleven, no creeré en nada.
- Encargado: Santo Tomás terminó creyendo y convertido en santo.

(El inquilino ríe).

Inquilino: Pero, entonces, ¿usted conoció a Magda?

Encargado: El primer día que vinieron.

Inquilino: Ella no vino el primer día, ¿no se acuerda? Vine yo solo. Hablamos abajo en el portón. Yo no me atreví a entrar porque me dio miedo del perro. No me gustan los perros grandes, en particular los pastores alemanes, no confío en ellos.

Encargado: Ese fue el primer día que hablamos, pero no fue el primer día que vinieron.

Inquilino: Habíamos venido antes, pero no estuvimos acá ni lo vimos a usted.

Encargado: Yo estaba en el pueblo un domingo y los vi en la plaza. Estaban compartiendo un choclo asado. Su mujer tenía unos bluyines apretados y una camisa azul de manga larga, de rayitas blancas, con un bordado rojo en el bolsillo del pecho. Las gafas de sol le sujetaban el pelo y tenía la boca brillante por la manteca del choclo.

Inquilino: Yo no lo vi a usted.

Encargado: No, claro que no.

Inquilino: Había mucha gente.

Encargado: Los domingos siempre hay mucha gente en la plaza, es día de mercado.

Inquilino: ¿Va a ir este domingo?

Encargado: Sí.

Inquilino: A lo mejor bajo con usted, ¿le parece?

Encargado: Sí, así me ayuda a traer un par de bultos de abono que tengo que comprar.

Inquilino: Podemos ir en el carro si quiere.

Encargado: Mejor, sí.

(Pausa).

Inquilino: Creo que nos vamos a hacer bien usted y yo.

Encargado: Ya veremos.

Inquilino: Va a ser bueno para usted tenerme acá de inquilino.

(El encargado no responde).

Dos

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, un computador portátil

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Una copa, un plato sopero y una cuchara

El Inquilino habla por celular

Inquilino: Sí, es la casita que parece como de cuento de hadas, todos los días me has preguntado lo mismo, Pichi, ¿qué te pasa?

No, te lo vuelvo a explicar: sales de la plaza por la esquina de la iglesia hacia la montaña que se llama el Cerro del Alemán.

No sé. O lo habrá descubierto un alemán, ni idea.

La última casa del área urbana del pueblo tiene una cenefa roja, no te puedes perder, va a estar a tu derecha. De ahí, sigues un kilómetro y medio por el camino de tierra, pasas una construcción grande rodeada de pinos, que es la champiñonera; doscientos metros después, el camino voltea hacia la izquierda, como si fuera a bajar hacia Zipacá –solo que no baja–, y ahí te encuentras un portón hecho de madera de pino, muy lindo y pesado, con el nombre pirograbado de la propiedad: Monte Carmelo.

No, esa es la del encargado, esta no se ve desde el portón. Es más linda y más grande.

Tres cuartos, dos baños, comedor, sala y cocina. Y un rinconcito bonito, como un estadero-mirador con vista al Cerro. Ahí es que me siento a escribir. No te imaginas la delicia. Bueno, me ha rendido, pero igual quisiera que me hubiera rendido más. No sé. No es fácil, a veces me suena falso

todo lo que escribo, como un aviso publicitario, superficial y tonto, muy melodramático. Pasado mañana lees algo a ver qué opinas.

Bueno sí, pero espérate a que lo leas antes de decirme que está bien.

¿Quién?

Ah sí, es un personaje, tienes que conocerlo.

No sé, es medio idiota, pero es buena gente.

No, no todo el mundo me parece medio idiota, pero este sí; me vas a dar la razón cuando lo conozcas.

Dice que es argentino.

Ni idea.

No, no sé, eso dijo.

Es el encargado de las casas, Magda, no es mi mejor amigo.

De Coronel Rivas o algún nombre así que yo nunca había oído.

Pregúntale tú cuando vengas, yo no creo que...

243

(El inquilino va a tomar un poco de aguardiente, pero la copa llena cae sobre la computadora).

¡Putá! ¡Maldita sea!

¡Putá! ¡Hijueputa!

Nada.

Nada, nada. Hablamos más tarde.

(El inquilino tira el teléfono a cualquier lugar de la mesa, levanta la computadora y la pone de costado para que escurra el líquido. Busca un trapo y trata de secar el aparato. El teléfono celular comienza a sonar. Él no responde).

Tres

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Dos hombres, una mujer, tres copas

Encargado: Aquí, en Colombia, vivo hace veintidós años, pero en Monte Carmelo hace solo cinco.

Magda: ¿Y por qué se vino para acá?

Encargado: ¿Para Monte Carmelo?

Magda: Sí.

Encargado: Por el dueño. Yo estaba perdido y él me dio trabajo. Es más que un amigo, es un mentor.

Magda: ¿Y qué hacía antes?

Inquilino: Ya deja el interrogatorio, amor, llevas asándolo a preguntas toda la noche.

Encargado: No, está bien, a mí no me importa.
(A Magda). Lo mismo que ahora, aprender cosas.

Magda: ¿Cuidaba otras casas?

Encargado: No.

Magda: ¿Y por qué llegó a Colombia?

Encargado: Cuando cumplí veinte, quería salir del pueblo, conocer el mundo.

Inquilino: Y se vino a Colombia a conocer el mundo.

Encargado: No, me fui a Bolivia, pero un país llevó al otro y así fui llegando.

Magda: ¿Y por qué se quedó en Colombia?

Encargado: ¿La verdad?

Magda: Sí.
Encargado: Por las mujeres.

(Pausa).

Mentira. Pero eso es lo que todos responden, ¿no?
No sé, supongo que es un país ideal para mí, para lo que soy. Como decía Luca Prodan, "soy cazador y guerrero".
Y este es un país así.

Magda: ¿Y no extraña a Argentina?

Encargado: No. (Sin cantar). Ya no soy de aquí ni soy de allá, no tengo edad ni porvenir y ser feliz es mi color de identidad.

Magda: O sea que está aquí de paso.

Encargado: ¿Y acaso no lo estamos todos?

(Pausa).

245

Magda: ¿Y qué otras partes de Colombia conoce?

Encargado: El Amazonas, la Sierra Nevada, los Llanos.

Magda: Conoce Colombia mejor que nosotros.

Encargado: Trabajé cerca de Yopal, en una plantación de coca.

Magda: ¿Y no le daba miedo?

Encargado: No, ese era el trabajo que había. De eso vivíamos la mayoría. En esa plantación y en otras que quedaban más adentro en el monte.

Magda: ¿Y no había policía?

Inquilino: ¿Qué es esa pregunta tan boba, Magda?

Encargado: Yo era raspachín nada más, arrancaba las hojas. La policía no se metía con nosotros.

Inquilino: Bueno, ya basta de interrogatorio, Pichi.

Más bien, cuénteles de los ovnis a esta mujer a ver qué opina.

(Pausa).

Encargado: Pero yo sí estuve en la cárcel, si eso es lo que quiere saber.
Pasé ocho años en La Modelo.

(Pausa).

Cuando salí, me fui a la selva y me perdí.
No sé cuánto tiempo.
Antonio, el dueño de Monte Carmelo, me encontró, me sacó de la manigua y me puso a trabajar acá.

(Pausa).

Inquilino: ¿Y qué hizo, hombre, mató a alguien?

Encargado: No.

246

(Pausa).

Magda: ¿Pero por qué lo metieron a la cárcel?

Encargado: Por un amor maldito.

Inquilino: Será un amor malito, entonces.

Encargado: Me alegra que le parezca gracioso.

Magda: No le pare bolas a Ignacio, a veces le gusta hacerse el imbécil.

Ignacio: Siga con el cuento, Manuel, no se ponga delicado.

Manuel: Yo trabajaba en la plantación. Éramos unos diez o quince raspachines. Había muchas mujeres, algunos niños y niñas. Había una especial, una morenita, con la piel como el café con leche cuando está bien hecho: Dayra. Con unos ojazos, negros como el mal, y el pelo largo hasta la cintura.

(Pausa).

(A Magda). Unos ojazos parecidos a los suyos.

(Pausa).

Los dos nos mirábamos mientras trabajábamos. Yo le compraba una gaseosa todos los días y se la daba al almuerzo. Le gustaba la Coca-Cola. A mí no. Y menos tibia. Allá todo está tibio siempre.

Había días en que yo estaba concentrado arrancando hojas y sentía que alguien me miraba. Cuando levantaba la cabeza, veía sus ojazos clavados en mí.

Ella sonreía y cuando sonreía, el calor se iba, traía el fresco, la brisa, todas las cosas buenas que no llegan a esa tierra de mierda.

Su sonrisa las traía.

Magda: Estaba enamorado.

Manuel: Sí.

Ignacio: Pero de una niña, ¿no?

Magda: ¿Cuántos años tenía?

Manuel: Doce.

Ignacio: Por Dios, hombre, ¿y se metió con una niña de doce?

Manuel: Yo pensaba que era mayor.

Magda: (A Ignacio). ¿Y ahora te volviste el guardián de la moral?

Ignacio: Pero, Pichi, por favor, ¿una niña de doce años?

Manuel: Una tarde terminamos de trabajar y yo me fui a tomar a la cantina. Solo. No tenía amigos ahí, no confiaba en nadie. Había mucha gente muerta. Mucho tipo malo. Dayra, en cambio, estaba viva, muy viva, como una lombriz recién desenterrada, viscosa y agitada.

Ignacio: El escritor debía ser usted, hombre, qué imágenes.
Manuel: ¿Y quién le dice a usted que no soy escritor?
Ignacio: Nadie, no sé, ¿es escritor?

(Los dos hombres se miran a los ojos. Pausa).

Manuel: Vivir es escribir con carne y tendones.
Magda: *(Impidiendo la posibilidad de debate).* ¿Qué quiere decir con gente muerta?
Manuel: Gente que no tiene vida, que se levanta temprano, recoge las hojas, se aguanta el maltrato de los demás sin decir nada y cuando cae la noche, se va a cualquier rincón a dormir hasta el otro día. Y si se acaba el trabajo o los echan, se van a otro lado sin decir nada. Gente que no tiene nada por dentro, ni siquiera miedo, gente apaleada y muerta.

248

(Pausa).

Ignacio: ¿Y qué pasó en la cantina?
Manuel: En la cantina, nada.
Me tomé algunas cervezas y media botella de aguardiente y salí para la casa. Una señora me alquilaba una pieza. Desde la esquina, antes de llegar, supe que era Dayra la que estaba sentadita en el escalón de la puerta de entrada. No había luz en la calle porque el farol de mitad de cuadra estaba fundido, pero yo sabía que era ella. La sangre me comenzó a galopar por las venas del cuello.
Magda: Lo había ido a buscar.
Manuel: Sí. Su mamá la había mandado a decirme que no podía aceptar más Coca-Colas, que no me aceptara regalos.
Magda: ¿Pero por qué fue a buscarlo a esa hora?
Ignacio: Seguro estaba ahí desde más temprano.

Manuel: La miré a los ojos, esos ojitos que parecían querer saltar, tirarse de los cuencos. Le puse la mano en el hombro y comenzó a temblar. Yo supe de inmediato que era su deseo que la hacía temblar, sus ganas de hombre de verdad, de mí. La tibieza de su piel agitándose bajo mi mano, tiritando de calentura. Me acerqué y la besé. Ella no abrió la boca y volteó la cara esquivándome. La vergüenza, seguro nunca había besado a nadie. Le dije que podía estar tranquila, que no se preocupara, que el primer beso siempre es torpe. Metí una mano por dentro de su camiseta y le estrujé uno de aquellos senos perfectos. Me di cuenta de que iba a gritar. De emoción, de placer, iba a dejar salir un grito, pero entonces le tapé la boca. Le dije que se quedara callada, que la gente no iba a entender lo nuestro, que era mejor que lo hiciéramos en silencio. Tenía una faldita hasta la rodilla que empujé hacia arriba con mi pierna derecha. Me bajé la bragueta con la mano libre, tenía la verga dura como nunca, erecta y palpi...

Ignacio: Bueno, hombre, a ver que ya entendimos, ahórrenos los detalles.

Magda: Cállate, Ignacio, déjalo que hable.

Manuel: No hay mucho más qué decir. La penetré ahí mismo, contra la puerta de la casa. Dos, tres veces y luego una explosión en mi cabeza, en mi vientre, la oscuridad, el amor, los arcanos mayores, la muerte.

Ignacio: Pobre niña.

Magda: A ver, Nacho.

Manuel: Se liberó de mi agarre y salió corriendo, llorando y pidiendo auxilio. Yo me quedé ahí, con un pie en este mundo y el otro en... no sé... la ultratumba, un lugar que era a la vez infierno y medio día.

No pasó mucho tiempo, no sé quién llegó ni cuántos eran, no sé dónde me pegaron primero ni dónde me dieron después, pero no dejaron ni un solo centímetro sin golpear. Me salvó un policía que estaba haciendo la ronda. Me encerraron en el puesto de salud y de ahí me mandaron a Bogotá medio muerto. Cuando me recuperé, estaba en La Modelo, donde estuve enjaulado casi ocho años.

Nunca vi a Dayra otra vez. No sé qué será de ella.

(Silencio largo).

Magda: ¿No les parece que el viaje hasta Tibizaque es más largo de lo que uno espera?

Yo, por lo menos, pensé que me iba a... *(No termina la frase).*

Hace calor y frío al mismo tiempo aquí, ¿no?

Está tarde, estoy muerta.

250

(Pausa).

Me voy a la cama.

Sigan acá tranquilos.

(Magda hace algún ademán de despedida y sale por la puerta que lleva al interior de la casa. Ignacio sirve otra ronda de aguardiente y los hombres lo toman despacio y en silencio. Manuel mira por la ventana, Ignacio deja la vista fija en el suelo).

Cuatro

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Ignacio y Magda

Magda: ¿Y si nosotros también estamos muertos?

Ignacio: ¿Qué?

Magda: Eso.

Muertos.

Lo que dijo Manuel sobre la gente en la plantación, lo de la gente muerta.

Ignacio: ¿El tipo nos cuenta que violó una niña y eso es lo que te queda a ti de la conversación?

Magda: En este tiempo sin ti en Bogotá llego al apartamento, preparo algo rápido en la cocina, prendo la televisión, le quito el volumen y me siento en el estudio a comer. Las imágenes pasan rápido, una detrás de otra, el único ruido es el de mi boca o el del cubierto contra el plato, nada más. Veo imágenes de noticias, de todas las cosas horrendas y estúpidas que pasan en este país, y me quedo ahí sentada, ni cansada ni animada, sintiéndome vacía.

Ignacio: Llama a alguna amiga, sal a comer, ve a cine.

Magda: Cuando llego a casa, después de trabajar, entro, prendo la luz y ¿sabes qué veo?

Ignacio: ¿La sala y parte de la cocina?

Magda: Veo un precipicio.

Estoy parada en el borde y puedo observar claramente abajo el vacío de mi existencia, la nada total.

(Silencio).

Ignacio: Ni tú ni yo queremos hijos.

Magda: Quién dijo algo de hijos, te estoy diciendo que me siento vacía nada más.

(Pausa).

Ignacio: Hubiera sido un desastre que hubiera vivido, Magda, no hubiéramos sabido qué hacer con él, me siento mal de decirlo, pero estuvimos de buenas.

Magda: ¿Quieres hablar otra vez del tema, Ignacio, quieres que volvamos a discutirlo?

Ignacio: No.

Magda: Entonces no lo pongas sobre la mesa.
No estoy hablando del niño, no estoy hablando de ser padres, estoy hablando de otra cosa.
¿Por qué te fastidia que te hable del tema?

252

Ignacio: No me fastidia.
No sé de qué tema estás hablando, no te entiendo, eso es todo.

(Pausa).

Y el niño, por si no lo recuerdas, tenía nombre: Alfonso.

Magda: ¿Por qué te fastidia tanto que te diga que me siento vacía?
No tienes que sentirte culpable, esto no tiene nada que ver contigo.

Ignacio: ¿Culpable?
Qué estupidez.

(Silencio).

Magda: Eres un cobarde de mierda, Ignacio, eso es lo que eres. Y Tibizaque no te va a salvar, para que lo sepas.

(Silencio largo).

Ignacio: Lo único malo de esta casa es el perro asqueroso que no deja dormir.

Magda: No te estás tomando la pastilla, por eso no estás durmiendo.

Ignacio: Es por ese puto perro que no deja de hacer ruido, alguien debería hacer algo con él.

Magda: Entonces hazlo y deja de quejarte.

Ignacio: Es imposible dormir con esa ladradera.

Magda: Es la pastilla, tienes que tomártela porque si no, no puedes dormir.

El peso de tu cobardía viene y se te sienta encima y te deja sin aliento. Por eso no puedes dormir.

Ignacio: Claro, Magda, tienes razón, ¡es mi cobardía, gracias por explicármelo!

(Silencio).

Magda: Leí tu texto.
Lo que estás escribiendo.

(Pausa).

Es más interesante el personaje de la esposa que el del protagonista.

Ignacio: ¿Te parece?

Magda: Supongo que luego explicarás por qué se suicida.

Ignacio: No sé.

Magda: ¿No sabes por qué se suicida o no sabes si lo vas a explicar?

Ignacio: Ninguno de los dos.

Magda: Yo creo que es fácil saber por qué se suicida.

Ignacio: ¿Porque cuando llega a su casa se siente vacía?

Magda: No, porque se casó con un imbécil que le arruinó su vida.

Ignacio: Podría divorciarse.

Magda: Y hacer qué, ¿buscarse otro hombre? ¿Quedarse soltera?
¿Volverse lesbiana? ¿Seguir viviendo?

Ignacio: Sí.

Magda: No entiendes nada entonces.
No se puede volver a empezar.

Ignacio: ¿Pero por qué querrías volver a empezar?

Magda: No estamos hablando de mí, Ignacio, estamos hablando de
tu personaje.

Ignacio: Bueno, ella no tendría que volver a empezar, podría seguir
simplemente, seguir respirando, viviendo, día a día. Alejarse
de él.

Dejarlo en paz.

Magda: ¿Después de lo que han vivido juntos?

(Pausa).

¿Después de lo que ha hecho por ellos?

254

(Silencio).

Ignacio: ¿Qué pasó, Magda? ¿Qué nos pasó?

Magda: Pasó que la cagamos.

Ignacio: Sí.

Magda: La cagamos feo y ya no hay quién arregle esto.
Ni quién nos arregle a nosotros tampoco.

(Silencio).

Ignacio: ¿Seguro que no quieres ir conmigo a Bogotá mañana?

Magda: No, Sonia va a atender la tienda estos días, quiero ver cómo
le va estando sola.

Quiero ver cómo me va a mí acá sola.

Ignacio: Igual yo vuelvo el domingo, el tipo va a tener listo el computador el sábado por la tarde.

Magda: Son solo cuatro días.

Ignacio: Y no vas a estar sola, cualquier cosa que necesites, Manuel te puede ayudar.

(Pausa).

Magda: Manuel.

¿No te importa dejarme sola con él?

(Ignacio mira a Magda en silencio. Pasado un rato, se para y sale por la puerta que lleva al exterior. La mujer, a través de la ventana, lo ve alejarse en la noche paramuna. Un perro empieza a ladrar).

Noche segunda: Magda

Cinco

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Magda y Manuel

Magda: Ya aparecerá, no se preocupe.

Manuel: No sé, nunca había desaparecido antes.

Magda: Era... El perro...

Perdón, ¿es suyo?

Manuel: No, es de Antonio, estaba aquí cuando yo llegué.

Magda: Pero usted le cogió cariño, lo adoptó como si fuera suyo.

Manuel: Él me adoptó a mí.

Me aceptó y me enseñó a tratarlo.

Es un maestro a su manera.

Magda: *(Riendo)*. Es un perro, Manuel, no se ponga trascendental tampoco.

Manuel: ¿No le gustan los perros?

Magda: No sé.

Sí. No.

No me van ni me vienen, la verdad.

A Ignacio no le gustan.

Manuel: Sí, eso me dijo.

Magda: A Ignacio no le gustan muchas cosas.

Manuel: Gandhi nunca le hizo nada a él, ni siquiera le gruñó.

Magda: No lo deja dormir.

- Manuel: Es un perro guardián, ladra en las noches; le ladra a los ovnis, se comunica.
- Magda: Ah sí, me contó Ignacio que usted cree en ovnis.
- Manuel: (Ríe). No es que yo crea, no se trata de creer.
- Magda: ¿Ah no?
- Manuel: ¿A usted le parece que el ser humano ha logrado lo que ha logrado sin la ayuda de nadie?
- Magda: Bueno, mire el estado del mundo, si alguien nos ayudó a llegar a este desastre, mejor que no nos ayude más.
- Manuel: Mire a Jesús, a Einstein, a Martin Luther King, a Gandhi (el indio, no el pastor alemán). ¿Me va a decir que ellos se parecen a alguno de los seres humanos que usted conoce?
- Magda: No, claro que no, hombre, pero es que...
- Manuel: (Interrumpiendo). No se parecen sencillamente porque ellos no fueron humanos. Encarnaron en cuerpos humanos, sí, para que pudiéramos entenderlos, comprender su sabiduría, seguirlos, pero su naturaleza real es desconocida para nosotros. Son seres interplanetarios, seres de luz. Maestros.
- Magda: ¿No le parece que usted ve maestros en todas partes?
- Manuel: Claro que sí, en todas partes hay maestros, a eso vine yo a este mundo, a aprender de las inteligencias que me rodean.
- Magda: Qué afortunado, a mí en la vida solo me rodea estupidez.
- Manuel: Si quiere salgamos y vamos para que vea los ovnis. No hay nada que yo pueda decirle que la vaya a convencer más que la experiencia directa.
- Magda: En un rato, quiero tomarme otro vino.

(La mujer suelta una carcajada).

¿Sabe de qué acabo de caer en cuenta?

Manuel: No.

Magda: De que vino y ovni son anagramas.

(Pausa).

Tienen las mismas letras en diferente orden.

Manuel: Yo sé qué es un anagrama, no me lo tiene que explicar.

(Pausa).

Magda: Ignacio decidió venirse a vivir acá para escribir tranquilo su novela.

Ahora que es escritor.

Manuel: Sí, eso me dijo.

Magda: ¿Qué más le dijo? ¿Le dijo algo sobre mí?

Manuel: Me dijo que usted está medio loca.

Magda: A mí me dijo que usted es medio idiota.

Para Ignacio todos somos medio algo, nunca enteramente, siempre a medias nada más.

Manuel: Debe ser difícil escribir algo bueno viendo todo a medias.

Magda: A lo mejor le sale algo *medio* bueno.

(Pausa).

Manuel: Cierre los ojos.

Magda: ¿Qué?

Manuel: No se preocupe, Magda, cierre los ojos.

(Magda lo mira en silencio como evaluándolo, luego cierra los ojos. Manuel se queda viéndola sin decir nada, pero algo en su disposición, en su manera de mirarla, de encoger y estirar los dedos, da a entender que

él está transmitiéndole algo sin tocarla o tratando de afectarla de alguna manera. Pasan algunos segundos).

Ya.

Si quiere ábralos ya.

Magda: Hmmm.

Qué rico.

(Magda abre los ojos).

¿Qué hizo? ¿Fue y nos robó algo? ¿Sacó mi billetera de la cartera?

Manuel: ¿Descansó?

Magda: Pues...

(Pausa).

La verdad, sí.

¿Qué me hizo?

Manuel: Le pedí a su cuerpo que descansara.

Magda: ¿Ahora sabe cómo darle órdenes a mi cuerpo?

Manuel: Órdenes no, más bien peticiones, sé cómo pedir cosas del universo.

Magda: Pues voy a encargarle que pida unas cositas por mí.

(Pausa).

Manuel: Lo suyo lo puedo ver mejor que lo de Ignacio.

Magda: ¿Lo mío?

Manuel: Ignacio está perdido en un dolor mudo y no tiene ni la más mínima idea de qué hacer, excepto rascarse la herida. Usted

está parada en el borde de ese dolor mirando hacia afuera, hacia el después.

Magda: ¿Y todo esto se lo dictan los ovnis?

Manuel: El problema es que no se atreve a dar un paso en la dirección correcta y esa indecisión la cansa.

Es el cansancio de los errores pasados.

(Pausa).

Deje de pelear contra ese cansancio, Magda, no hay manera de ganar. Ese cansancio ya es parte suya, acostúmbrese y verá cómo camina de nuevo.

Magda: No me joda, Manuel, ¿ahora también es brujo?

Manuel: Brujo no, sanador sí.

(Pausa).

260

Magda: Debe ser lindo creer en todas esas cosas, ovnis, maestros, sanación... ¿También cree en Dios?

Manuel: Claro, ¿usted no?

Magda: No.

Tal vez antes cuando...

Manuel: (Interrumpiendo). Antes del dolor, antes del cansancio, lo entiendo.

Magda: Antes, cuando era niña.

Cuando no había perdido la ingenuidad.

Manuel: Dios es como su belleza, Magda, sigue estando ahí por más que uno pretenda no verla.

Magda: (Riendo). ¡Qué piropo más divino!

Manuel: ¿Sabía que la belleza exterior es el reflejo del alma?

Magda: ¿No entendió el chiste, Manuel?

Piropo *divino... dios... divino...*

(Pausa. Manuel no ríe).

Manuel: Si me deja, yo puedo ayudarla.

Magda: Ayudarme a qué, Manuel, no me joda.

Manuel: Hay vida después del dolor, Magda, yo puedo ayudarla a descubrirla.

Magda: ¿Igual que hizo con Dayra?

Manuel: Lo de Dayra fue un umbral.

Para ella y para mí.

Parte del designio.

Algo que debíamos atravesar.

Los caminos del universo son inescrutables.

Magda: Esa es la peor justificación de una violación que he escuchado nunca.

Manuel: No es una justificación.

Yo acepté el daño y lo pagué: primero me lincharon y luego me encerraron, pero eso es lo humano, que es la dimensión más básica del asunto.

Lo otro son los designios del Arquitecto, del cosmos, que rebasan a nuestro entendimiento limitado.

Magda: Ay, Manuel, no sé si usted se crea eso. A mí no me va a convencer con ese argumento tan conveniente y facilista.

Mejor lléveme a ver los ovnis, a ver si sus maestros se dignan aparecer.

(Manuel y Magda se ponen de pie; él toma de un sorbo el resto de aguardiente que hay en su copa, los dos salen por la puerta que da al exterior en silencio).

Seis

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de vino, un libro de Gómez Jattin

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Una copa

(Magda, con el libro cerrado en una mano y una pañoleta en la cabeza, habla por celular).

Magda: ¿Estás seguro?

No, claro que quiero, sí. Es solo que nunca me has leído por teléfono lo que escribes.

Yo sé, Ignacio.

¿Qué quieres que te diga entonces? ¿Nacho, léelo, por favor, por favor?

No es que no esté de ánimo, es solo que me sorprendiste.

(Suspiro) ¿Sabes qué? Empecemos de nuevo: Hola, amor, ¿has escrito algo nuevo ahora que te arreglaron el computador?

¡Me encantaría que me lo leyeras!

Sí, tienes razón.

(Silencio. La mujer deja el teléfono en la mesa, pone el altoparlante y se sirve un vino).

Lo siento, Nacho, mañana que vuelvas lo leo. O me lo lees, como prefieras.

Ignacio (off): Ok.

Magda: Así a lo mejor avanzas un poco más.

(Magda abre el libro y empieza a leer).

Ignacio (off): Sí.

(Pausa).

Magda: ¿Y qué, todo bien por allá?
Sí, todo bien.

(Pausa).

Ignacio (off): Entonces, ¿las cosas sin problema?
Magda: Ajá.

(Pausa).

Ignacio (off): ¿Y qué has hecho?
Magda: Nada.
Lo mismo.
No mucho.

Ignacio (off): ¿No quieres hablar?
Magda: Sí, sí, hablemos.
Ignacio (off): Pues cuéntame algo.
Magda: ¿Algo como qué?

(Manuel aparece por la ventana y se queda ahí viendo a la mujer. Ella no se apercibe de su presencia).

Ignacio (off): No sé, ¿has hecho algo interesante?
Magda: Hmm, no.
Ignacio (off): ¿Has hecho *algo*, aunque sea?
Magda: Hmm, no.

Ignacio (off): ¿Y sí aguantas tanta emoción?

Magda: Bogotá le sienta a tu sentido del humor.

Ignacio (off): Y Tibizaque le sienta como el culo a tu estado de ánimo.

(Pausa).

Cuéntame al menos una cosa que hayas hecho en mi ausencia y colgamos.

Magda: Fui a ver ovnis al cerro con Manuel.

Ignacio (off): ¿Ah, sí?

Magda: Son unas lucecitas lindas, deberías ir un día.

Ignacio (off): Mejor no.

Magda: Ah, a propósito, Manuel cree que tú le hiciste algo a Gandhi.

Ignacio (off): Pffffff.

El ladrón juzga por su condición.

A mí, el perro ese, poco, pero no lo voy a...

264

(Magda de repente ve a Manuel y grita del susto interrumpiendo a Ignacio).

¡¿Qué pasó, Pichi, estás bien?!

(La mujer se da cuenta de que es Manuel y larga a reírse a carcajadas).

Háblame, Magda, ¿te pasó algo? ¿Qué pasó?

Magda: *(Haciéndole señas a Manuel para que entre).* Nada, nada, casi me muero del susto, eso es todo. Hablamos después, un beso, chao.

Ignacio (off): Pero...

(Magda cuelga. Manuel le hace señas para que salga. Ella se quita la pañoleta de la cabeza, toma un trago de vino, deja el libro en la mesa y sale. El celular empieza a sonar).

Siete

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Dos hombres, una mujer, tres copas

Ignacio: ¿Remedio?

Manuel: Tiene otros nombres también, puede llamarlo como quiera.

Ignacio: ¿Pero remedio?

Magda: Yagé, Ignacio, no te hagas el tonto.

Ignacio: ¿Entonces por qué le dice "remedio"?

Manuel: Porque eso es.

Es un remedio, una medicina para el alma.

Magda: Manuel estuvo viviendo con los indios en el Amazonas.

Ignacio: ¿Y con los extraterrestres en marte no?

Manuel: No hay extraterrestres en marte.

(Pausa).

Humanos sí, una colonia de yanquis que fue en el 69 durante el...

Magda: *(Interrumpiéndolo)*. En el Amazonas vivió con una tribu y un cacique le enseñó a preparar yagé.

(Pausa).

Manuel: *(Corrigiéndola)*. Un taita.

En una comunidad.

No es que me enseñó a prepararlo solamente, fue un proceso.

Él me inició en este camino, me hizo su aprendiz.

Ignacio: Ah, un aprendiz de brujo, como Harry Potter.

Magda: ¿Vio, Manuel? Le dije que era mala idea contarle a Ignacio, él es muy cobarde como para hacer el esfuerzo de entender.

Manuel: (A *Ignacio*). El remedio puede ayudarlo con su dolor, Ignacio.

(*Pausa*).

Ignacio: Veo que se han hecho amigazos ustedes dos, han compartido infidencias.

(A *Manuel*). Magda vive muy sola, es bueno que haya encontrado un amigo.

Sin embargo, no crea que porque ella le cuenta cosas de mí, usted me conoce, porque usted no me conoce nada, compadre.

Nada de nada, ¿me entiende?

Magda: Manuel sabe cosas.

Ignacio: ¡Cosas!

¿Y tú qué, ahora eres su publicista?

Magda: Abre tu cabeza un poco.

Ignacio: ¿Para qué, para que me la coma como hizo contigo? No gracias.

Manuel: (A *Ignacio*). ¿Le puedo decir algo?

Ignacio: Por favor, desparrame su sabiduría sobre mí, ¿cómo no? Ilumíneme.

(*Pausa*).

Manuel: El tiempo de esconderse terminó y usted lo sabe.

Bien en el fondo lo sabe, pero no lo quiere aceptar.

Magda: (A Ignacio). Ahí tiene un punto, ¿no te parece?

Manuel: Es hora de salir de su escondite, Nacho.

Ignacio: ¿Nacho?

Manuel: Es hora de enfrentar, de dejar que fluya lo que ha estado reprimiendo. No puede tapar las arterias, las vías, porque la información se va acumulando y haciendo presión, tallando, hasta que un día explota y se lo lleva por delante. Y la explosión se lleva su cordura también.

Ignacio: Bueno, a usted claramente de eso no le queda.

Magda: (A Ignacio). El yagé nos puede ayudar.

Manuel: Es hora de explorar la trama oculta.

Ignacio: ¡La trama oculta!
¿Qué le hiciste, Pichi? Te dejo con él cuatro días y mira cómo lo volviste: místico y delirante.

Manuel: No es posible mantener los ojos cerrados para siempre, Ignacio.

Ignacio: Magda también tiene poderes como usted, ¿sabe?
Daña al que se mete con ella.
Mejor tenga cuidado.

Manuel: Eso no es rabia, Ignacio, lo que lo hace hablar así, eso es solo...

Ignacio: (Interrumpiendo). No, a ver, un momento, de mis sentimientos me ocupo yo, no me diga qué es lo que estoy sintiendo.

Magda: Es inútil, Manuel, déjelo.

(Pausa).

Manuel: Él es un inútil.
El remedio los puede ayudar a los dos, juntarlos de nuevo, volverlos pareja otra vez, si eso es lo que de verdad quieren.

Ignacio: Entonces no debería llamarse remedio sino milagro.

(Pausa).

Magda: Nunca fuimos pareja, Manuel. Ignacio es muy egoísta, solo puede amarse a sí mismo. Y yo no hubiera podido tener una relación con nadie que me amara de verdad.

Manuel: Todos merecemos ser amados, Magda, amados por lo que somos.

Ignacio: ¡Carajo! ¡Es un poeta también, un poeta del amor!

Magda: Nuestra relación funcionó hasta que nos volvimos asesinos.

Ignacio: ¿Asesinos?

Magda: Hemos seguido porque yo no le pido amor verdadero y –como usted pudo darse cuenta anoche– él no me pide fidelidad.

268

(Silencio).

Ignacio: (A Magda). ¿Por qué no me sorprende que te lo hayas tirado?

Magda: ¿Y qué si me lo tiré? ¿Te vas a poner celoso?

Manuel: Ignacio, la verdad es que...

Ignacio: (Interrumpiendo). No, a ver, usted no se preocupe por mí, ¿cree que a mí me importa algo que ustedes dos hayan tirado?

No me importa nada. En lo más mínimo. Nada.

No se preocupe.

Ella no puede evitarlo. Es como un animalito, tiene que ir frotándose por ahí con cuanta pierna encuentra. Es así.

¿Qué se le va a hacer? Así la conocí y así la acepté.

Magda: A él, en cambio, solo lo excita su propia pierna.

Y eso, si mucho.

Manuel: El remedio es una manera de salir de sí mismos.

Magda: Si logra sacarlo a él de sí mismo sí que sería milagroso.

Manuel: Ese exterior al que se sale es un ir más adentro de ustedes, más allá del dolor.

Pasando la conciencia individual.

Hasta el lugar del todo donde no se es nada.

Donde solo hay presencia y Caín es indistinto de Abel,
cielo de infierno,
mediodía de medianoche.

(Pausa).

Magda: ¿Qué dices, cielo, te animas a salir de tu infierno?

Ignacio: Digo que me voy a dormir.

Magda: Yo sí quiero remedio, Manuel.

Manuel: ¿Seguro que no quiere probar, Ignacio? Podemos hacerlo aquí.

Ignacio: Yo no necesito brujerías, yo las cosas las resuelvo conmigo. Solo.

Magda: Escribiendo.

¿Le ha mostrado lo que escribe, Manuel?

Escribe sobre una pareja. Una pareja como él y yo, igualita. Con la misma historia nuestra.

Eso es lo que pasa cuando uno no tiene imaginación.

Solo que la mujer se suicida, que es lo que Ignacio quiere que yo haga.

Y solo por eso no le doy el gusto.

Ignacio: Pesada, borracha y boba si no, Magda, mejor me voy a dormir.

Ustedes sigan acá tranquilos.

Igual, ya saben cómo entretenerse solos, ¿no?

(Ignacio hace algún ademán de despedida y sale por la puerta que lleva al interior de la casa. Manuel se sirve un aguardiente y le sirve un vino a Magda. Toman sus bebidas despacio y en silencio. Manuel mira a Magda, ella deja la vista fija en la ventana).

Ocho

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

*Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, un
computador portátil*

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Magda e Ignacio

Magda: Léelo.

Ignacio: No sé.

Magda: Dale, léelo.

Ignacio: No te va a gustar.

Magda: Ignacio, deja de hacerte el idiota, estás muriéndote de
ganas de leérmelo.

Ignacio: No está terminado.

Magda: Yo sé.

Ignacio: Hay cosas ahí con las que no estoy de acuerdo.

Magda: Seguramente eso lo hace más interesante.

Ignacio: Te vas a ofender.

Magda: Deja de informarme lo que voy a sentir o a pensar.

Ignacio: Está bien, pero que conste que te lo advertí.

Magda: Dale, payaso, lee.

(Ignacio abre la computadora, Magda se sirve otro vino).

Ignacio: *(Leyendo)*. "Era una noche oscura. Lo sé, todo principio es
igual. En una verdadera noche oscura del alma siempre son
las tres de la mañana. El desembarco en la unánime noche...
Lo sé, lo sé, pero era así, una noche oscura, lluviosa. Una

noche fría donde el frío se hacía gotas que llenaban el aire, una...".

Magda: ¿Puedo interrumpirte o prefieres mis comentarios al final?

Ignacio: Al final, a no ser que no te puedas contener, cosa que para ti es casi...

Magda: (*Interrumpiendo*). Es un pasaje redundante, la descripción de la noche, me parece que no quieres entrar en el asunto y por eso le das vueltas a la ambientación.

Ignacio: ¿Puedo seguir?

Magda: ¿No tienes ninguna respuesta a mi comentario?

Ignacio: No, ¿te importa si sigo?

Magda: Si no vas a decir nada, dale.

Ignacio: "Una noche fría, donde el frío se hacía gotas que llenaban el aire, una frialdad que parecía surgir del tuétano de los objetos e irradiar hacia fuera, helando todo con una desesperanza rastrera. En la cuna, el bebé dormía casi tranquilo, hacía por lo menos media hora que..."

Magda: Ah, pensé que me ibas a leer el suicidio de ella.

Ignacio: No.

Magda: Yo estaba lista para tomar nota de cómo hacerlo.

Ignacio: Mejor paramos aquí, ¿no?

Magda: No, perdón, es que me tomaste por sorpresa, no sabía que ibas a leer lo del asesinato del niño.

Ignacio: No fue un asesinato, Magda.

Magda: ¿Ah, no? ¿Y cómo lo llamarías, "suicidio forzoso"?

Ignacio: Accidente, ¿no has pensado en eso?

Magda: ¡Accidente!

Ignacio, por favor, cualquier cosa menos ingenuo.

Eso no. Sé adulto.

Hazte cargo de lo que hicimos.

Ignacio: Yo estoy leyendo un pasaje de ficción, Magda.

Magda: De la ficción de nuestras vidas será.
Lo matamos, Ignacio, como si lo hubiéramos hecho con nuestras propias manos.

Ignacio: ¡Qué ganas de flagelarte las tuyas! ¿Ah?

Magda: Al menos no niego las cosas como tú, si lo hubiéramos querido, Alfonso todavía estaría vivo. Si hubiéramos ido al hospital media hora antes, cuando yo te dije que...

Ignacio: *(Interrumpiendo)*. Yo sé, Magda, pero...

Magda: *(Interrumpiendo)*. ¡Entonces no digas que fue un accidente!

Ignacio: Fue un accidente porque tú y yo estábamos paralizados, aterrorizados, no éramos capaces de movernos, de hacer nada, nos desbordó la situación y...

Magda: *(Interrumpiendo)*. No queríamos al niño, Nacho, esa es la verdad. Ya lo hemos hablado.
No íbamos a ser capaces de darle el cuidado que necesitaba.
¿O me vas a decir que te ibas a hacer cargo de un vegetal?

Ignacio: No era un vegetal.

Magda: Un retrasado, lo que sea.

Ignacio: Autismo severo.

Magda: No lo queríamos.
Su ataque nos dio la oportunidad.

Ignacio: El médico había dicho que podía pasar.
En la mitad de la noche.
Intempestivamente.
Nació defectuoso, pulmones débiles, corazón frágil...

Magda: No estaba hecho con buenos materiales.

Ignacio: Por tu lado.

Magda: Así es, Nacho, la defectuosa en esta relación siempre he sido yo, ¿no?

(Silencio).

Ignacio: ¿Sabes qué no puedo entender? ¿Qué no me cabe en la puta cabeza?

Magda: ¿Por qué seguimos juntos?

Ignacio: Lo que no me cabe en la puta cabeza es que te lo hayas follado, Magda, ¿en serio fuiste capaz?

Magda: ¿De qué estás hablando?

Ignacio: ¿No te dio asco siquiera? O te excita ese tipo de degradación, de untarte de barro, así como si...

(Magda, de repente, suelta una carcajada que interrumpe a Ignacio).

Magda: ¿Manuel?

¿Estás hablando de Manuel?

Ignacio: ¿Por qué lo hiciste?

Magda: En serio, Nacho, ¿estás celoso?

Ignacio: Celoso no, ¿celoso de ti? Para nada. Ya estoy acostumbrado.

Magda: Entonces deja el escándalo.

274

(Pausa).

Ignacio: Yo sé por qué lo hiciste, perra asquerosa.

Magda: ¿Perra asquerosa? ¡Por dios! ¡Ese es nuevo!

Ignacio: ¿Y qué otra cosa eres sino una perra asquerosa?

Un animal calenturiento y arrastrado, una alimaña taimada que no puede mantener los malditos calzones arriba.

Magda: Linda frase, anótala, ¿o ya la tenías preparada?

Ignacio: No puedes verme tranquilo.

Magda: ¿Es una frase de tu novela?

Ignacio: Por eso lo hiciste, lo hiciste solo para joderme a mí, para seguir dañándome la puta vida.

Magda: ¿No has considerado que quizás es algo que hice para mí y no contra ti, Ignacio?

Ignacio: Lo hiciste para dañarlo todo, para polucionarlo todo con tu perversión, con tu asquerosidad.

(Pausa).

Magda: Me odias de verdad.

(Pausa).

Ignacio: Lo hiciste para dañar mi lugar tranquilo, mi rincón hermoso donde por fin vine a escribir, donde encontré sosiego.
¡Y tú no puedes verme en paz!
No soportas que yo esté acá y que esté escribiendo, ¡por fin!, y que esté comenzando a sanar, Magda, porque eso es lo que estoy haciendo, ¡estoy comenzando a sanar!

(Silencio).

275

Magda: Es lo que más quiero en el mundo, Nacho, de verdad, que sanes, que los dos sanemos.

Ignacio: Y yo lo que más quiero es que te vayas de mi puta vida, Magda, te lo digo en serio, no te quiero volver a ver jamás.

(Silencio largo).

Magda: Hagamos un trato.

Ignacio: No.

Magda: Ignacio, en serio, escúchame, hagamos un trato.

Ignacio: No.

Magda: Yo te dejo.

Si eso es lo que quieres...

Ignacio: *(Interrumpiendo)*. Eso es exactamente lo que quiero, ¿es que no lo entiendes todavía?!

Magda: Entonces yo me voy, me voy, te dejo acá en tu lugar tranquilo y nunca más volverás a saber de mí, pero antes tú haces algo por mí.

Ignacio: No voy a hacer ni mierda más por ti.

Magda: Solo una cosa más, Ignacio, una cosa más y me voy para siempre así me rompa el alma hacerlo.

(Pausa).

Toma yagé conmigo.

(Silencio).

Tomamos yagé con Manuel, acá, una sola vez, y al otro día me voy, no me vuelves a ver nunca más.

276

(Pausa).

Ignacio: ¿Por qué, Magda, por qué eres así de imposible?

Magda: Una sola vez, Ignacio, no seas así. Una vez y no me vuelves a ver nunca más.

(Pausa).

Ignacio: Una sola vez, Magda, y te vas al otro día y no te asomas más por acá.

Magda: Sí.

Ignacio: Ni vuelves a ver a Manuel tampoco.

Magda: Pero...

Ignacio: O no hay trato, Magda.

Magda: Está bien.

Ignacio: Ni a hablar con él.

Magda: Está bien, está bien, ya entendí, Ignacio, me voy, me esfumo y me...

Ignacio: *(Interrumpiendo)*. Exacto, como si te llevaran los ovnis.

(Pausa).

Magda: Desaparezco como Gandhi.

(Pausa).

Ignacio: Te lo advierto, Magda, nunca más.

Magda: Está bien, Ignacio, está bien, ya entendí.
Nunca más.

Noche tercera: Manuel

Nueve

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, una maleta abierta en el piso

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Manuel y Magda

278

- Manuel: El día tiene franjas.
Franjas de influencia.
Desde el amanecer hasta el mediodía es el tiempo de Dios.
Al mediodía empieza el tiempo de lo humano y va hasta el crepúsculo.
La noche es el tiempo de la tentación, de la oscuridad, del diablo, pero también el...
- Magda: *(Interrumpiendo)*. El tiempo mío.
- Manuel: El dolor es el diablo, Magda, no usted. Usted es la víctima del dolor.
- Magda: No me joda, yo prefiero ser victimario que víctima.
- Manuel: Pero la noche es tránsito obligatorio, la oscuridad no es punto de llegada sino puerta de entrada...
- Magda: El victimario al menos sabe lo que hace...
- Manuel: ...por eso el remedio se toma cuando el sol ha caído.
- Magda: ...la víctima solo sabe lo que le hacen.
- Manuel: La noche es la primera prueba del remedio, hay que atravesar la noche.
- Magda: El uno es potente y el otro impotente.

Manuel: Atravesar la noche para llegar al día. En el camino uno se encuentra a sí mismo más allá de las ilusiones.

(Pausa).

Magda: Esta vez sí es en serio.
(Manuel no responde, pero interrumpe su discurso).
Me pasó como al pastorcito mentiroso.
Mentí y mentí hasta que me echó de verdad.

(Pausa).

Ahora sí me echó en serio, Manuel.

Manuel: Es mejor así, Magda, siga adelante con su vida.

Magda: ¿Quiere saber qué es lo que más me jode?
Que Ignacio va a ser más feliz sin mí.
Y como yo soy el diablo quiero verlo sufrir, quiero que siga sufriendo.

Manuel: Usted no quiere eso.

Magda: Quiero hacerle la vida invivable.

Manuel: Siga adelante y deje de quejarse, Magda.
¿Sabe cuál es su problema?

Magda: ¿Ignacio?

Manuel: No. Usted es el problema de Ignacio, es al revés.

Magda: ¿Ah sí?
¿Ahora está de parte de él?

Manuel: No, por el contrario, estoy de parte suya.

Magda: Pues no parece.

Manuel: Lo que le estoy diciendo es que Ignacio, para liberarse, depende de alguien más; usted, en cambio, no depende sino de sí misma. Pase la página, termine de empacar su maleta,

deje a Ignacio atrás, siga adelante, deje de regodearse en el dolor.

Magda: Claro, como es tan fácil.

(Pausa).

Manuel: Puede decirle la verdad también.

Magda: ¿Qué verdad?

Manuel: Que usted y yo ni nos hemos tocado la mano.

Magda: Entonces usted no entiende nada, Manuel, eso no cambia nada.

Manuel: No cogimos, aunque los dos estábamos reventando de ganas.

Magda: *(Riendo)*. ¿Ah, sí?

Manuel: Usted cruzaba las piernas para un lado y para el otro, nerviosa.

Magda: No sea ridículo.

Manuel: Pero cruzando las piernas se frotaba.

Magda: *(Ríe más intensamente)*. ¡Está loco!

Manuel: Para sentir un poquito de placer.

Magda: Loco de remate.

Manuel: Sus ojos hablaban, me decían que la besara.

Magda: ¡Ah, verdad que usted lee los ojos!

Me los hubiera tapado.

Manuel: Me decían que la tocara.

Magda: Sí, cómo no.

Manuel: Que le pusiera la mano en la rodilla.

Magda: Le decían lo que usted quería oír, ¿no?

Manuel: Que mis manos callosas se metieran por debajo de su falda.

Magda: Igual que los ojos de la niña. ¿Cómo se llamaba? ¿Dayra?

Manuel: Mi piel áspera subiendo por el interior de sus muslos,

rozando su piel delicada, blanca, subiendo hasta sus calzones húmedos donde su coño rogaba para que lo abriera en dos con uno de mis dedos sucios.

Magda: *(Riendo)*. Bueno, bueno y con esas palabras edificantes mi día llega a su fin.
Me voy a dormir.

(Magda se para, Manuel hace lo mismo. Se miran en silencio. Ella se voltea para ir hacia el cuarto, pero él la agarra de la cintura y la hala hasta él apretando su cuerpo contra el suyo por detrás. Ella le da un codazo en el estómago, se suelta y luego se voltea hacia él. Lo mira en silencio un tiempo y luego comienza a besarlo y a tocarlo, con rabia, con prisa, le quita la camisa que cae junto a un asiento. Luego lo empuja contra la mesa y él la levanta de las piernas sentándola encima de él).

Manuel: *(Con la respiración agitada detiene la acción)*. Acá no, putita mía, vamos a la cama de Ignacio a hacerlo como corresponde.

281

(Sin dejarla tocar el piso, cargada sobre su entrepierna, salen por la puerta que da al interior de la casa).

Diez

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

*Una mesa, una botella de aguardiente, una botella de vino, una maleta
abierta en el piso*

Una camisa junto a un asiento

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

*Suena un celular. El ringtone es "Los caminos de la vida" en versión de
Vicentico. Nadie responde.*

Silencio. Nada se mueve en la calma nocturna.

282

*El celular suena de nuevo. Manuel, en calzoncillos y medias, sale con su
pantalón en una mano y los zapatos en la otra. Busca la camisa tirada en
el piso y saca el celular del bolsillo.*

Manuel: ¿Aló?

*(Como si del otro lado de la línea proviniera un sonido irritante, separa un
poco el auricular de la oreja).*

¿Aló?

¿Ignacio?

(Se viste mientras habla).

No le oigo nada, hay mucho ruido, ¿dónde anda?

¿Qué?

Sí, ¿qué hora es?

¿En una verdadera noche siempre qué?

¿Las tres de la mañana?

No le entiendo nada, compadre, ¿está borracho?

Acuérdese de que mañana tomamos remedio, no es bueno que usted se intoxique hoy, váyase para su casa más bien y deje la joda.

No sé, flaco, debe estar dormida, ¿quiere que me fije?

Si quiere voy y miro, aunque no sé, me da pena, ¿qué tal que esté en ropa interior? A propósito, ¿ella duerme desnuda o en calzoncitos?

Yo soy el encargado, no el vigilante, no sé si ella empacó sus cosas o no, llámela usted y le pregunta.

Pues si no responde es porque debe estar dormida, Nacho, la gente a esta hora si no está borracha como usted, está durmiendo. Váyase a dormir.

283

(Pausa. Manuel detiene lo que está haciendo, se sienta y trata de escuchar al otro).

¿Qué? No, a ver, repita que no le oigo nada, ¡y hable bien!

¿Cuáles pastillas?

¿Para dormir?

(Pausa).

¿Y cuántas le diste, hijo de puta?

¿Cómo?

¡Hablá bien, pelotudo!

¿Pero el perrito respiraba?

No, escuchame, hijo de puta, ¡y pará de lloriquear! ¿Gandhi

respiraba cuando lo subiste al carro?
¿Pero dónde lo tiraste, hijo de la gran puta que te parió?
¿Qué?
¿En Tierra Negra, pero en dónde, turro de mierda, en la
carretera?
¿Aló, Ignacio?
A ver, hacete hombre y dejá de pedirme perdón, explicame
exactamente dónde lo tiraste, hijo de puta.
Ya entendí, boludo, ya entendí, no lo mataste, a ver, pará,
pará, pará, está bien, no llores, calmate, pero...
Claro que soy argentino, imbécil, ¿qué pensás que te estaba
engañando?
No, pará, pelotudo, pará, explicame claramente en qué
kilómetro lo...

284

(Pausa. Manuel, frustrado, mira el teléfono, como si el aparato le pudiera explicar dónde está Gandhi, y luego lo deja en la mesa. Pausa. Se arrepiente de vestirse, se quita de nuevo la camisa, la tira hacia cualquier lugar y sale de nuevo por la puerta que da al interior de la casa).

Once

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, una botella plástica de dos litros llena hasta la mitad de un líquido marrón

Una totuma boca abajo sobre la mesa

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Una bandeja llena de velas en el centro de la mesa lo ilumina todo

Manuel, ataviado con un tocado de plumas en la cabeza, el torso desnudo, pulseras y tobilleras hechas de semillas que suenan con el movimiento, hace un ligero baile, muy sutil, casi no se mueve, mientras murmura una melodía semejante a una plegaria. Es la canción "Heroína" de Sumo, pero lo que se escucha es una letanía bajita e incomprensible.

285

Magda, en un asiento, con los ojos achinados, mira las velas intensamente. Desde algún lugar del interior de la casa llega el sonido de alguien vomitando severamente. Pasado un rato el ruido cesa, pero luego recomienza.

Magda: *(Sin dejar de mirar las velas).* No ha hecho sino vomitar.

Manuel: *(Casi como parte de su letanía).* La purga bendita, la purga sanadora.

(Manuel sirve un poco más del brebaje marrón en la totuma, lo toma y va a ubicarse detrás de Magda. Retoma su baile y encantación. Ella no se mueve).

(Ignacio, débil y tembloroso, entra a la cocina. En silencio va a sentarse a

la mesa. Manuel comienza a cantarle al oído, a bailar para él. Ignacio tiene la mirada perdida en el vacío).

(Tiempo).

Magda: Hay un camino de lucecitas.

Manuel: ¡Sígalas, Magda, sígalas hasta mí!
Venga conmigo, vamos juntos al bosque de colores.

(Tiempo).

Ignacio: Había una culebra en el baño.

(Manuel recita en su oído).

Cantaba como usted.

286

(Tiempo).

(Magda, finalmente, deja de mirar las velas y observa a Ignacio. Parece que no lo hubiera visto antes, no puede sacarle los ojos de encima).

Magda: *(Casi sin emoción).* Te puedo ver, Ignacio.

Ahí estás.

Te puedo ver, Nacho, ver de verdad, ver tu cara de antes.

De antes de que tuvieras forma.

(Tiempo).

(Alguno se pone de pie, otro se sienta, Manuel siempre canta o murmura o reza, a veces baila. Es un baile particular, más el de una máquina rota que el de un hombre emplumado).

(Tiempo).

(Magda recuesta la cabeza en la mesa y parece quedarse dormida).

(Ignacio se acuesta en el suelo. Se acerca la madrugada. De repente, como un estallido, empieza a reír. Ríe tanto que tiene que sentarse).

Ignacio: *(Cantando y riendo).* "Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay".
Oye, Magda, oye, ¿te acuerdas?

(Magda no levanta la cabeza de la mesa).

(Cantando) "Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay".
¿Te acuerdas? ¡Canta conmigo!

(Magda sigue durmiendo).

287

¡Mario Duarte estaba hablando de otra cosa!
¡No era una canción de amor, Magda, estaba hablando de Dios!
Oiga, Manuel, oiga *(Canta)*: "Si te busco te voy a encontrar, si me niego no sé qué va a pasar, el remedio no existe, no hay".

(Riendo sin control).

Manuel: ¡El remedio no existe!
¡No hay!
No llore, Ignacio, mejor ríase.
Ríase que ya pasó todo.

Ríase que a partir de hoy es otro.

(A Ignacio, lo que ha dicho Manuel, le da más risa y se carcajea en el suelo. Poco a poco la euforia se va aplacando hasta que, hecho un ovillo, se queda dormido).

(Manuel se quita el tocado de plumas, las pulseras y las tobilleras, las guarda en el bolsillo de su chaqueta, se la pone, va hasta Magda y le acaricia la cabeza con cariño, le da un beso en la mejilla, le susurra algo al oído y sale de la cocina hacia el alba gélida).

Doce

Una cocina

Un ventanal hacia la noche paramuna

Una mesa, dos platos hondos humeantes

Una puerta al exterior

Una puerta a otra habitación

Un sobre encima de la mesa

Dos hombres toman sopa en silencio, evitan mirarse

- Ignacio: Qué buena sopa, Manuel, gracias por traérmela.
Me dio duro el remedio, no he hecho sino dormir hoy.
- Manuel: Es un buen reconstituyente.
- Ignacio: Está deliciosa, gracias.

(Silencio largo. Ruido de cucharas y sorbidos).

289

- Ignacio: Entonces, ¿tampoco se despidió de usted?
- Manuel: No.
- Ignacio: Mejor. Nos abandonó a los dos.

(Silencio largo. Manuel termina de comer primero y se queda mirando su plato sin decir nada).

- Ignacio: Que se vaya a la mierda.
- Manuel: *(Pampeando el sobre que está encima de la mesa).* Va a volver por mí.
- Ignacio: No creo, Manuel.
Me parece que ahora sí se fue en serio.
- Manuel: Usted no sabe cómo fue lo nuestro, lo que vivimos.
- Ignacio: No sea güevón, Manuel.

Manuel: Va a volver por mí.
Ignacio: No va a volver por usted ni por mí, no sea idiota y cálese mejor.
Manuel: Cuando uno se conecta así...

(No termina la frase. Pausa).

Ignacio: Vamos a Tunja por un Gandhi nuevo. Yo se lo pago.
Manuel: Gandhi va a volver.
Ignacio: No va a volver, Manuel, vamos a Tunja yo le consigo uno nuevo.
Y rompa ese sobre, no leamos eso.
Manuel: Dígame la verdad, Ignacio, ¿usted lo mató?
Ignacio: No.
No, yo no lo maté, pero no podría estar seguro de que el perrito estaba respirando, o sea...
Manuel: *(Interrumpiendo)*. ¿Cuántas pastillas le dio?
Ignacio: Una.
De verdad, una.
Manuel: Entonces está vivo.
Ignacio: No sé, Manuel.
Manuel: Gandhi va a volver; Nacho, ya verá.
Gandhi no es un perro cualquiera.

(Silencio largo).

Ignacio: ¿Entonces qué, Nacho? Ya es hora, ¿está listo?
¿Para qué vamos a leer la carta, Manuel? Mejor rompámosla y ya.
Manuel: Sea hombre, Nacho.
(Pampea de nuevo el sobre). Va a volver por mí y usted tiene que seguir adelante y ya está.

Ignacio: No va a volver por nadie.

Manuel: ¿Quién lee? ¿Usted o yo?

(Ignacio señala a Manuel con la boca. Manuel agarra el sobre y lee).

“Para que lo lean juntos”.

(Abre el sobre, saca una carta y empieza a leer).

“Queridos Nacho y Manuel:
me pisó un camión.

(Pausa).

Me pasó por encima anoche.

Un camión grande y pesado.

Sí es remedio, Manuel, tiene razón. Toda la razón.

Pero un remedio doloroso, asqueroso, de esos que aplasta, que atropella como una tractomula o un carro grande, de esos que descompone antes de componer”.

Ignacio: *(Interrumpiendo).* Y después me dice a mí que me extiendo en la ambientación.

Manuel: ¿Puedo seguir?

Ignacio: Siga.

Manuel: “Todavía tiemblo, todavía estoy bajo el efecto del jarabe asqueroso, pero sé que no puedo prolongar más mi estadía acá, así que mejor me voy antes de que me arrepienta. Te vi, Nacho, de verdad te vi, como nunca antes, no sé, te vi, luminoso y solo, tiritando, por debajo de los siglos como una hoja blanca a punto de desprenderse de un cuaderno de colegio. Frágil.

Terriblemente frágil.

Quebradizo.

Infantil.

Y lo entendí, Nacho, lo entendí de verdad, entendí que si estiraba la mano hubiera podido arrancar esa página definitivamente, sacarla del cuaderno y verla caer en el barro húmedo.

Y al entender eso también comprendí algo muy evidente, algo muy obvio...".

Ignacio: *(Interrumpiendo)*. ¿Sabe qué? No quiero saber más.
Léala en silencio, por favor.

Manuel: "...que podía cerrar el cuaderno simplemente y...".

Ignacio: *(Interrumpiendo)*. De verdad, Manuel, por favor, no quiero saber más.
Por favor.

292

(Manuel lee la carta en silencio).

(Ignacio comienza a sollozar).

(Quedamente al comienzo, luego, sin poderlo evitar el sollozo se convierte en llanto. Se para y va hasta el ventanal, mira hacia fuera y le da la espalda a Manuel. Manuel termina de leer la carta y mira a Ignacio).

Ignacio: No va a volver ni por usted ni por mí, ¿verdad?

Manuel: No, no va a volver.

(Pausa).

La hija de puta.

(Silencio largo. Ignacio se seca las lágrimas y los mocos con la manga derecha de su camisa y vuelve a sentarse. Manuel arruga la carta y la tira a cualquier parte).

Ignacio: ¿Los ovnis no son solo lucecitas, no es cierto?
Manuel: No.
Ignacio: Tal vez debería ir a verlos.
Manuel: Sí, si quiere, no sé, da igual. Vaya. A mí no me importa.
Ignacio: Voy a ir a verlos.
Manuel: Como quiera.
Ignacio: Voy a subir al Cerro ya.
Manuel: Puede verlos sin subir al Cerro.
Ignacio: Pero voy a subir al Cerro.
Manuel: Suba si le da la gana.
Ignacio: Yo sé.
Manuel: Pero no vale la pena.
Ignacio: Voy igual.

293

(Pausa).

Voy igual.
Manuel: Son tres horas de subida.
Ignacio: No importa.
Manuel: Haga como se le cante, pero saque una linterna del galpón porque si no, no va a ver nada.
Ignacio: ¿Cómo llego?
Manuel: Salga a la carretera, camine alejándose del pueblo, apenas termine el cerco de la casa va a encontrar una abertura en el alambrado, métase por ahí y siga la trocha.
Ignacio: ¿Y ya?
Manuel: Hay tres bifurcaciones, voltee a la izquierda en las primeras

dos y a la derecha en la tercera. No se va a perder.

(Ignacio se para en silencio y va hasta el cuarto por una chaqueta. Sale preparado para enfrentar el frío, camina hasta la puerta de salida al exterior y se detiene).

Ignacio: ¿Y si me llevan?

(Pausa. Manuel lo mira a los ojos).

Manuel: Mejor.

(Ignacio abre la puerta y sale).

(Manuel se para, se estira, va a la despensa, saca una botella de aguardiente y una copa, abre el licor y se sirve. Busca algo en el bolsillo interior de su chaqueta, es la pañoleta de Magda. La huele con fuerza y la deja sobre la mesa. Se toma la copa de un trago, sirve otra, va hasta la habitación, vuelve con el computador portátil de Ignacio, lo abre y se pone a leer su novela. Cada tanto levanta la pañoleta, la huele y sigue leyendo).

Este libro se terminó de imprimir en el mes de junio de 2016

En los talleres de la Imprenta Nacional

Se utilizaron las fuentes:

Avenir Black - créditos

Nexa Bold - títulos

Avenir Book - contenido

Impreso en papel Propalcote 240gr Carátula

Bond 70gr páginas internas